

.C.o.n.t.e.n.i.d.o.

Poesía

- 4** MADONNA
José Antonio Jacobo
- 6** LA ÚLTIMA BATALLA
Morelos Torres
- 8** EL CEMENTERIO DE LO ETERNO
Paul Gitte
- 10** REVOLCADERO
Eduardo Cerecedo
- 11** SUEÑO FUGAZ
Alejandra González Mariscal
*Muestra de poesía
chicana*
- 13** ODA A CARLOS FLORES,
EL MAESTRO
Lisha Adela García
- 14** POEMAS
Raquel Valle
- 16** POEMAS
Irma Arreola Villarreal
- 18** POEMAS
L. Flores

Cuento

- 23** DE OSCURO CUERPO
Laura Hernández Sadurní
- 26** DESDE LA VENTANA
Guadalupe Sánchez Nettel
- 29** CHASCO
Gabriel Maya Becerra
*(Primer Premio, Concurso de
cuento de ciencia ficción)*
- 35** ÁNIMA VERSUS ÁNIMA
Morelos Torres
- 37** SOMBRA DE FLOR
Francisco Javier Botello López
*(Primer Premio, Concurso de
cuento sobre el eclipse)*

- 40** SALINAS DEL CERRO
Liliana López Levi
*(Premio, II Concurso regional de
cuento)*
- 46** CIUDAD FLOTANTE
César León Ledesma Ayala
*(Representante UNAM. Primer
Concurso de divulgación
científica)*

Ensayo

- 53** ANTE SAN SEBASTIÁN, PERPLEJOS
Leonardo Martínez Carrizales

Teatro

- 61** ABECEDARIO
Morelos Torres
- 83** DÉSPOINA, LA CUARTA
MOIRA
Omar Cortés, Fabiola Hidalgo,
Francisco García Reyes,
Sergio Honey, José Luis
Morales, Felipe Díaz y Almanza

Viñeta

Luis Roberto Betancourt C.
Luis Bernardo Pérez P.
Ignacio Navarro Cortez

Fotografía

Silvia González de León

Portada
Viñeta de Luis Roberto Betancourt



PUNTO DE **PARTIDA**

La revista de los estudiantes universitarios
Cuarta época. Número 94-96. ene. / jun. 1991.

Director:

Hernán Lara Zavala

Editor:

Joaquín-Armando Chacón

Jefa de Redacción:

Laura González Durán

Redacción:

*Ana Cecilia Lazcano,
María Guadalupe Noriega
Elío y Teresa Solís*

Consejo Editorial:

*José Ramón Enríquez,
Elva Macías, Gonzalo
Celorio, Jennie Ostrosky,
Esther Seligson*

Secretaria:

Luz María Vallejo García

Diseño original:

*Otilia Calderón, Miguel
Ángel Díaz, José Luis
Molina y Vicente
Encarnación*

Diagramación y formación:

Mercedes Bulit

Tipografía:

Literal, S. de R.L. MI.

Impresión:

*Cuadratín y medio. Vértiz
931-A, México, D.F.*

Punto de Partida es una publicación bimestral de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM. Dirigir correspondencia y colaboraciones a: Revista *Punto de Partida*. Centro Cultural Universitario, oficinas administrativas, circuito exterior, edificio C, 3er. piso, Insurgentes Sur 3 000, Delegación Coyoacán, 04510, México, D.F. Teléfono: 665 13 44 ext. 7392 y 7393. ISSN 0188-381X. Certificado de Licitud de Título núm. 5851. Certificado de Licitud de Contenido 4524.

Viñeta

Serie De México para el mundo
Luis Roberto Betancourt Campos



Poesía

MADONNA

José Antonio Jacobo

a la cantante

A

lba,

Alba,

Alba tan longa.

Señora,

la mi señora.

Nada virgen,

burlona.

Tus piernas se enlazan con mis ojos,

Lady Madonna.

Negación crómica.

Frente al fondo blanco,

te meces,

como una mancha.

Mantarraya en el claro,

te inyectas.

Navegas por Venecia,

te ocultas en los bares.

Con tu vestido de novia
presagias el combate.

Te vu
e
l
cas,
te re
v
ue
l
cas,
como sombra te ret
u
e
r
ces p
o
r
el suelo.

Mujer de goma,
Invades la unión de los colores.
Flota sobre mi cara,
sombra.
Silencio que de York vienes,
nota que te mezclas con zapote,
me abrazas.
Brasa de carbón que gana al papel,
te engalanas.
Conflicto entre hemisferios,
eterno luto humano.
Gota de tinta sobre una sábana.
El claro te acaricia
y tú lo manchas.
Alba,
Alba tan longa.
Sombra mía,
señora.
Alza la alta maza,
amada.

LA ÚLTIMA BATALLA

Morelos Torres *

Que me quiten mis libros, mi camisa
que pierda yo mi casa en un instante,
que desgarran e incineren mis escritos:
no permanezca nunca ni uno solo.
Que se me vuelvan aire mis dibujos
que me dejen desnudo y humillado
en el último rincón
el más oscuro,
Y se me acabe ansiosa
la tinta final de esta pluma
amiga de palabras y paisajes.
Mi silla favorita, verde palma
o la palabra que escribió su mano;
que no quede en mi mano ni una carta.
Silencien para siempre los gorriones
que cantaban de su árbol a mi pecho
y no se olvide el fuego de una sola
de mis pobres octavas preferidas,
música y ritmos
de mi cuerpo cesen.
Y me tiren solo y olvidado
tan lejos de mi patria y de mi gente
no cante más mi nombre una calandria
ni pinten mi color los alcatraces.
Desnudo de color
¿valdrá la pena?
Qué soledad rotunda del camino.
Qué miedo a todavía no haber perdido
lo que puede perderse de repente,

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

qué orgullosa la mano
escultora de cuántos monumentos
en el viento vacío.

Qué faltará vivir,
perdido todo.
Solo y desnudo,
lleno por primera vez de mí
¿tendré valor para soñar lo mío?



EL CEMENTERIO DE LO ETERNO

Paul Gitte

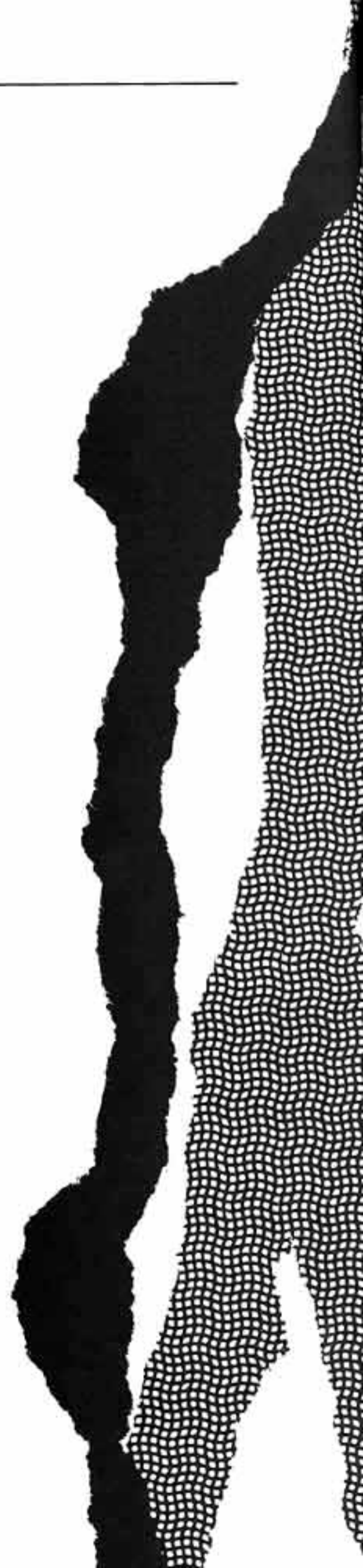
Penden del árbol
sombra y ángel
entre visos grises de sol taciturno
que inciden en osarios de sueño

Se despliega el día en polvo

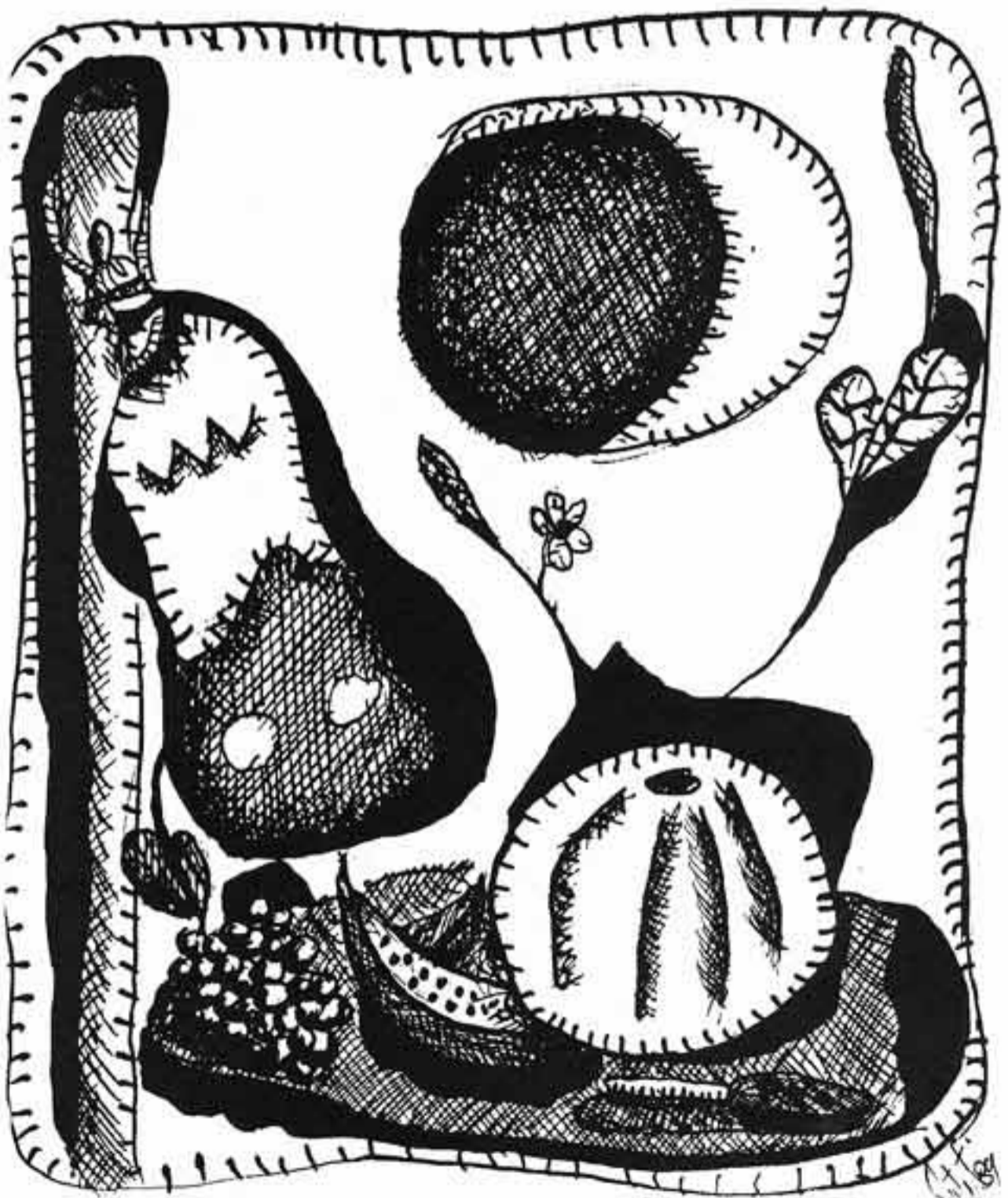
El ángel extinto entona un otoño
las secas hojas
emanadas de sus labios
orecen en cuervos

Las formas sombrías del vientre
se han convertido en tatuajes
erradas imágenes
de embarazo nocturno

la mujer
amanece un frío día
sin recuerdos



las fotografías
se velaron en los ojos de sus noches
y el dolor
no encuentra el placer
de las lágrimas
porque el mar
se le ha ahogado dentro



REVOLCADERO

Eduardo Cerecedo *

V

uelven a cantar los pájaros
¿Acaso despiden el alba
en su blancura o cantan
para escapar de entre mis manos?
Los pájaros tienen el vuelo
color de ausencia,
con el que la niebla
sacude los puertos.

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

SUEÑO FUGAZ

Alejandra González Mariscal

Enciérrame en tu vida sin preguntas.
Déjame flotar en el fondo de tus noches,
en las entrañas de tus deseos
guárdame.

Muéstrame uno a uno tus disfraces, tus velos,
la cara que no se ve en el espejo.

Aguárdame con la ansiedad del árbol por el viento.
Tus labios ábrelos sólo para mí.
Quiero un lenguaje nuestro de palabras únicas,
de semillas fértiles que broten en cualquier espacio,
de mariposas fosforescentes que en la plenitud del vuelo
provoquen derrumbes en nuestra mirada.



Muestra de poesía chicana

ODA A CARLOS FLORES, EL MAESTRO

Lisha Adela García

Encendidos recuerdos dentro de
una cabeza con pelo trotskyiano.
Causas sin límite y razón
que vacilan, y burlan al maestro.

Los ojos rojos de borracheras
no tomadas
y depresiones por abrazar
en letras huecas
la condición humana.

Te irás de aquí abrazando
tus raíces, en la lucha
que no fue tuya.
Palpitando ya en los corazones
de los cholultecas
te sentirás. . . perdido.

Y sin pedir permiso
encontrarás tu identidad
dividida
de frontera.

La soledad te acompaña
por gusto, maestro yucateco,
y tus estudiantes cómplices
pasivos, nunca te dejan.


Es que tenemos soluciones, maestro,
de geografía interior
pero solo tú
trazas las carreteras.

EGOÍSMO

Raquel Valle

Me deseabas sumisa
para demostrar tu hombría.
Me deseabas fiel
y de la fidelidad te burlabas.
Me deseabas casta
cuando de los burdeles no salías.
Me deseabas bella
pero que escondiera mi belleza.
Me deseabas inteligente
pero nunca más que tú.
Me deseabas tonta
para creer en ti.
Me deseabas madre
para tú ser libre.
Me deseabas confiada
y tú de celos morías.
Me deseabas fría
hasta que tú me encendieras.
Me deseabas fuerte
para no pedir ayuda.
Me deseabas débil
para aguantarlo todo.
Y tú que exigiste tanto
¿qué me diste a cambio?





Días de soledad
sin una persona adulta
con quien hablar.
Noches de soledad
hasta que al amanecer llegabas
oliendo a aguardiente
y a perfume barato.
Semanas de soledad
mientras *tú* vivías la vida.
Meses de soledad
en que deseé la muerte.
Años de soledad
en que mi juventud se apagaba.
Exijiste mucho
pero no diste nada a cambio.

SIN HABLAR

Mi alma su gemela
ha encontrado
y se han reconocido
sin hablar.

En tus ojos he hallado
y en tu voz escuchado
lo que tanto he añorado,
sin hablar.

Yo presiento lo que sientes
pues yo siento algo igual
y tendremos que quedarnos
sin hablar.

Demasiado tarde llegas,
compromisos ya tenemos.
Es mejor que todo quede,
sin hablar.

ESPACIO

Irma Arreola Villarreal

Qué ingenuidad y valentía
Para soñar atada a la quimera
Creando espacio y glorias cumbres
En el vacío espacio de la vida.

Como soñé en mi adolescencia
Y como bebí quiméricas cadencias,
Como llegué a la cumbre cada día
para saciar las ansias de la gloria.

Como soñé despierta noche y día
Y torpe quizás en mi osadía
Creyéndome del mundo única dueña
En el espacio, castillos construía.

Pero de pronto el vendaval azota
Y derrumba inclemente mis castillos
Y turbo mi sueño, despierto asustada
pero serena me abrazo a la vida.

CLEMEN

Convivio de luces cristalinas
adornan tu mirada purpurina
y surge alegría de tus ojos
en este cansado corazón tan terco.

Lo mismo cristalino de las aguas
dibujándose en tus ojos inocentes
que aún no lloran cicatrices hondas
enmarcadas cual huella tu destino.

En áureas de inocencia se dibuja
la sabia de tu madre que te ofrece
los sacrificios del amor filial
que fecundan la fuente de tu vida.

Nunca te olvides, muñeca de mi vida,
que eterna deuda yo contigo tengo
que Dios bendiga y haga inacabable
el bendito amor que une hija y madre.

ROBERTA

Ríen tus preciosos ojos
cuando hablas, cuando juegas
son caudal de luces simultáneas
que empapan tu inocente rostro.

Ojos de mirar sereno
que despiertos se duermen cuando miran
y provocan deleite a mi memoria
borrando penas que ocurren solas.

Basta mirarte muñeca diamantina
para palpar la inocencia que te adorna
la nobleza que baña tu apariencia
se refleja en lo lindo de tu cara.

En tenues colores
de luz y de esperanza
arrullan tus ensueños,
ansias piadosas e inocentes.

Ramilletes de rosas
bonitas, preciosas
adornan tu diadema
tejida, esplendorosa.

También vierten tus ojos,
una noche de luceros
que alumbran en mis noches
mi senda de recuerdos.

Así pasó la vida
rogando por la tuya
y que esos ojos bellos
conserven su ternura.

HE DESEMPOLVADO LOS PLANES
Poema en dos partes
para Alicia

L. Flores

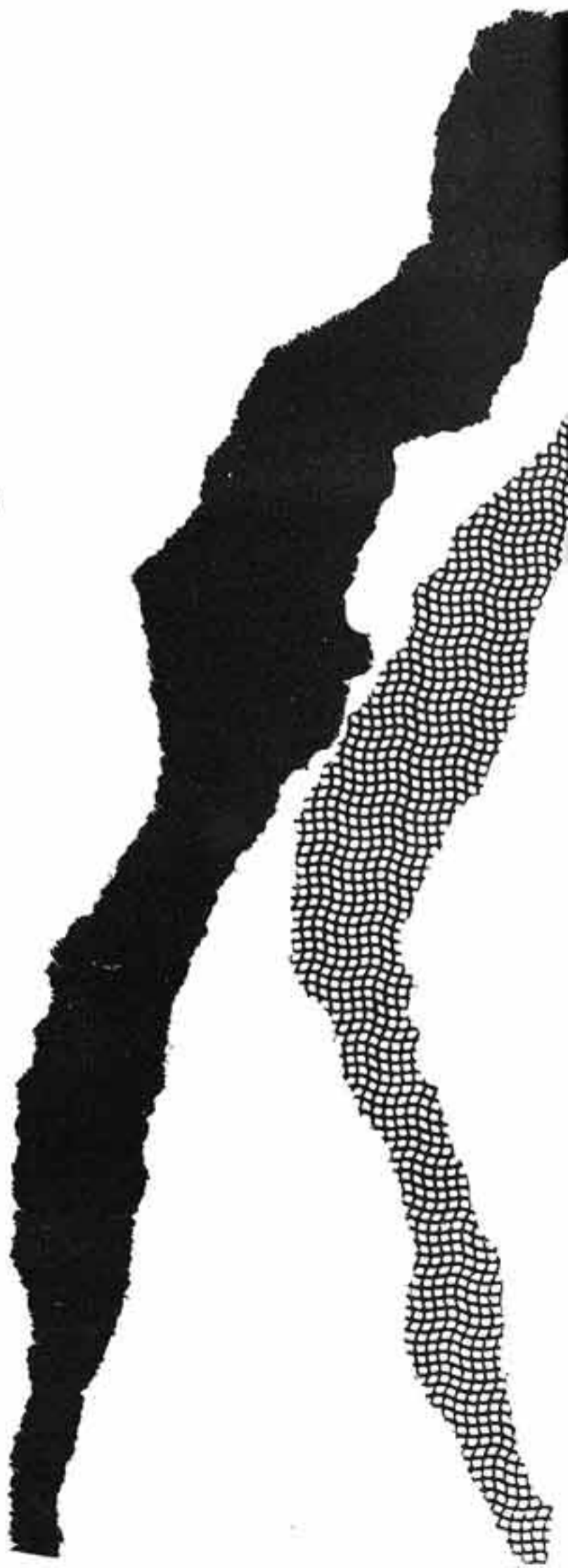
PRÓLOGO


Te vi a escondidas
y tus labios enrojecieron
con una forma distinta
de pronunciar mi
nombre.

Al fin, todas
esas noches frías
cobraron sentido...

PRIMERA PARTE

Del fondo
de la desesperación
vi a la naturaleza riéndose,
guiñarme un ojo,
transforma todo
desde el brillo
de tu sonrisa,





hasta el silencio
de tu intimidad intrauterina,
ahí donde distraídamente
se aferran nuestras
huellas
en espirales de DNA;
por terquedad
o por constancia
alguien ha querido
unirnos
haciéndonos carne
de reproducción.

SEGUNDA PARTE

Has salido en medio
de la angustia
como una última aurora,
con tus brazos
todavía más largos
y tu corazón
quemándose
en los dedos.
A un paso de la locura
has tomado el mundo
en un óvulo
y le has puesto mi nombre,
y yo, mitad asustado,
mitad sorprendido,
no he hecho otra cosa
más que hablar solo
contarme a mí mismo
que la vida no tiene sentido
pero sí treguas,
y he pospuesto por un momento
la guerra para llorar
como un niño

A NADIE LE GUSTA LA NOCHE

Se extiende con ojos inquietos y se pierde en los pecados apresurados de la ciudad.

Adentro de las cuevas urbanas, escrotos de madera y piedra, se elevan altares de millones de soles eléctricos y enchufes.

En esa casa no entra nadie, ni siquiera Dios. Entra sólo el diablillo técnico con su equipo electrónico, y su priápico contróico remótico.


Entra lo que no tenemos . . .
entra lo que no somos . . .
entra lo que no necesitamos . . .

A la noche nada le hace mella
la noche se desvela invisible afuera
La noche desaparece noche a noche
anochece la noche de la noche

La han mitizado los herejes urbanos
la han urbanizado con heréticos mitos
la han desterrado con todo y estrellas
y luna y viento
y noches sabrosas
de palabras
en alguna acera
donde se
contaban cuentos . . .



RITMO A DOS PIELES



A través de esta
inhábil piel
que me contiene
te escapas
dejándome
conmigo mismo
Te extiendes
fuera de mí
y empiezo
nuevamente
la empecinada
tarea de atraparte
con mis dedos
Registro
lo que puedo:
tu geometría
desafiante
el olor encuadrado
de tu cuello
el ígneo ocio
de tus piernas
el sabor a lluvia
de tus senos
Sólo en tu piel
encuentro mi
nombre
Aquí contigo
en esta continua
ósmosis
armo tres tiendas
Aquí contigo
me doy tiempo
para olvidar
que la muerte

acecha
Ah, pero si algún
día
la muerte llega,
si es que llega,
no me lo digas...
miénteme
dime
que es de noche
y amortájame
contigo misma
para que el frío
no me llegue.





Cuento

DE OSCURO CUERPO

Laura Hernández Sadurní

para Andrea

Bien sabes lo que voy a decirte, aun cuando jamás te he hablado de ello. Si hoy me atrevo a pronunciar en voz alta eso que hemos guardado en silencio, es porque estas palabras son las únicas que me restan para comprometerme indisolublemente contigo.

Es cierto que incontables veces he recorrido tu piel oscura y suave con mis labios. Pero más allá del placer de sentir tu cuerpo sensual y cálido en mi boca, frente a ti regreso a ese tiempo durante el cual éramos libres de imaginar, de construir lugares en donde se pueden hallar sensaciones que la realidad nos niega.

Todavía no sé de dónde proviene esa cualidad tuya de introducirme a otros mundos, tal vez sea el aroma dulce y fuerte que despide tu cuerpo desnudo lo que me exalta; o quizá sea porque nunca hablas, y en ausencia de tu voz, nadie interrumpe mis devaneos. Es en esos instantes cuando recuerdo lo que alguien dijo de ti: “en su color se encuentra la zarpa de satanás, pues lleva dentro la idea del vicio y el libertinaje”. Si así fuera, si de ahí surge el hechizo que provocas, igualmente me entregaría a las

lenguas voraces del infierno.

No desconoces mis múltiples intentos por dejarte, sólo por complacer a Marcelo, que en muchas ocasiones me lo pidió. Al principio a él le resultaban divertidos nuestros encuentros: sabía que muchos se enamoran de tus cualidades, y mientras los otros eran incapaces de confesarlo —pues lo escondían como una insana pasión—, para él era gracioso que su mujer evidenciara esa preferencia.

Con el tiempo advirtió mi incorregible obsesión por estar la mayor parte del día contigo; fue entonces cuando comenzó a pedirme que renunciara a ti. Yo acepté, tanto como pude, el tormento de abandonar el éxtasis de tu voluptuosa presencia; sin embargo, era poco lo que podía soportar lejos de los mundos a los cuales me inclinaste. Siempre regresé a tu lado.

Hay hechos cuyo destino es insoslayable. Todo sucedió de la única manera en que podía haber sido. Tú y yo lo sabemos, por eso no creo en la culpa y, conociéndote, sé que en ti tampoco existe el remordimiento. En el acto consumado de envenenar a Marcelo nos une la complicidad. No hubo otra solución.

Cómo olvidar aquella última tarde cuando se acercó diciendo que mi distancia con el exterior era cada vez mayor. Había tenido la esperanza de que esta “inexplicable relación” contigo fuera otro de mis juegos, pero pronto descubrió su error. Repitiendo una y otra vez su amor por mí —algo que no puse en duda—, argumentaba la necesidad de ayudarme a entender mi desierto. “Aún hoy, no logro saber qué sucedió para que te recluyeras en ese arbitrario aislamiento. ¿Qué fue?”, me preguntó. Sin conceder tiempo a la respuesta dijo que los hechos del pasado ya no le importaban y que había de-

cidido que nos iríamos por algunos meses a un lugar hermoso y apacible donde yo, lejos de ti, pudiera pensar con claridad y poco a poco conseguir librarme de lo que él llamó tu pernicioso influencia.

El profundo pozo de silencio que se abrió entre Marcelo y yo fue insuficiente para lograr recuperarme de la amenazante noticia recibida; sin embargo, reconstruyendo pedazos de paciencia comencé a decirle: “Han sido tantas las veces que hemos ahondado en este tema, y la inutilidad de haberlo hecho queda demostrada en tu impotencia para aceptar la verdad. Me has confesado que mi desenfrenada imaginación, al igual que mis extrañas debilidades, te provocaban un irresistible atractivo. Esto resulta verdadero a condición de que “mis juegos”, como los llamas, no traspasen los límites de lo establecido por ti —hombre de claro raciocinio—, como razonable. Por consiguiente, si excedo las fronteras permitidas me convierto en una confusa mujer a quien se le debe brindar ayuda para recuperar la razón.

Pero tu proceder no me sorprende, como tampoco me extraña reconocer —pues nunca he dejado de saberlo—, que aquello, que en la primera edad nos abre la puerta para penetrar flotando a escenarios fantásticos, nos ofrece, después, la guadaña para matar a la quimera y aceptar sólo la madura realidad. También se conoce el censurado destino de quien se niega a cometer el crimen.

No es falso que mi total alejamiento comienza con el inicio de “la otra relación”, ni que sólo a través de ella recordé que mi guadaña no había sido usada. Que las verdades de la imaginación eran, con ella, posibles. “Eso me reconcilia conmigo misma.”

Entonces fijé mis ojos en su rostro;

por primera vez pude ver los surcos que lo cruzaban y me pregunté si yo habría contribuido a profundizarlos. Accedí a hacerle la promesa. Mi única petición fue que me concediera una noche más en tu compañía. Terminada la plática con Marcelo, te avisé mis intenciones. Tú aceptaste ser mi cómplice.

Más tarde, al despojarte de los exóticos ropajes que acostumbras usar, pude sentir tu piel más tersa y amoldable que nunca. Luego de besarte me quedé mirando cómo, lentamente, te disolvías en aquel tibio y blanco líquido. La fuerza de tu color cubrió la insipidez láctea, y entre tu aroma y tu sabor amargo quedó oculta otra sustancia.

Sobre la mesa, dos jarras individuales nos esperaban. La mía plateada, la de Marcelo blanca. Servir nuestras bebidas, a la hora de la cena, así, por separado, era una rutina surgida de mis juegos.

Observaba al hombre que era mi marido sentado frente a mi y recordé los años que había vivido con él. Siempre supiste que yo lo amaba; desde un principio fui honesta contigo y también con él. Jamás le mentí, ni siquiera cuando lo miré beberte pensé en el engaño. Yo le hice una promesa horas antes: esa noche iba a ser la última en que él me vería cerca de un chocolate.



DESDE LA VENTANA

Guadalupe Sánchez Nettel *

Ahora ya están en silencio, él y tú, Amanda, de cada lado del cuarto. Desnuda frente a la ventana, lo estarás viendo acostado entre las sábanas que te revelan a medias su cuerpo, el cabello rubio y la expresión ingenua. Desde las repisas te contemplan las muñecas, los frasquitos de colores y las tijeras que te gusta andar recolectando. Enciendes un cigarrillo con dedos temblorosos y satisfechos, y tus miradas resbalan sobre sus piernas y el vientre. Cuánto descaro hay en tus movimientos, en esa forma de apartar los risos que desbordan por tu cara. Cierras los ojos, posiblemente para alcanzar los recuerdos, para detenerlos del pescuezo y obligarlos a permanecer ahí, en la memoria, junto a todas esas noches que has venido coleccionando; para escuchar de nuevo su voz, tan clara, casi femenina, confundiendo entre cantos de cigarras.

Soy estudiante de música, te había dicho en el parque, a esas horas en que sólo tus pasos lentos y repetitivos alteraban el sonar de su guitarra, tus pasos lentos, Amanda, y ese aspecto de quinceañera, de mocosa perdida en la obscuridad de un parque. Tus pasos lentos y más tarde tu voz mariposeando en sus oídos, el tintinear de la risa y del cabello oscuro desparramando su enredo sobre las mejillas, el movimiento holgado de tus ojos que cada noche yo espero desde la acera de enfrente. Después de tantas horas de mirarlo tocar, de acecharlo con actitudes salvajes, apareciste por fin en escena, dispuesta a sorprenderlo con tu imagen repentina en la soledad de la noche. Luego, las miradas sobrias y la timidez fingida, ese miedo ficticio de ca-

* Preparatoria.

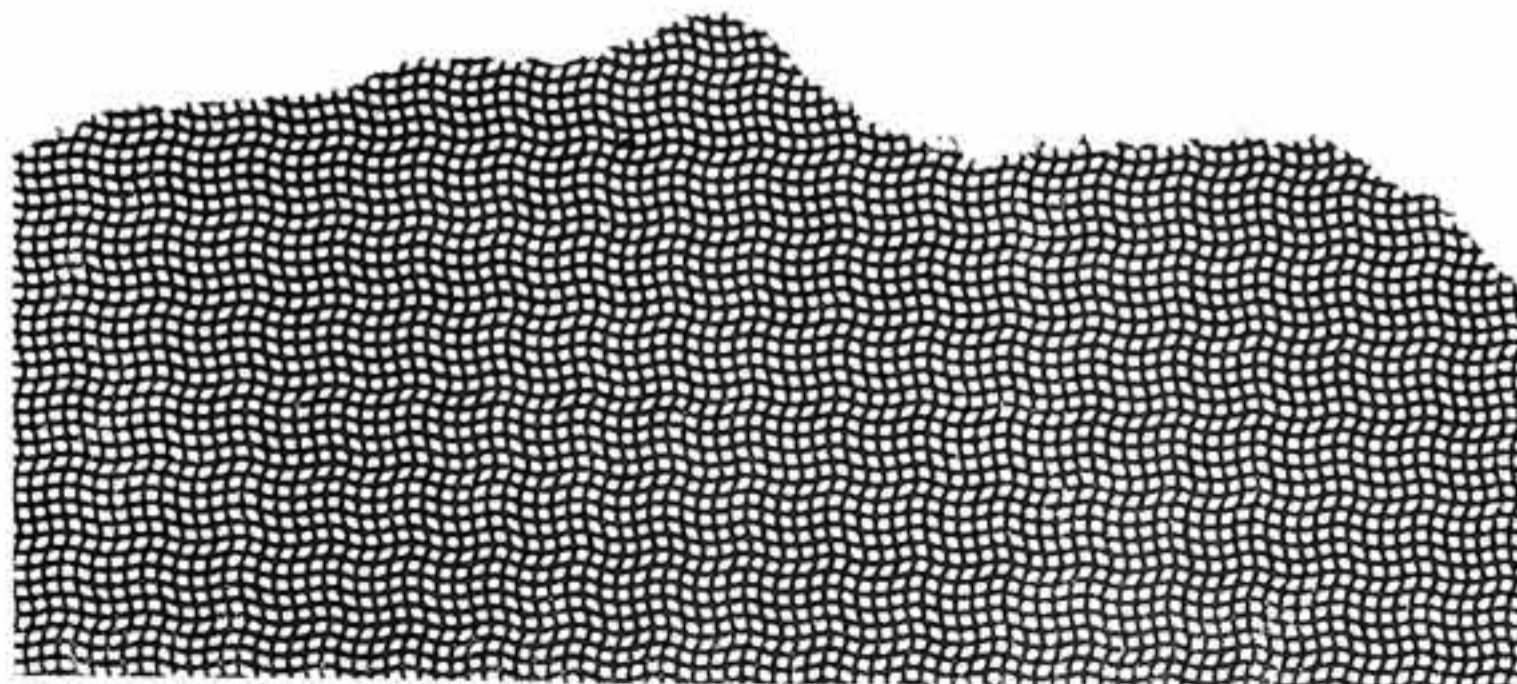
minar en la madrugada y, al final, un vivo sola, a cinco cuadras.

Me gusta verte así, desnuda, desde la casa de enfrente, mirar tus ojos grises que la noche enturbia, la mano reposando sobre un seno o esa pelusa negra que caracolea sobre tu sexo. Esos aires de prostituta cuando te encuentras a solas y arrojas la colilla del cigarro por la ventana. Me gusta verte a ti, Amanda, a ti, la de las muñecas, la de los frascos en las repisas, la del cuarto en penumbras y las tijeras de todos los tamaños que cuelgan de la pared. Me gusta verte a ti y no a esa niña perdida que abre la puerta con movimientos torpes, y que invita a los hombres jóvenes y de cabellos atractivos a tomar una copa de jerez.

Afuera, ladran perros en el silencio y te hacen voltear preocupada en dirección a la cama para ver si él continúa boca arriba y tranquilo. Como en todas estas noches, te pones las zapatillas rojas, el traje de Pierrot y, haciendo el menor ruido posible, te pavoneas alrededor del cuarto, de tu cuarto de tijeras y frasquitos. Entre giros te aproximas a la cama y, con gestos ondulantes pero también sigilosos, retiras muy lentamente la sábana,

contemplas orgullosa el contorno de su ombligo, el pecho liso como una pieza de mármol, la cintura y esas piernas que pocas horas atrás aprisionaban las tuyas.

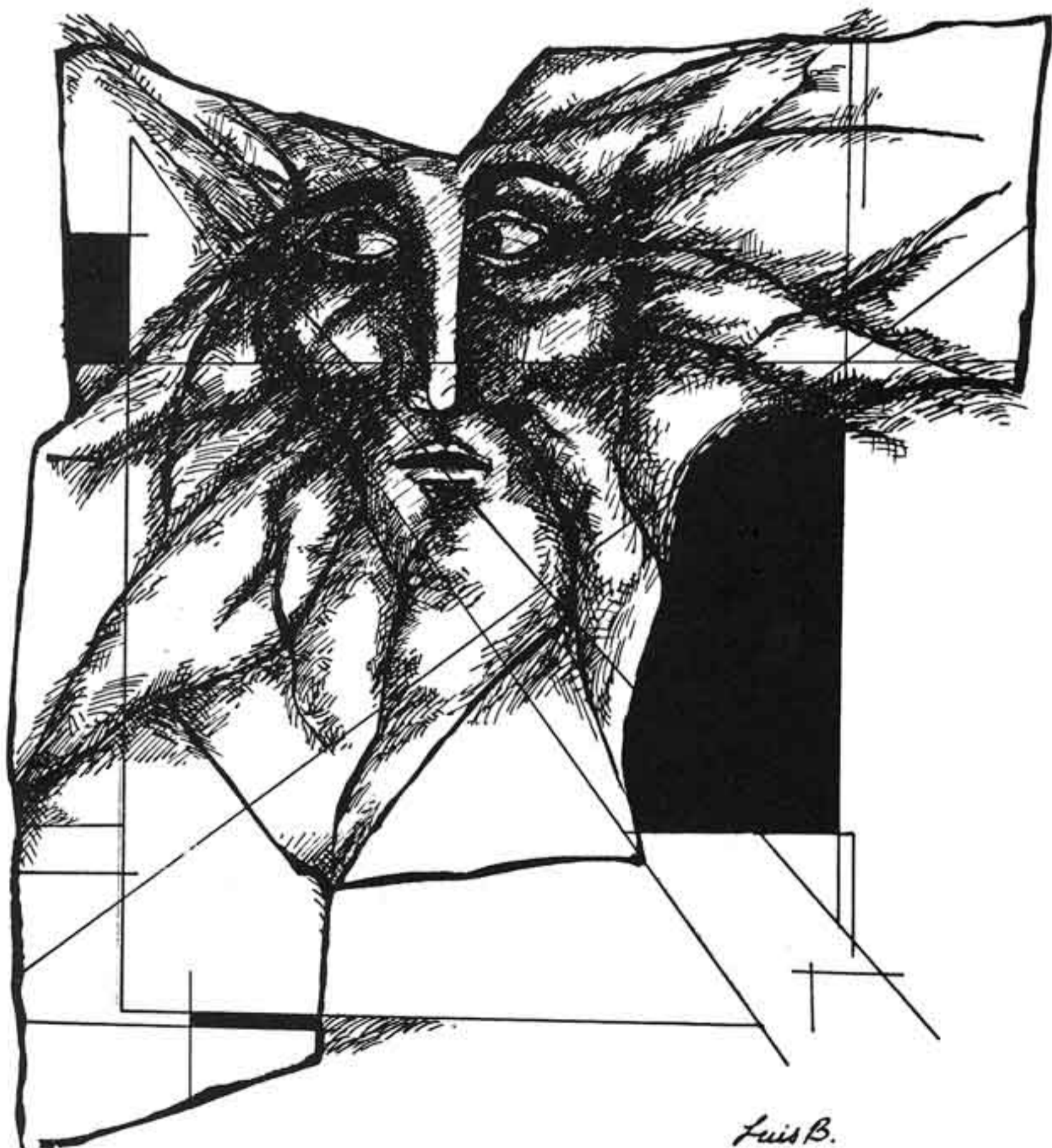
En la ventana el alba está amenazando: tú y yo sabemos que no queda mucho tiempo. Sin apartar la vista de él, vas descolgando una a una las tijeras de la pared, recortas por mechones los cabellos vaporosos, que colocarás luego en algún nuevo frasco, y con tijeras más filosas desgarras las uñas. Mientras, los recipientes se van llenando de pelusas, de uñas escamadas teñidas, voluntariamente, porque la práctica no te permite errores, de algunas gotitas de sangre. Y yo, desde la ventana, veo cómo se sonríen las muñecas, intuyo la campanada del reloj que como un hachazo marca ese segundo exacto que respetas religiosamente. Al igual que todas estas noches, me pongo la gabardina y la gorra de pana azul. Me acerco a la puerta y cuento los minutos para mirarte cruzar la calle con las zapatillas rojas y el traje de Pierrot, para esperar, Amanda, a que toques el timbre y me pidas, como siempre, que te ayude a deshacerte del cuerpo.



Viñeta

Serie Rostros orográficos

Luis Bernardo Pérez Puente



Primer premio del quinto Concurso de cuento de ciencia-ficción, convocado por el Colegio de Ciencias y Humanidades.

CHASCO

Gabriel Maya Becerra *

Preámbulo

El género literario de ciencia-ficción podría enfocarse, a mi entender, de dos maneras: como ciencia-ficción y como ficción-ciencia. En el primer caso es obvio que a partir de un conocimiento científico se deducen consecuencias creadas por la imaginación; en el segundo, lo que se figura debe ser explicado científicamente.

La literatura de ciencia-ficción ha sido vastísima en los últimos años como consecuencia de los adelantos científicos y tecnológicos que verdaderamente rayan en lo fantástico. Sin embargo, lo escrito sobre ficción-ciencia no es tan amplio, no obstante ser más antiguo como género literario, sólo que en otra esfera: la novela policiaca científica donde destacaron particularmente Conan Doyle y Fleming con sus renombrados personajes Sherlock Holmes y el Agente 007.

Para mi gusto la ciencia-ficción aumenta las posibilidades literarias del disertante sobre la base mínima de un solo conocimiento científico y es un magnífico ejercicio para explorar las habilidades literarias de los estudiantes en las cátedras correspondientes.

También para mi gusto la ficción-ciencia tiene más posibilidades educativas dentro del campo de las ciencias porque el ensayista debe tener conocimientos científicos, consultar y buscar aplicaciones del mismo para explicar el supuesto que relata.

Un ejemplo ilustrará mejor esta idea: en cien-

* Escuela Nacional Preparatoria núm. 6.

cia-ficción la creación del magneto unipolar, originará innumerables consecuencias imaginarias. En ficción-ciencia sólo una de esas consecuencias imaginarias dará lugar a innumerables razonamientos científicos que lleguen a explicar la única razonable: el magneto de un polo.

El presente relato considero que está dentro de la ficción-ciencia cuando una banda criminal decide saquear la bóveda de una institución internacional de diamantes, situación ficticia y para ello debe apelar a vastos recursos científico-tecnológicos, algunos de los cuales son de uso

22 hrs. La Banda.

En el centro del círculo de ocho hombres, la habitación en penumbra despide destellos multicolores que, al reflejarse en sus ojos, acrecientan el asombro y la codicia al ver el prodigio producido por la pila de refulgentes piedras preciosas volcadas en la desvencijada mesa.

20:00 hrs. Mismo Día. La Bóveda.

Los dos Gerentes Ejecutivos y el Jefe de Seguridad de la *Diamond Cutter International Association* de Amsterdam, Holanda, desconectan el sistema electrónico de seguridad luminosa en la Sala de Valores y se dirigen a la puerta de la enorme caja fuerte. Allí, por rigurosa jerarquía cada uno, con su tarjeta magnética dactilar, interrumpe la corriente eléctrica en cinco de los quince pernos totales de la cerradura. Completado esto se desactiva automáticamente el campo electromagnético inducido entre el marco y la puerta de la bóveda que les confiere una solidez capaz de resistir el impacto directo de una bomba.

Entran los tres simultáneamente a

común en tanto que otros son producto de la fantasía, no tanto en el aspecto práctico sino en el de sus dimensiones fáciles de transportar.

Ciertamente que el tema es trillado pero es uno de los que mejor se prestan para el eterno juego en el ajedrez del ingenio humano y además me sirve como pretexto para patentizar mi reconocimiento a los autores y al género literario.

Una ventaja adicional es que se puede optar por ocupar cualquiera de los lados en la mesa de la moralidad con sólo suprimir los párrafos correspondientes a "los vehículos".

la suntuosa bóveda, pero presos por un escalofrío mortal, se detienen bruscamente.

21:00 hrs. Mismo Día. Los Vehículos.

Dos extraños vehículos sobre la acera frente a la sede de la DCIA terminaron su exploración y al bajar de la banqueta se dirigen a la Northstrassen precedidos de una patrulla con la sirena apagada que les va despejando el camino.

16:00 hrs. Mismo Día. Los Cómplices.

Cup, el Jefe de cantineros se encuentra afanado con las botellas multicolores que de todo el mundo han llegado al bar del espléndido Centro de Recepciones de la DCIA para deleitar a los quinientos selectos diamantistas, que invitados de todos los rincones de la tierra, se reunirán en sus salones a partir de las 17:00 hrs.

18:30 hrs. Mismo Día. La Bóveda.

Con un leve chasquido la tapa del ducto de aire acondicionado cede y un

hombre, Craft, asoma a la Sala de Valores portando un sextante electrónico con el que mide el ángulo y la distancia del más cercano de los 24 rayos luminosos que en todas direcciones tejen una intrincada red que no permite el paso en ninguna dirección, so pena de interrumpir alguno de ellos y activar automáticamente las alarmas locales de la DCIA y las generales de los recintos policiacos.

Cuidadosamente saca después un polariscopio con polarímetro acopiado y al localizar los 4 haces de luz polarizada mide sus ángulos de desviación. Los otros diez rayos luminosos se reflejan en minúsculos espejos y con distintos ángulos sin estar polarizados. Son 24 haces en total.

Terminada esta tarea, Craft, monta una plaquita metálica negra en un delgado ojo que se inclina y estabiliza con un pequeño giróstato y ajusta su ángulo a las medidas obtenidas con el sextante y el polarímetro. Toma un fotómetro de bolsillo y mide la intensidad luminosa del primer haz, después saca una lamparita de pilas e iguala ambas cifras. Ambos dispositivos: placa y lámpara están listos para montarse en su fase final y el delgado eje que les sirve de soporte encaja en un minúsculo depósito de aceite. Craft, saca una jeringuita cargada con aceite y principia a inyectar el pequeño depósito. Lenta y progresivamente el soporte se va elevando y de pronto el rayo luminoso es interrumpido por la plaquita negra en el preciso instante en que el haz luminoso de la lamparita lo sustituye.

La misma operación se repite con todos los rayos luminosos.

21:30 hrs. Mismo Día. Los Vehículos. Katwijk pequeña y encantadora aldea de pescadores en la costa holandesa

del Mar del Norte ve acercarse a los dos extraños vehículos precedidos por la silenciosa patrulla policiaca.

18:00 hrs. Mismo Día. Los Cómplices. Con intervalos de cinco minutos, por la puerta interna del Salón de Recepciones de la DCIA, pasan cuatro elegantes invitados que sin ninguna prisa se dirigen hacia sitios diferentes de la barra del bar donde se les sirven las vistosas bebidas solicitadas que después paladean despreocupadamente a pequeños sorbos en aquellos finos y largos vasos de cristal de baccarat.

19:00 hrs. Mismo Día. La Bóveda. El último rayo luminoso ha sido interrumpido y otros dos sujetos irrumpen por sendas ventanillas del aire acondicionado y se dirigen por el oscuro corredor hacia la cerradura de la puerta en la bóveda de seguridad. Uno de estos hombres exhala una bocanada de humo de cigarrillo dentro de la combinación y el otro coloca el transductor de un pequeño ultrasonógrafo que tiene un microprocesador con radiómetro acoplado. Una luz roja verifica el funcionamiento del sistema.

Las inaudibles ondas del ultrasonógrafo hacen vibrar las partículas de humo dentro del más cercano de los quince minúsculos túneles donde se alojan los pernos de la cerradura y la amplitud, frecuencia y energía vibrátiles se reflejan al microprocesador y su radiómetro lo que permite saber la distancia, diámetro y hasta la composición de la aleación de que están hechos los pernos.

Con aumentos progresivos de la frecuencia del ultrasonido son obtenidos los valores de los quince pernos. Como la aleación metálica determina su magnetoconstricción y el valor del

campo magnético, ambos datos son proporcionados inmediatamente por el microprocesador.

El siguiente paso ya es fácil. Sólo hay que neutralizar ese campo magnético en cada perno y para ello nuestro hombre, llamado Mr. Bolt introduce un monocristal de hierro en la cerradura y lo conecta a la microprocesadora que lo va magnetizando en su arista a las intensidades requeridas. Dentro de la bóveda se oyó la rápida sucesión de quince chasquidos al inactivarse el campo magnético de los pernos y del marco de la puerta de la bóveda. La puerta se abrió libremente. Los tres hombres miraron incrédulos y estupefactos su contenido.

19:15 hrs. Mismo Día. Los Cómplices. El Salón de Recepciones de la DCIA está rebotante de elegantes y opulentos invitados que brindan continuamente mientras consolidan jugosas transacciones. Cuatro hombres se dirigen distraídamente bajo cuatro separadas ventilas de aire acondicionado. Cada uno lleva su vistosa bebida de la que han consumido la mitad.

22:00 hrs. Mismo Día. Los Vehículos. Los tres vehículos cruzan silenciosamente las oscuras callejuelas de Katwijt y se dirigen sigilosamente hacia una modesta casita de madera que mira hacia el siempre turbulento mar.

19:15 hrs. Mismo Día. La Bóveda. Siguiendo las instrucciones de Craft, los tres hombres se encuentran atareados desmontando las alhajas; sólo las piedras preciosas.

Así se van formando cuatro montones de colores distintos: las blancas

con brillantes de los Merovingios, los primeros diamantes tallados en el siglo XVIII, de las minas de Golconda en la India. El gran Mongol que estaba extraviado desde el siglo XVI, el Florentino de Carlos el Temerario, el Orlov de Catalina II, el Regente, el Sancy, el Estrella del Sur, el Ken-inoor de la Reina Victoria, el maléfico Hope y el extraordinario Cullinam de 3 024 kilates.

En los otros tres montones se apilan esmeraldas, rubíes y zafiros desmontados del Tesoro de Villanca, del Carambalo de la Corona Española, de las obras de Cellini, de Durero, de Holbein el Joven, de Dalí y Teléfasio. Todos en cuatro enloquecedoras pilas que pronto caen en pequeños sacos de lona que son llevados por dos hombres mientras el tercero cierra la puerta de la bóveda y levanta el campo.

20:00 hrs. Mismo Día. Los Cómplices. Una voz enérgica solicita la atención de la elegante reunión para anunciar que por imprevistas circunstancias la exhibición de joyas anunciada para llevarse a cabo antes de la cena de gala tiene que ser suspendida por lo que se ofrecen disculpas y se invita a la concurrencia a pasar al ala del edificio donde se encuentra el suntuoso comedor y continuar así el programa de actividades. Así mismo se les solicita llevar sus bebidas al Salón Principal.

Cuatro hombres charlando regocijadamente abandonan el bar. En sus manos llevan bebidas de color verde, rojo, azul y cristalino que tienen un índice de refracción casi idéntico al de las piedras que ocultan y que ni siquiera despiertan sospecha en la doble fila de guardias fuertemente armados que les forman valla.

Veinte minutos más tarde pasan ba-

jo un arco que en uno de sus pilares tiene una caja negra insignificante casi al ras del suelo.

23:00 hrs. Mismo Día. Los Vehículos. Múltiples luces se encienden simultáneamente iluminando la casita de playa que está rodeada de vehículos policia-cos y una voz ordena por la bocina portátil: ¡Salgan con las manos en alto! ¡La casa está completamente rodeada! ¡Tienen treinta segundos!

23:00 hrs. Mismo Día. La Banda.
—iii !!!

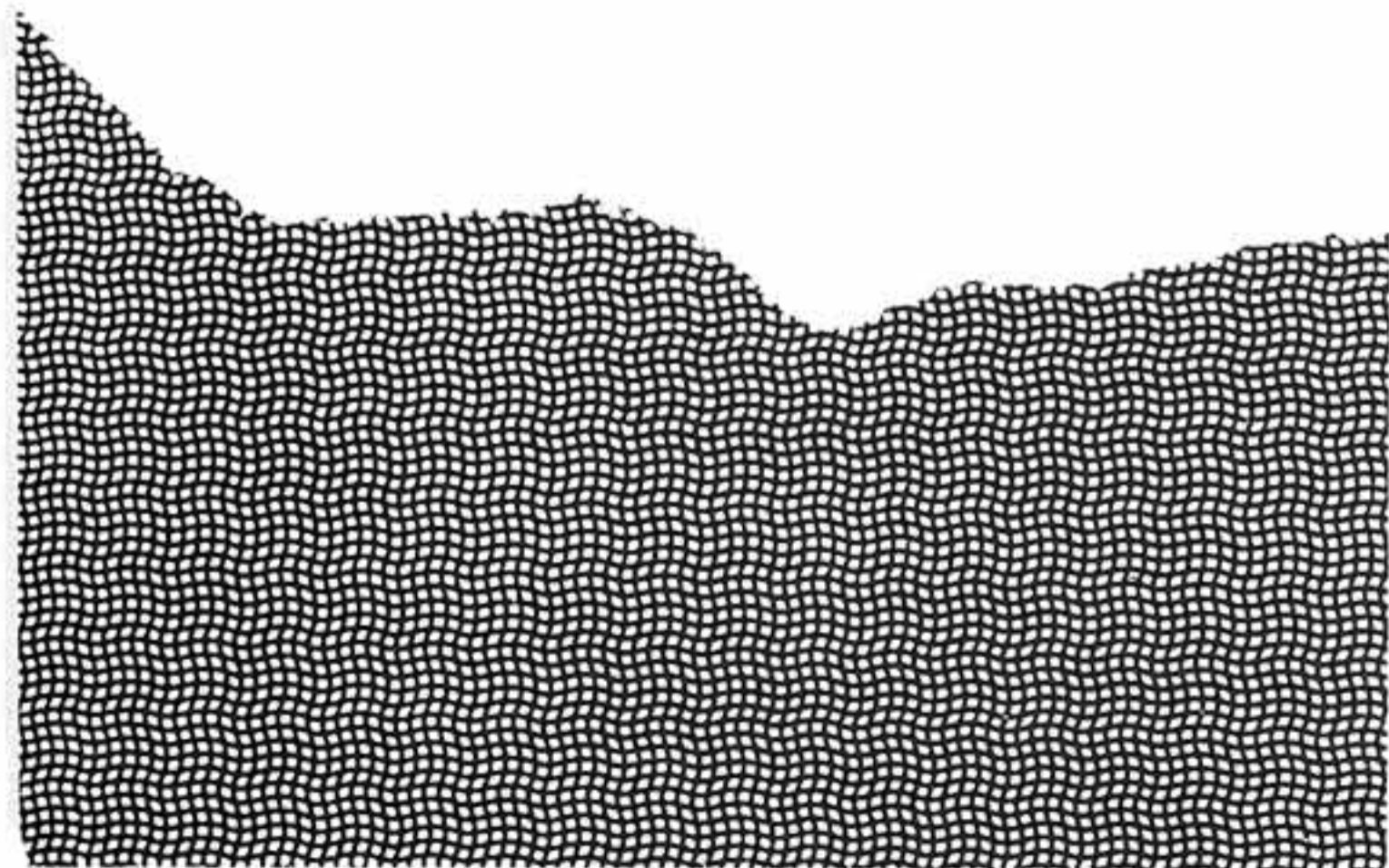
12:00 hrs. Día Anterior. Los Electricistas.

Dos jóvenes electricistas con moño blanco entregan al Jefe de Vigilancia de DCIA una orden confidencial y des-

pués son conducidos hasta un arco de medio punto frente al Comedor Principal. Allí los electricistas instalan una especie de cámara de T.V. que cubren con una caja negra. La caja tiene un orificio y está a 50 cm del suelo. Terminaron su tarea con una delgada mano de pintura al suelo frente a la caja para retocar lo maltratado y se marcharon sin despedirse.

Fue una medida preventiva adicional, ya que la pintura a base de alcohol y sometida a la acción de los Rayos X adquiere características fluorescentes o fosforescentes cuya huella es fácil de seguir iluminándola con una lámpara de infrarrojo.

En este caso las numerosas pisadas en la acera revelaron un grupo de ocho hombres que abordaron un vehículo cruzándolo por delante y detrás. Al maniobrar para salir, la pintura impregnó los cuatro neumáticos e imprimió su huella por toda la carretera hasta Katwijk.





Luis B.

ÁNIMA VERSUS ÁNIMA

Morelos Torres

La tarde en que lo iban a fusilar, se entretuvo en escribirles cartas lacrimosas a sus amigos, hermanos, padres y a todo aquél que hubiera conocido alguna vez. Es muy cierto que su vida había transcurrido en gran paz; su muerte violenta, lejos de parecerle una equivocación y crimen nefando como a cualquier otra persona, le parecía el medio con el cual el destino, comprensivo, lo convertiría en mártir.

Ya sea porque el capellán estaba distraído, o bien porque era pésimo en su oficio (o porque estaba dormido), la confesión del condenado no fue completa. Algunos pecados (como el de haber matado un ratoncito en su celda o el de olvidarse de saludar alguna vez al alcaide de la prisión) continuaron ocultos en el fondo de su alma.

La descarga lo ensordeció. Los golpes de las balas le hicieron cosquillas, pero aguantó la risa, entornó los ojos y cruzó las manos en su pecho ensangrentado. Cayó sin darse cuenta.

El cielo estaba ya cerca. La puerta de acceso, de acero inoxidable con chapa de oro, se veía cerca. Mas los pecados que el confesor no había sabido extraer de su ánimo pesaban cada vez más.

Estiró ambas manos: todo en vano. Allá lejos quedaban la gloria y los ángeles, y abajo el infierno lleno de candela. Él enmedio, estático, inmóvil y dubitativo. Desesperado, murió por segunda vez antes de llegar al cielo.

Uno de los ayudantes de Dios, compadecido, le dio una tarjeta de visita para deambular por purgatorio, infierno y cielo sin rumbo fijo.

Descontento con una solución de tal naturaleza, pidió a los más cercanos e influyentes colaboradores de Dios una audiencia.

Tras del imponente lapso de tiempo que ameritaba el caso (dos, tres, cuatro mil años, una era geológica), Dios le llamó a su lado con voz bien timbrada de tenor.

Detrás de un escritorio de caoba, refulgente todavía su aureola desteñida por el paso de los años, Dios le observó con ojos purísimos (a él le parecieron ojos pícaros, mirada de verdadero

bribón) y le dijo a voz en cuello, de repente: "¡Despierta!" (luego Dios se escondió en una nube).

Entonces planeó tranquilamente, tomó a su cuerpo de las manos y lo levantó, manchado de tinta roja. Sus ojos miraron el techo, los reflectores lo hicieron parpadear.

Vio avanzar el telón, y al tiempo que caminaba con prisa pensó que, aunque se había dormido en lo más interesante, por lo menos el tercer acto sí había salido bien. Los aplausos se oían nutridos y lejanos.



Luis B.

Primer Premio del Concurso de cuentos sobre el eclipse "Conjunción", convocado por el Colegio de Ciencias y Humanidades.

SOMBRA DE FLOR

Francisco Javier Botello López *

Al sentir un extraño escalofrío recorriéndole desde los pies hasta la cabeza, Xóchitl se dio cuenta que el jículi empezaba sus efectos. Era la primera vez que lo comía, y lejos de sentir algún efecto desagradable como pensaba, sentía gran energía y viveza. Tal vez por eso se lo habían dado: para sentirse orgullosa y feliz de haber sido elegida para ser entregada al dios del sol. Así al aparecer después de ocultarse tras la luna, no traería consigo desastres, como la última vez: temblores de tierra que desaparecieron el manantial más cercano.

Se apartó de sus pensamientos al sentir que la empezaban a despojar de su ropa y en su lugar ponían una vestimenta tan esplendorosa y rica en oro y cuentas que en otro momento le hubiera parecido hermosa y llena de vida. Aun después de tener los brazaletes y collares deseaba que otra mujer hubiera sido la elegida; pero para los sacerdotes ella era quien complacería más al dios, evitando así los desastres predestinados.

Al salir de la habitación vio un día bello, mucho más que cualquier otro; la frescura del aire se le metía en los pulmones y al mismo tiempo el sol calentaba su cara. Por ese momento olvidó su fatal destino, pero al llegar a la Avenida de los Muertos miró hacia adelante, casi al final de la calle se erguía majestuosa la pirámide del dios sol, y conforme se acercaba más y más a ésta iba sintiendo miedo, pánico, algo indescriptible... Sin embargo, logró superarlo y siguió caminando precedida por

* Escuela Nacional Preparatoria núm. 6.

el sacerdote y seguida por doncellas. El hecho era un gran honor, pues se le reconocería como la mujer más pura y hermosa del pueblo.

Al llegar al pie de la pirámide las doncellas se separaron y sola se quedó en compañía del sacerdote, quien al verla indecisa la miró rudamente, logrando que subiera atrás de él; entonces sintió los escalones muy angostos y la pendiente casi vertical. El jículi le proporcionaba una ligereza asombrosa y sus descalzos pies no sentían la larga travesía. Al mirar el cielo vio que al igual que ella estaba llegando a la cúspide de la pirámide; el sol ya casi estaba en el centro del firmamento.

Cuando llegó a la plataforma de sacrificios, en lo alto de la pirámide, miró al gran sacerdote, parado. Enseguida, cuando se acostó vio cómo el sol se empezaba a ocultar detrás de la luna, tal como lo habían predestinado. Entonces supo de lo inminente de su sacrificio, pues pronto, si el sacerdote continuaba con la razón, el sol se ocultaría completamente y a ella le sacarían el corazón para ofrecerlo al dios.

Los momentos siguientes le parecieron la eternidad; sentía urgencia de pararse y correr hasta estar fuera del alcance de cualquier sacerdote, pero le detenía el pensar en su pueblo ante la ira del dios sol.

Después de bastante tiempo, según ella, el sacerdote se acercó y le descubrió el pecho; la oscuridad era casi total, pero alcanzó a ver antes de cerrar los ojos cómo el sacerdote tomaba un cuchillo, lo alzaba y lo mantenía en alto mientras murmuraba unas oraciones.

Dalia se volvió hacia la ventanilla del coche y se dio cuenta de que ya casi llegaban; entonces sacó de su bolsa la pelota de mezcalina y después de

haber tomado lo suficiente para "ponerse bien", la pasó a sus cuates que gustosamente la empezaron a comer y a tragarla con ayuda de agua. Ese año era el mejor; había conocido por fin a personas buena onda y divertidas, lo cual no le ocurría desde que saliera de la secundaria.

Al volver la vista a su lado izquierdo vio a su novio, tal vez un poco regordete pero fregón en su forma de ser. Sintió su suerte al relacionarse con él: con 19 años y no conocía a otra persona tan buena onda. Antes, más chica, cuando se miraba al espejo, veía simplemente a una joven delgada de cabello negro, tez morena y unos ojos que según él eran los más negros que había visto, pero ahora no necesitaba mirar su reflejo para conocerse, simplemente prefería revisar dentro de sí y mirar quién era, no en apariencia, sino realmente.

De pronto, sintió cómo el coche aminoraba la velocidad y supo que llegaban a la desviación hacia las pirámides de Teotihuacán. Decidieron ir de improviso, pues pensaron en lo interesante de ver el eclipse desde lo alto de una pirámide.

Al llegar se sorprendieron de la soledad del lugar. Pensaban que estaría lleno de gente, que a todos se les habría ocurrido lo mismo, pero al contrario, sólo estaban algunas personas vendiendo objetos, como conchas de mar en forma de caracol, que al soplarles por un extremo emitían un sonido bastante fuerte. Después de sacar de la guantera los negativos de película necesarios para poder ver el eclipse sin el peligro de quedarse ciegos, se dirigieron a la Pirámide del Sol.

Empezaron a subir. En ese momento sintió el inicio del efecto de la mezcalina. Desde los pies hasta la cabeza ascendía un cosquilleo dador de ener-

gía. Todos los lugares por donde pasaba se vitalizaban, y ya en el cerebro le explotaba, llenándolo de viveza y alegría, conseguidas sólo al ingerir el extracto del peyote.

Después, ya no sintió ni cansancio, ni hambre, ni el viaje.

Al terminar de subir miró el cielo; el eclipse ya había comenzado. Así que se acostó y por periodos cortos, descansando la vista y a través de los negativos, veía cómo poco a poco la luna tapaba al sol. Le parecía sorprendente que el sol, siendo cientos de veces más grande que la luna, pudiera ser cubierto completamente desde el punto de vista de la tierra y que ella, Dalia, estuviera precisamente observando un eclipse total de sol.

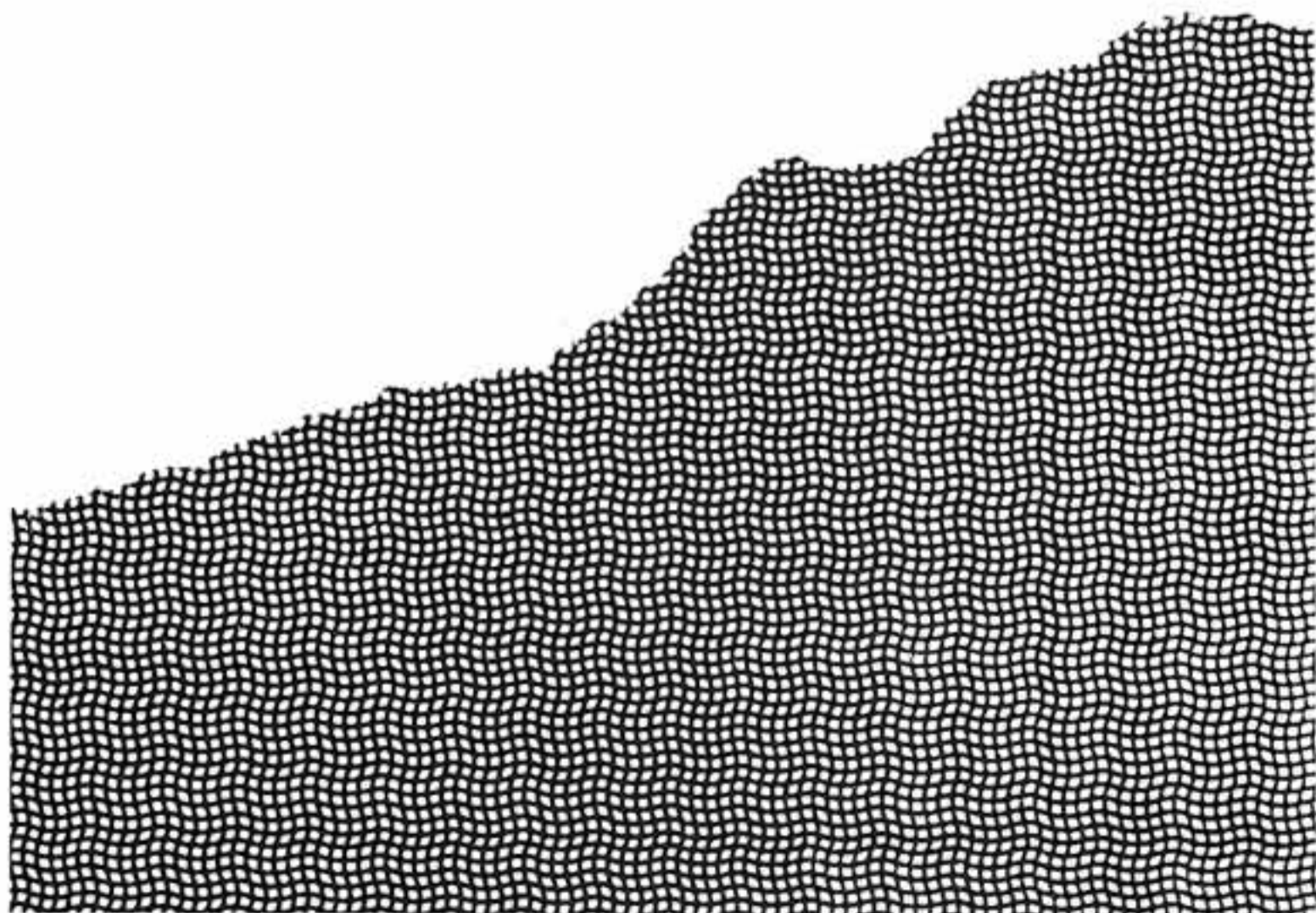
Estaba casi por cubrirse completamente el sol, así que apartó la película fotográfica y cerró los ojos por unos

segundos para descansar la vista y poder ver mientras durara la totalidad del eclipse.

Al cerrar los ojos supo que había comido demasiada mezcalina y llegó a sentirse temerosa, pero una larga nota salida de una concha de caracol le impidió terminar su pensamiento. Quizás alguno de sus amigos había comprado uno, o quizás era algún vendedor tratando de seducir para la compra.

Pero al abrir los ojos miró cómo una figura majestuosa vestida con grandes atuendos bajaba rápidamente un gran cuchillo, lo último que sintió fue cómo le escurría la sangre por el pecho desnudo.

Xóchitl ya no aguantó más y gritó; al abrir los ojos vio con sorpresa a un extraño hombre blanco hablándole en una lengua extraña.



SALINAS DEL CERRO

Liliana López Levi *

La vida dio vuelta en una esquina y yo perdí de vista aquel lugar mágico donde viví durante dos años.

Francisca no comprendía que yo hubiese olvidado donde quedaba, sin embargo, por más esfuerzo que hacía, recordaba sólo el rumbo. Siempre quise llevarla ahí. Después de tantos años de matrimonio, Francisca merecía una escapadita al único periodo de mi vida que no conoció.

A veces cuando entre las horas de la tarde brincaba alguna anécdota que iba a parar a sus oídos, me decía:

—Yo no me acuerdo que te hubieras ausentado tanto tiempo Camilo.

—Es que no me querías y por eso no te fijabas.

Y no debe haberme querido porque no protestaba, se quedaba calladita. Francisca siempre está en silencio, como si temiera que uno se aprendiera cada una de sus palabras y luego las usara en su contra. Siempre pensativa, sobre todo cuando se trata de Salinas del Cerro. Me imagino que no sabe si creerme... no la culpo, yo tampoco le creería si me dijera que vivió dos años en un pueblo que ni siquiera aparece en el mapa y que además nadie recordara su ausencia.

El reencuentro con Salinas ocurrió de una forma muy curiosa e inexplicable. La Francisca y yo habíamos tenido una fuerte discusión y ella me propuso que saliéramos de vacaciones para olvidar un poco los malos entendidos. Salimos un jueves, el último jueves de octubre.

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

—¿A dónde vamos?

—Vamos hacia el oeste, a buscar Salinas.

La Francisca no contestó, comenzó a caminar mirando al piso, abstraída del mundo, igual que siempre, como si la historia le fuera nueva. Ocurría lo mismo cada vez que salíamos en busca de Salinas. Yo por respeto tampoco hablé.

Como era costumbre, la gente movía la cabeza negativamente al escuchar hablar del lugar. Nosotros continuábamos; yo, por esperanza y la Francisca por inercia. Finalmente habló y me dijo:

—Si Dios quiere, Camilo, hemos de encontrar tu pueblo, así que podemos irnos así nomás a ver dónde llegamos.

—Y ¿qué propones?

—Que Dios nos lleve Camilo, que no sea la gente.

La idea me inspiró confianza, nos sentamos en un vagón y nos dejamos llevar.

—¿Usted, pa' onde va señor?

—Para Salinas del Cerro.

—¡Uuu no! Tan allá, ya no conozco. ¿Es su pueblo?

—Pues, ahí anduve trabajando... ¿entonces no conoce?

—No, pa' que le digo que sí, yo no salgo lejos. ¿Ahí que hacen?

—Sal.

—No... pus no, ¿no le sirve San Fernando?

—Bueno.

Y de camino a San Fernando, a Tilpan o a cualquier lado que nos llevara el viento, acabamos por perdernos del mapa. Yo esperaba que la Francisca me reclamara, pero igual que las veces anteriores no decía nada, sólo caminaba.

De pronto, a diferencia de la suerte que tuvimos las veces anteriores, comenzó a sentirse un olor familiar.

—Así hueles Camilo, cuando andas pensativo.

El olor familiar estaba en cada una de las plantas, del viento... yo no me había percatado de él en el pasado, pero era evidente que ésta no era la primera vez. Luego comenzamos a escuchar voces, intentamos identificarlas, pero era como una sola voz dividida en varias. Tomé a Francisca de la mano y cuando menos nos dimos cuenta estábamos en medio de un pueblo fantasma.

—Se han de 'ber secado las salinas ésas que dices.

—A lo mejor.

Las casas estaban descuidadas y ni siquiera lo habían hecho lugar turístico; mucho menos podíamos ver a alguien que nos contara extrañas historias del poblado a cambio de una moneda.

—Las historias te las cuento yo Francisca.

—A ver, empiézale con la casa esa azulita del portal.

—¡Uuy! ésa era la de doña Jose, la prima de la güera... se decía que algo escondía, pues nadie entraba más allá del portal.

—¿Y no te da curiosidad Camilo?

—¿Qué pretendes?

—¿Qué tal si entramos?

—Pero está en ruinas, ya es diferente.

—Sólo pa' decir que entraste.

Entre ruinas cuya edad era incalculable, la Francisca y yo íbamos contando historias de un lugar extraño... a veces dudaba si lo que le decía era verdad o me lo estaba inventando en el momento.

—Hola Camilo, ¿qué tal te fue?

—Bien madrina, ¿qué hay de comer?

—Mole... oye Camilo, ¿qué no que tu señor padre ya se había muerto?

—Pues sí madrina, ¿quién dice que no?

—Por ahí dicen que anda uno igual que tú, pero más viejo.

—¿Cómo?

—Que anda de impertinente entrando en las casas, y que hasta se hace el que no oye cuando le hablan.

—¿Quién será?... ¿no me da más mole?

—Serafina me dijo que si no fuera por los años que se carga el intruso juraba que eras tú.

La Francisca parecía bien interesada, como si después de tantos años comenzara a creerme. Como niño me la llevaba por los rincones más escondidos, los lugares extraños y las casas de las distintas personas, las cuales iba yo recordando una por una.

—¿Ya lo viste Camilo?

—No. Parece como si se me escondiera, cuando llego a un lugar ya se fue.

—Dicen que anda como loco, que les habla a los de la casa y les presenta a una supuesta acompañante con la que habla y habla.

—¿Y quién es la acompañante?

—Pues nadie Camilo, no ves que está loco, ni siquiera se fija si está en la casa la persona con quien sostiene la conversación.

—¿Tú ya lo viste?

—¡Noo! Dios me libre, a mí los locos me dan miedo.

Francisca seguía callada pero sonriente, y saludaba amablemente a los viejos fantasmas, era como un juego. La casa, quien vivía ahí, un saludo cortés y una risa.

—Si me vieran tus hijos Camilo... si nos vieran jugando así...

—Si nos vieran, jugarían.

En un principio no lo noté, pero conforme fueron pasando las horas y nosotros cansándonos un poco, nos

dimos cuenta que no anocheaba.

—¿Sabes qué es extraño? Que no me acuerdo por qué dejé el pueblo si me gustaba tanto.

Cada uno de los espacios ocupados parecían tener su razón de estar ahí, como si lo hubiera planeado con anterioridad. Era todo tan perfecto... pero había algo que me incomodaba y que no quería decirle a Francisca, tenía la sensación de que alguien me estaba siguiendo, a lo mejor alguien me odiaba y por eso había tenido que salir de ahí.

—¿Tú crees en los fantasmas?

—¿En un lugar tan tranquilo? Vamos por un sorbo de agua al río.

... un sorbo de agua al río.

—¡Camilo!, ¡vamos por agua al río!

—No puedo güera, ando buscando al extraño.

—¿Al loco?... creí que tú no estabas en eso, si mi mamá sabe que vine contigo, me pega porque dice que es tu papá.

—No güera, no es, por eso lo busco, para ver quién es.

—Ten cuidado Camilo a lo mejor hasta es peligroso.

Cuando llegamos al río tuve miedo de reflejarme y ver a alguien con años de diferencia.

—Camilo, dice la güera que andas buscando al fulano.

—¿Lo viste?

—Todos lo han visto, si en verdad lo quisieras ver ya lo habrías encontrado.

La Francisca tomó agua del río y se rió. Era extraño que la Francisca se riera tanto, era como si no se diera cuenta de que algo pasaba... se reía tanto como la güera.

—¿Por qué me preguntas lo de que si creo en fantasmas?

—Porque a veces me confundo y

no sé en que tiempo estoy; si antes o ahora.

—Ay Camilito, empiezas a volverte loco como el fulano que anda mero-deando el pueblo... y dices que no lo has visto.

No supe cómo responder a la güera, porque era ella la que acababa de hablar.

Levanté la vista y vi a la Francisca, lo cual me causó una gran confusión, juraría haber escuchado a la güera.

—¿Por qué me miras así Camilo?

—Debí distraerme.

...La verdad, no encuentro otra explicación para haber escuchado aquello que ni siquiera entendí... y lo que en verdad dijo Francisca.

—¿Qué fue lo que dijiste?

—Que por qué me mirabas así.

—No pero ¿antes?

—Nunca me escuchas... vámonos, sígueme mostrando.

Empecé a caminar un poco confundido.

—¿A dónde vamos?

—¿En qué piensas?, vamos a buscar al fulano, ¿ya se te olvidó?

—Perdóname güera, es que de pronto sentí que estábamos solos en el río.

—Y lo estábamos, ¿o no?, ¿qué tienes?

—Sí, pero lo que quiero decir es que, sentí como si sólo nosotros existiéramos por estos parajes.

—Sí como no... los autosuficientes.

La Francisca me miró sorprendida y temí haber dicho algo en voz alta. El olor familiar comenzó a intensificarse.

—¿Aquí qué había?

—Era la casa de Toño... era el que...

—¿El que... qué?

—¿Qué te pasa Camilo?, estás muy raro, ¿qué murmuras de Toño?

—No sé, no me acuerdo.

—Decías algo de la casa de Toño y que él era no sé qué...

—Pero no sé qué iba a decir.

A juzgar por mi cuerpo debían haber pasado ya más de 24 horas, pero el sol parecía no moverse, comenzaba a preguntarme si Francisca se daba cuenta. Tal vez ella no le daba importancia o...

Francisca me interrumpió el pensamiento para decirme que entraría a darle un vistazo a la iglesia.

—¿A dónde vas Camilo? no creo que esté en la iglesia, mejor vamos a preguntarle a don Gil, a la tienda.

—Creo güerita, que estaba entrando por inercia.

—Debes tener un sexto sentido Camilo, porque dijo don Gil que vio al extraño afuera de la iglesia; como que iba a entrar.

Cuando entré a la iglesia, ya no estaba la Francisca, debió haberse salido cuando me fui hacia la tiendita, aunque no comprendo por qué si igual iba a entrar a la iglesia, no entré con Francisca... además, porque no la esperé para llevarla a conocer la casa donde vendía don Gil...

—¡Chin!... debe apenas haberse salido...

—Ves güera, cómo apenas llego a un lugar, ¿el fulano ya no está?

—Búscalo tú solo Camilo, que mi mamá me ha de andar buscando.

Así me quedé solo, por Salinas del Cerro... buscando confusamente... no sabía si al fulano, a Francisca o a mi pueblo.

—¿Oye Camilo, ese loco que anda por ahí gritando un nombre de mujer, qué es tuyo?

—¡No es nada, Dios! ¿por qué todos lo ven?... ¿y qué grita?

—Francisca.

Yo no conozco a ninguna Francisca por acá... sólo una de mi pueblo...

una bien bonita... pero ya debe haberse casado la chamaca, a mí ni me hablaba, como que ni me conoce... pero aquí no conozco a ninguna.

La gente comenzaba a mirarme como si me desconociera, como si desconfiara... me veían pero no se acercaban.

Salinas del Cerro me parecía de pronto desconocido... y yo sin encontrar a la Francisca...

...Cada vez la gente me identificaba más con el fulano loco que andaba por ahí y me reprochaban...

...Por más que le gritaba, la Francisca parecía haberse esfumado...

...El ambiente comenzaba a ser tenso, el fulano debía estar haciendo tonterías... llevaba cinco días caminando alrededor del pueblo en su búsqueda, y la gente se hacía cada vez más hostil hacia mí, ni siquiera la güera me venía a acompañar.

...¿Y si la Francisca emprendió su regreso?, ¿y si se hartó de ese pueblo fantasma? Tenía que salir de ahí para alcanzarla...

...La gente, cada vez más hostil hacia mí, me responsabilizaba de aquél que se me escondía, de aquél que no lograba yo ver. La tensión se acrecentaba e incluso comenzaron a decir que yo estaba embrujado... ni Toño, ni la güera salieron para apoyarme.

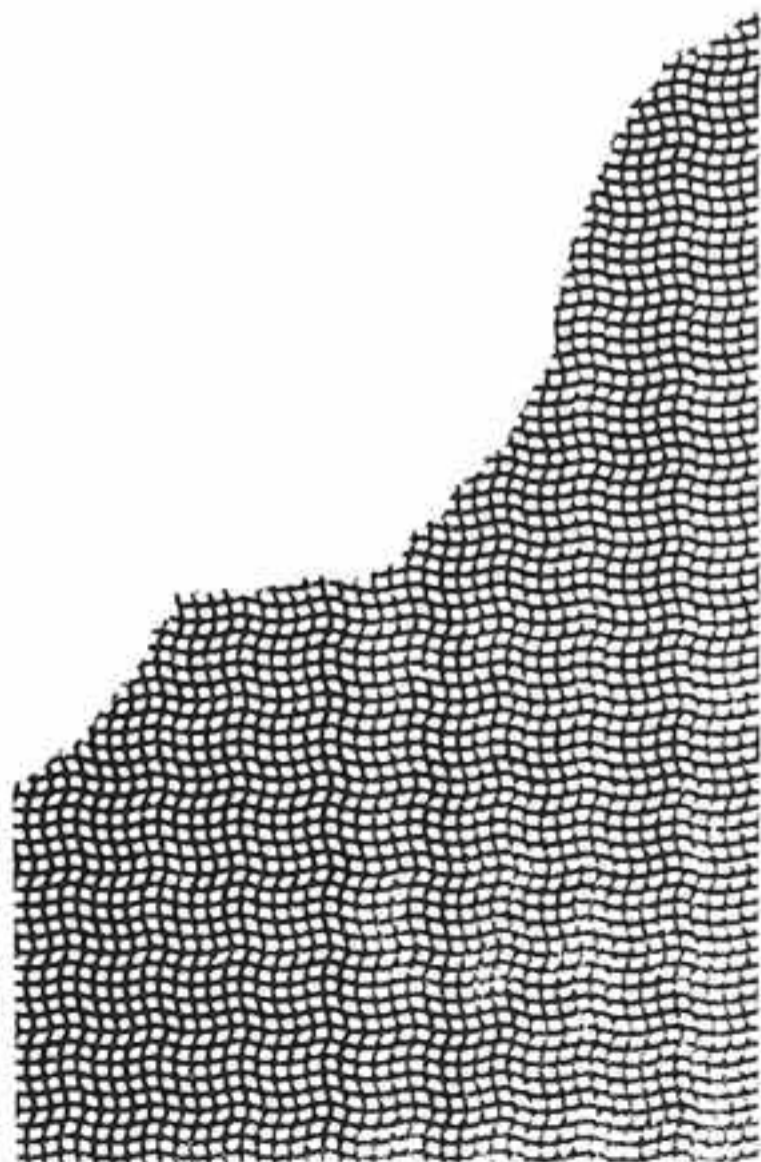
...La idea de encontrar a Francisca comenzó a ser obsesiva, no podía haberme dejado en un lugar como ése...

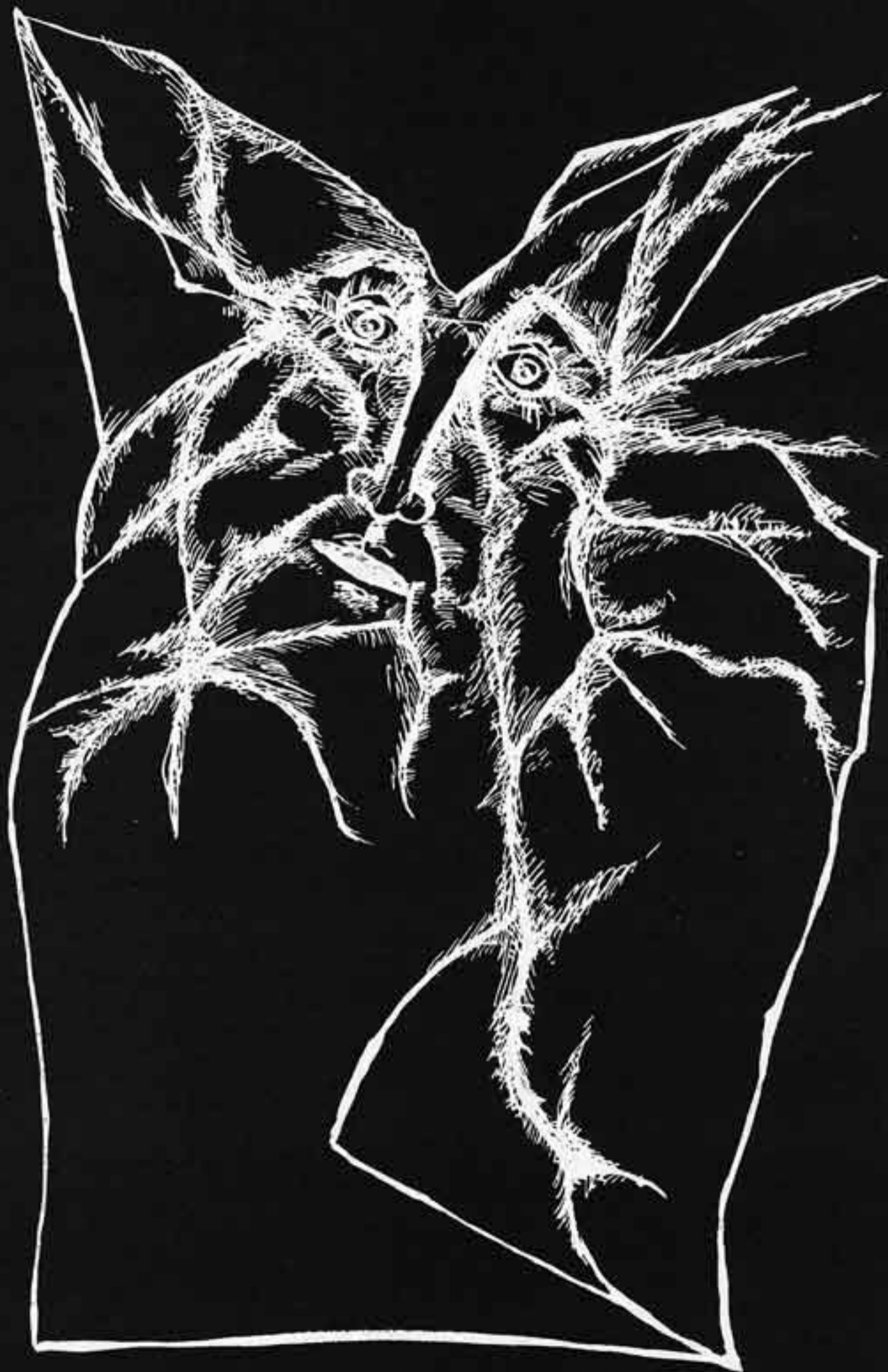
Aseguraba que me alejara, comencé a caminar.

Estuve varios días andando sin dirección alguna, hasta que me perdí en el paisaje, perdí el rumbo y el rastro de aquel misterioso lugar. Caminé mucho hasta llegar a la carretera y finalmente, no recuerdo cómo, ni

cuánto tiempo después, llegué a mi pueblo.

En aquel momento no le presté atención, pero ahora que lo recuerdo, me parece extraño que nadie me preguntara por mi ausencia. Por algún tiempo anduve trabajando por aquí y por allá, hasta que decidí casarme. Entonces me robé a la Francisca, una muchacha muy guapa y muy calladita, con mucha percepción... Después la vida dio un giro extraño y ahora por más que trato, no recuerdo dónde queda aquel lugar, a veces le platico a la Francisca de él y le digo que tal vez algún día la lleve a conocer Salinas, para que me crea, porque como que me he fijado y cuando le hablo, pone cara de que no me cree, y la verdad, no la culpo...





Luis B.

Primer Concurso de divulgación científica organizado por el Corredor Cultural Universitario Centro Oriente con la Subsecretaría de Educación Superior e Investigación Científica (SESIC) y la Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior (ANUIES).

Dirigido a niños de entre 8 a 14 años.

CIUDAD FLOTANTE*

César León Ledesma Ayala

La historia se hace con fragmentos del pasado, la angustia del presente y anhelos colectivos de superación.

Jesús Silva Herzog

Fue durante el verano de 2025, cuando Thalassia y yo regresábamos de un crucero de veinte meses por las aguas del Caribe, que la idea comenzó a instalarse entre nosotros.

En un principio, alguno de los dos había abordado el tema sin concederle mayor importancia; más bien, como quien saca del sombrero un par de preguntas para aminorar la fatiga del trabajo, y es que en realidad nunca antes habíamos permanecido tanto tiempo en altamar.

La travesía llegaba a su fin y los objetivos del crucero estaban cubiertos. Con el material colectado y la información obtenida, podríamos actualizar el catálogo faunístico de la zona y evaluar el estado de nuestros recursos pesqueros.

* Trabajo seleccionado para representar a la UNAM.

La idea fue cobrando fuerza hacia el final del recorrido. Sin darnos cuenta, para entonces sólo hablábamos de las posibilidades de llevarla a cabo. Debió influir el hecho de que regresábamos a casa y a todo lo que esto significa: familia, hogar, amigos. Que regresábamos a tierra firme para tantear la vida desde el estrecho mundito de un laboratorio y una pizarra, donde nos aguardaban un altero de publicaciones que revisar y un grupo de alumnos de posgrado que, a bordo de las escasas tablas de un pupitre, tenían que descubrir el fascinante mundo del mar.

Esa mañana, Thalassia ya estaba frente al video-teléfono buscando en la pantalla las noticias más relevantes del día. Como siempre, en cuanto se levantaba de la cama se dirigía al estudio y desde allí telefoneaba al periódico central para revisar detenidamente cada página. Según ella, no había nada mejor que empezar el día conociendo cabalmente el estado de las cosas, los avances, y la salud del mundo.

Cuando encontraba un dato interesante o alguna estadística digna de tomarse en cuenta imprimía la información y me la mostraba a la hora del almuerzo. Debo de reconocer que ha sido, gracias al meticuloso hábito de mi compañera, que en los últimos años he podido mantenerme al tanto de lo que sucede en el planeta.

Esa mañana, mientras saboreábamos un exquisito guiso de "tre-pangs", ella me leyó un par de noticias. La primera daba a conocer los resultados del último censo mundial: 10 mil millones de seres humanos, y de acuerdo con las estimaciones de un grupo de investigadores, la masa total de la humanidad rebasaba en promedio los 250 millones de toneladas, lo que significaba que, de no haber sido

por la maricultura y la biotecnología, hoy no existiría en todo el planeta, en condiciones naturales, el suficiente alimento y espacio para que nuestra especie siguiera manteniendo su actual y creciente desarrollo.

La otra nota constituía un anuncio de lo que sus patrocinadores daban en llamar "La zona residencial ecológica del futuro". Consistía en una ciudad subterránea que de acuerdo con sus constructores convertía en anacrónicos los efectos adversos de los cambios meteorológicos así como los problemas de contaminación ambiental y deterioro ecológico.

Además demostraba lo absurda que había sido, hasta antes de la aparición de estas ciudades, la utilización de la superficie terrestre, la que había sido ocupada tan sólo con la construcción de las muchas viviendas destinadas a albergar a nuestra creciente población y cuadriculada con las vías necesarias para transportarla.

El artículo venía ilustrado con algunas fotografías que dejaban ver las ventajas de aquella novedosa zona residencial, en la que los espacios que antes ocuparan viviendas y avenidas, habían sido transformados en jardines, parques recreativos, reservas ecológicas y bosques.

En cuanto Thalassia terminó de leerme las notas, y después de haber revisado detenidamente las fotografías, una sonrisa iluminó mi rostro. En esos momentos ella, quitándose los lentes, me miró fijamente y con el entusiasmo que siempre la ha caracterizado gritó: ¡Lo ves, no estamos locos, la idea puede funcionar!

Durante nuestra larga estancia en mar abierto habíamos llegado a la conclusión de que la única forma de conocer realmente el extenso mundo marino era decidiéndonos a habitarlo.

Construir ciudades flotantes que, además de proporcionarnos un espacio que prácticamente ya no existía en la superficie terrestre, nos permitieran realizar investigaciones y monitoreos más minuciosos y prolongados.

En nuestras numerosas charlas al respecto ya habíamos logrado definir algunos de los principios básicos que a nuestro juicio hacían de las ciudades flotantes la mejor alternativa para desahogar los serios problemas a los que se enfrentaban las megalópolis de todo el mundo, y al mismo tiempo, nos permitían ver con mayor optimismo la llegada, no muy lejana, de ecumenópolis o ciudad-mundo.

Los aspectos técnicos no representaban un gran problema ya que por un lado, los sistemas solares pasivos, el empleo de células solares biológicas, así como el aprovechamiento de la energía hidráulica y eólica venían a solucionar, como en casi todas las partes del mundo, el problema del abastecimiento de energía. Además, la vida en el mar nos permitiría construir considerables estanques solares a sólo un paso de nuestras viviendas, pero sobre todo, nos obligaría a buscar, en el mar, la solución a muchos de nuestros problemas alimentarios y energéticos.

Por otro lado, era del conocimiento de todos que la tecnología de "plataforma oceánica flotante" estaba lo suficientemente desarrollada para que su construcción y costo quedara al alcance de cualquier nación o grupo interesado en el proyecto.

Sabíamos perfectamente que nuestra idea no era del todo nueva, ya que de hecho, todos los mares del mundo ya estaban siendo ocupados por estas pequeñas ciudades a las que sin embargo, hasta entonces no se les reconocía como tales. Infinidad de buques-factoría y pequeños laboratorios

flotantes surcaban a todas horas sus gigantescas aguas. Muchas de las compañías recorrían constantemente la superficie marina en busca de yacimientos de cobre, estaño, cinc, plata, platino y oro, e incluso, desde mediados del siglo XX, durante la era del plástico, los gambusinos del oro negro se habían visto forzados a construir gigantescas plataformas oceánicas para extraer del mar los más grandes yacimientos petrolíferos.

En realidad, lo único que sí venía a ser completamente novedoso era la idea de llevar a la práctica estos mismos principios pero en proporciones monumentales. Ya no un buque ni un pequeño laboratorio, sino toda una ciudad capaz de albergar a varios millones de habitantes.

Thalassia, seguida por su apasionado interés por la información y las estadísticas, pronto reunió los suficientes datos y fundamentos teóricos para justificar con ellos nuestro descabellado proyecto. En su análisis destacaba por ejemplo que la extensión del océano era de 361 millones 250 mil kilómetros cuadrados, lo que constituye el 71% de toda la superficie del planeta, y que el Océano Pacífico, con una extensión de alrededor de 176 millones de kilómetros venía a ser, tan sólo él, un 22% mayor que todos los continentes reunidos. De esta forma, enfatizaba Thalassia, en el supuesto caso de que pudieran ser poblados todos los rincones de la superficie terrestre, lo cual en un principio parecía improbable, la humanidad sólo estaría ocupando el 29% de la superficie total del planeta. Ya que además, si reuniéramos a todas las islas del mundo en una sola, ésta cubriría una extensión de tan sólo 6 millones 475 mil kilómetros cuadrados, y estaría habitada por 700 millones de personas, lo que quería

decir que, de cada 10 seres humanos solamente uno habitaba las islas del mundo.

Con esto, la conclusión era que, de existir más islas naturales, nuestros problemas de espacio y alojamiento se verían desahogados en gran medida.

Así, dada la gran superficie ocupada por los océanos, era necesario que el hombre volviera más que nunca los ojos al mar y construyera islas artificiales y con el tiempo, por qué no, nuevos continentes.

Fue durante la última semana del crucero que ambos dedicamos todo el tiempo a la elaboración del anteproyecto. Al cabo de seis meses el escrito estaba listo para irse a la imprenta y enfrentarse así, una vez publicado, a la crítica de los círculos científicos de todo el mundo, y de la opinión pública también.

En cuanto apareció surgieron comentarios. Diversas revistas clasificadas, diarios informativos, y especialistas en urbanismo, daban su opinión al respecto. Comentaristas, hombres de ciencia y asociaciones encaminadas a la protección del medio ambiente, aceptaban y rechazaban nuestra propuesta. En cuanto apareció el libro (que por cierto decidimos titular "Ciudades Oceánicas Flotantes, opción para los habitantes del planeta agua"), surgieron innumerables grupos defensores del proyecto.

Durante varios años, Thalassia y yo nos dedicamos a impartir conferencias y a publicar artículos en cuanto sitio nos querían escuchar y leer, hablando siempre de nuestras ciudades flotantes. Defendiendo el proyecto, ampliando las explicaciones y desvaneciendo temores infundados.

Un año más tarde ya nos encontrábamos exponiendo nuestro proyecto ante el comité ejecutivo de las Nacio-

nes del Mundo, quienes, tras innumerables reuniones, finalmente decidieron brindarnos su apoyo.

Fue así que ambos nos trasladamos a la ciudad de Lahyccla para reunirnos con el equipo de investigadores del "Programa Mundial". Recuerdo muy bien aquel invierno de 2029 cuando Paloma, Francisco y Hans nos recibieron en el aeropuerto. En cuanto bajamos del avión nos dieron la bienvenida, y Paloma Ledesma nos hizo saber que les era muy grato conocer a los primeros habitantes del "próximo planeta agua". Que trabajaríamos juntos en el proyecto y que muy pronto empezaríamos la construcción de la primera ciudad flotante del mundo.

A ese día le siguieron meses de intenso trabajo, en donde alrededor de 900 especialistas trabajábamos día y noche en "pro" de un objetivo común. Como años más tarde apuntaría Thalassia: "El ambiente era excepcional. Una gigantesca ola de entusiasmo nos invadía a todos y nos hacía confluir en una misma idea, en una misma urgencia por ver terminada nuestra ciudad flotante".

Recuerdo una noche en que Thalassia y yo nos encontrábamos revisando unas cartas batilitológicas cuando de pronto alguien llamó a la puerta con demasiada insistencia. En cuanto se encendió el video-fon el rostro de Paloma apareció en la pantalla, segundos después, tras cruzar el umbral del estudio nos comunicó el motivo de su inesperada visita. —Ya tengo los planos de lo que será nuestra ciudad —fue lo primero que pudo decirnos y dirigiéndose al computador insertó un disco que sacó de una de las bolsas de su gabardina que años atrás le hedera su bisabuelo.

Su rostro reflejaba una ansiedad casi infantil y llena de pecas, similar a

cuando una pequeña está a punto de llevar a cabo una travesura. Los labios se le contraían constantemente y no sabía qué hacer con aquel par de manos nerviosas que como arácnidos rasguñaban la impaciencia.

En cuanto colocó el disco con la información, la pantalla se iluminó y dejó ver aquel juego de líneas y figuras tridimensionales. El espectáculo era fascinante. Frente a nosotros, una serie de hologramas se sucedían para ilustrarnos con todo detalle cada paso del proyecto. Una voz grabada hacía las explicaciones pertinentes. Conforme corría la cinta nuestra sorpresa iba en aumento. Aquello parecía increíble.

En nuestros intentos por ilustrar lo que debería de ser una ciudad flotante, Thalassia y yo no habíamos podido resolver muchos de los problemas técnicos más avanzados. No obstante, después de aquella cinta, las ventajas de las ciudades flotantes se ampliaban de manera extraordinaria.

Aquella noche salimos a festejar el acontecimiento. Sin embargo, en cuanto estuvimos a la intemperie y caminábamos por las calles de Lahyccla, una sensación extraña se apoderó de nosotros. En unos pocos minutos nuestra visión de las cosas se había transformado sustancialmente, y la misma ciudad y sus calles nos parecían inadecuadas. A partir de aquel día supimos que ya no podríamos vivir con la idea de seguir habitando por mucho tiempo más esas ciudades. Fue como si desde aquella noche el universo todo hubiera dado, para nosotros, un giro de 180 grados y no obstante todo siguiera en su sitio: calles, edificios, gente huyendo de sí misma. Todo inmóvil dentro de aquel movimiento apresurado.

Entonces recuerdo que nada había que se pudiera comparar con nuestro

proyecto en nacimiento. Nuestra "ciudad flotante". Rodeada de pas-tos marinos y corales. Iluminada por la majestuosidad de anémonas, algas y esponjas. Sumergida un 30% , en cuyos bastos sótanos se podría disfrutar del inigualable paisaje submarino y cultivar todo tipo de organismos oceánicos. Sótanos que muchos de ellos se destinarían para espacios recreativos, escuelas, zonas naturales de reserva, y laboratorios de investigación marina.

Fue así que los esfuerzos por terminar el proyecto se aceleraron notablemente, y para mediados de 2033, nuestro gran sueño ya era una realidad a punto de habitarse.

La prensa de todo el mundo asistió a la inauguración de nuestra primera ciudad flotante. Un nerviosismo muy particular se apoderó de todos los que por más de dos años habíamos trabajado en el proyecto. Algo nos decía que aquel era un momento histórico. El inicio de una nueva etapa en nuestras vidas. Porque siempre habíamos entendido que el surgimiento de las ciudades flotantes marcaría una nueva era en las costumbres y forma de pensar del hombre. Aquella tarde, tras el discurso de inauguración siguió el convivio y la fiesta, y a la semana siguiente comenzaron a llegar nuestros nuevos conciudadanos.

Dos años más tarde se comenzaba a construir la segunda ciudad flotante del planeta, y al cabo de una década, ya había cuatro ciudades más.

Hoy por hoy las ventajas de estas ciudades son innumerables, ya que por un lado, periódicamente la isla artificial es cambiada de lugar. Hace dos años, "Ciudad Flotante I", que es la ciudad en que mi familia y yo vivimos, se trasladó a las gélidas aguas del Pacífico Norte, en donde vivimos por

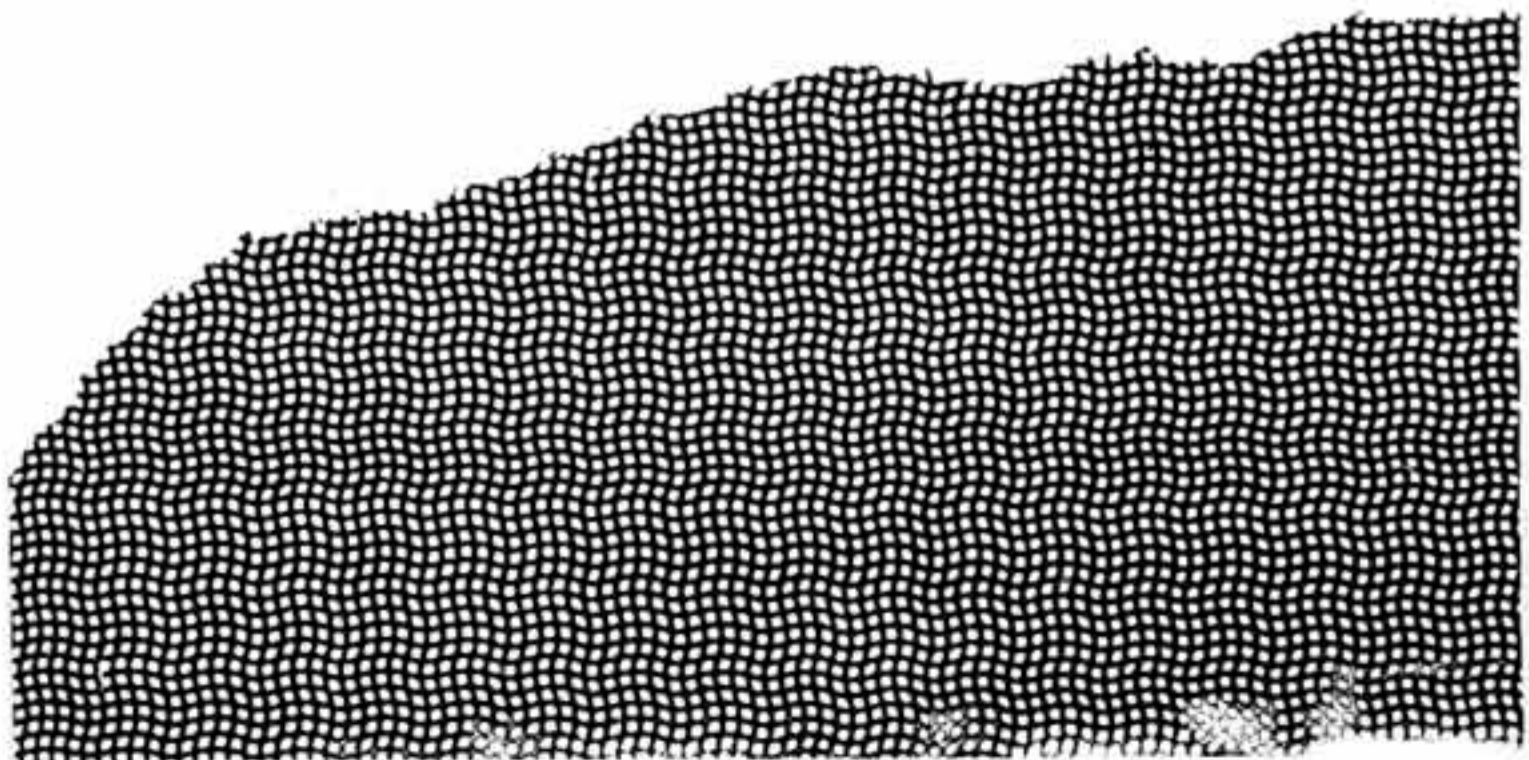
un periodo de cuatro años. Hoy, nos encontramos en la porción tropical del hemisferio, y de acuerdo con lo proyectado, el año entrante nuestra ciudad navegará hacia el Océano Atlántico, en un viaje que habrá de durar seis meses, para alcanzar así las aguas del mar Caribe, en donde habremos de vivir por un periodo no mayor de cinco años.

Hace mucho que Thalassia y yo no vamos a visitar los viejos continentes. Al parecer, la deriva continental sigue ocasionando movimientos sísmicos en esos lugares y a pesar de los avances tecnológicos no se han logrado controlar del todo.

La brisa ha comenzado a soplar sobre la ciudad. El sol es ahora una bo-

ca sedienta que se inclina para beber agua de mar en pleno invierno, y yo abandono uno de los miradores de esta ciudad y regreso a casa. Hoy he salido a caminar, hace mucho que no lo hacía. ¿Cuánto hará que Thalassia y yo no vamos a visitar los viejos continentes? ¿Diez, nueve años?

En fin, desde aquí puedo ver a Thalassia jugando con Amia, nuestra hija, en el jardín submarino de casa. Sin embargo, algo de mí no está conmigo, como si un yo remoto se hubiera quedado en alguna parte del pasado. O quizás un yo, éste que soy, se hubiera escapado de pronto a un viejo café, de algún remoto continente, para charlar con un ser desconocido al que pudiera parecerle extraño y absurdo lo que digo.



Fotografía

Serie *Huayacocotla, Veracruz*

Silvia González de León





Ensayo

ANTE SAN SEBASTIÁN, PERPLEJOS

Leonardo Martínez Carrizales *

Día 1

Podemos ir en paz, la misa ha terminado, dijo el sacerdote con voz profunda. *Demos gracias a Dios*. . . contestó un vocerío apagado pero devoto. Los feligreses abandonaron lentamente la parroquia de San Sebastián caminando por Bolivia, antiguamente calle de San Sebastián, hacia cualquiera de los destinos inciertos y tristes en que hoy se han convertido los arcos de las portadas, los artesones desfigurados, los portones surcados por el tiempo, los pasillos angostos y fríos, los patios diminutos y silenciosos, los amantes ebrios que se besan con labios alcoholizados en alguna banca de la Plaza Torres Quintero, justo frente a la parroquia cuya biografía comenzó con la aparición de una ermita fundada por Juan Martínez y por los años del siglo XVI cuando el Presidente de la Segunda Audiencia, Don Sebastián Ramírez, dio a este barrio el santo de su hidalgo nombre; un barrio donde las doncellas contemplaban los pliegues de las golgas de sus caballeros al pie de los balcones, donde todavía el tiempo no había navegado indeleble por la madera de los zaguanes ni había desfigurado el rostro de los alfarjes.

En medio del desierto en que se convirtieron las bancas de la parroquia, una beata prolongaba su rezo. Miré los andamios deshabitados por albañiles hipotéticos; miré la clausura irremediable de las capillas laterales de la nave, la clausura del bautisterio; miré la pena amarilla de su altar desnudo, la ausencia de un retablo. En mitad de una mirada, me sorprendió desde la punta derecha del altar y junto a una virgen piadosa. Un rostro terso y rosado, con una

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

expresión dulce y los ojos perdidos en los espacios del aire; la sonrisa franca pero digna. Unos cabellos castaños y largos, ondulados; la cabellera de un Cristo. Un andar estático y armonioso; sus brazos en cuidadoso y afectado balance, pero sus piernas presas en la dignidad de una flexión severa. El cuello erguido. Una faldilla roja con bordes dorados, como un príncipe austero, un bautista en el Anáhuac. Del mismo paño, una banda cruzaba su torso adornado por heridas abiertas como una granada pequeña pero viva al pie del sol de un mediodía. Heridas hermosas en el vientre, en el corazón; las heridas de las saetas que recibió hace tanto tiempo como diecisiete siglos por órdenes de Diocleciano y de los arcos de su soldadesca mauritana. Las mismas heridas con que se levantó del Campo de Marte para sanar en casa de Irene y regresar ante Diocleciano, en la gradería del Templo de Heliogábalo, y demandarle su conversión religiosa; las mismas heridas que persistieron en los palos que provocaron su muerte definitiva y que lo acompañaron a la santidad con que se presentó en los sueños de Lucina, para señalar el lugar de su sepulcro; las mismas heridas con que me sorprendió en mitad de una mirada y en mitad de la incuria que domina la parroquia de su nombre, a pesar de haber alcanzado el estatuto de monumento histórico a partir del 9 de enero de 1931. Anónimo, desde la punta derecha del atrio y desde la rigidez graciosa del yeso que lo contiene, San Sebastián no deja de sorprenderme.

Salí de la parroquia al anochecer, el rezo de la beata era apenas un recuerdo.

Día 2 (mañana)

Buenas tardes, señorita. ¿El Episcopado de la Iglesia Católica? Bien, buenas tardes. Disculpe la molestia, necesito información. Tengo interés en documentar la iconografía de San Sebastián; es decir, todo lo relacionado con las pinturas, las tallas, las imágenes, incluso con los inmuebles dedicados a la adoración del santo mártir. Quisiera saber de la existencia de algunos archivos. . . . Está bien, espero, desde luego que no cuelgo. . . . Buenas tardes, señor, le decía a la señorita que me contestó que. . . . sí, exacto, San Sebastián mártir, asaetado, sí, tengo entendido que su figura es un tema recurrente en las artes plásticas del mundo cristiano. . . . Entonces quisiera saber si existen algunos archivos con que la Iglesia Católica haya clasificado las obras del virreynato. . . . ¿no? Pero deben tener algún catálogo de obras artísticas en poder de la Iglesia. . . . ¿y la enumeración de las parroquias de la ciudad así como de los patronos de cada una de ellas? Entiendo, sí, comprendo. . . . ¿y no tiene usted idea de quién pudiera tener esa información? . . . Sí, comprendo, completamente dispersa; lamentable, muy lamentable. . . . No, en cuanto a los especialistas su interés se ha articulado en torno a autores, órdenes religiosas u obras específicas; sí, han descuidado los aspectos teológicos como ejes de clasificación. . . . pero no se preocupe, ha sido usted muy atento; sí, claro que tengo noticias de esas iglesias y no dude que me dirigiré a ellas. . . .

un momento, ¿con quién tuve el gusto? . . . Padre Francisco Antonio Macedo, muchas gracias padre . . .

Día 2 (atardecer)

Fray Antonio Campero es el historiador de la iglesia de San Juan Bautista en el centro de Coyoacán. Dicha iglesia es cabecera de un distrito eclesiástico que abarca una zona extensa del sur de nuestra ciudad; el tiempo ha emancipado varias capillas de su jurisdicción.

Fray Antonio tiene la blancura en la piel y la voz de los españoles. Lo encontré en los corredores amplios del edificio anexo a la iglesia, caminando bajo un solio diminuto que le daba la dignidad de años remotos. Me sorprendieron sus ojos de niño, agrandados por los cristales gruesos de sus anteojos. Me miró con la sorpresa de un niño.

“No hay nada en nuestros archivos. Incluso no tenemos nada de Santa Catarina, que es una capillita aquí muy cerca, usted debe conocerla, ¿la conoce? Aquí a unas cuantas cuadras . . . Pues pertenece a nuestra jurisdicción. La iglesia de San Sebastián Axotla ya no pertenece a nuestra jurisdicción . . .”

“No sabemos la razón de que no quede nada en los archivos. Acaso cuando los dominicos abandonaron este lugar apresuradamente, se lo llevaron todo, pero francamente lo dudo. Más bien pienso en aquellos tiempos convulsos . . . Diríjase al Archivo General de Monumentos Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, algo habrá de encontrar, ¿lo conoce? Allá en el ex-convento de Churubusco. Ahora bien, aparte de las iglesias que usted conoce, existe un San Sebastián en el frontispicio de San Antonio Panzocola, en la esquina de Avenida Universidad y Francisco Sosa, ¿la conoce? . . .”

Junto a su mano fresca, me ofreció su mirada enorme.

Día 3

La adoración de San Sebastián es tan temprana como su muerte. El mártir atiende a los estados con la peste divina de sus llagas, como hizo en la Italia de los tiempos del rey Humberto; como hizo en Xochimilco, ante los ruegos de Jerónimo de Mendieta; como seguramente habrá hecho con las pestes hipotéticas de los habitantes de Coyoacán en la primera mitad del siglo XVI, y por cuya devoción se habrán levantado las tres residencias del mártir en el sur de la ciudad: Chimalíztac, Xoco y Axotla.

La calle Hidalgo en la colonia Florida mutiló el atrio del Templo de San Sebastián Axotla que, a pesar de esa mutilación, conserva la traza, los muros, la portada y los sistemas constructivos del siglo XVI. En su fachada se construyeron dos torres hacia el siglo XIX y en 1980, la casa cural con sistemas

constructivos y expresión formal contemporáneos. La cruz atrial es otro sobreviviente del primer siglo de la Conquista, así como los arcos que se levantaron después de 1983 por iniciativa del párroco Javier Trejo, que tenía almacenados en la casa cural los elementos, ubicados tentativamente en los inicios del siglo xvii.

El San Sebastián que preside el retablo está preso en la madera que alguna vez tallaron manos indígenas. Su dolor es grave y varonil; hierático en su rostro inexpresivo pero primitivo y agudo en las llagas sangrantes del torso, del brazo derecho en alto y atado al tronco que sirvió para la ejecución, de las piernas. Su cuerpo es sangre viva, pero su rostro es el del último suspiro del mesías con el perdón y la santidad en la boca y los ojos iluminados. El trazo indígena, más próximo al dolor medieval que a las maneras renacentistas, hermana esta figura a la que en Chimalíztac reside en el centro de un retablo de oro y dentro de una campana de vidrio.

En la humilde anciana que arreglaba ramos de gladiolas en la nave austera del templo y que me señaló el camino para llegar al párroco; y en la imagen de San Sebastián, el dolor apagado y ancestral era el mismo.

— La verdad, poco le puedo decir sobre el San Sebastián de nuestro retablo. — Me dijo el párroco Javier Trejo sentado tras su escritorio en la sacristía; siguió diciendo con una voz que tenía los aires de la reflexión y la indiferencia bien educada—: “Nunca me había puesto a pensar en el origen de esa figura, pero imagino que no hay razón para pensar que no pertenezca a la misma época a la que pertenece esta iglesia, el siglo xvi”.

Un feligrés emocionado por su próxima boda interrumpió al párroco; éste le recordó, fríamente, la necesidad de los papeles oficiales de su prometida.

— Pondremos en las amonestaciones nuestros nombres completos. . .

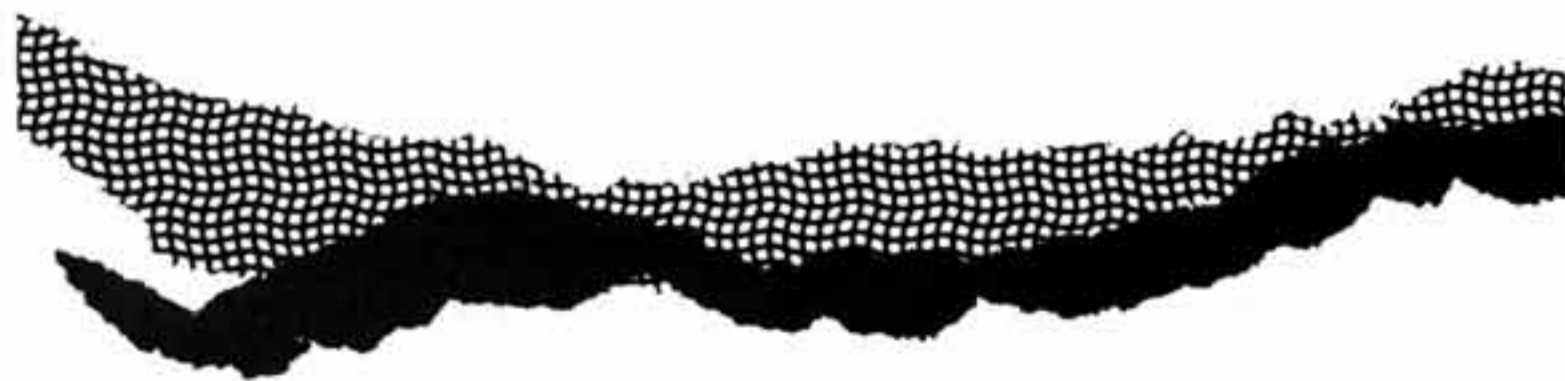
— Sí, sí, pero no olvides los papeles de la novia.

— Guadalupe. . .

— No quiero saber su nombre, no importa. No olvides los papeles.

Cuando el feligrés se retiró solícito y con la misma emoción, el párroco continuó.

— Esta iglesia fue fundada por franciscanos, eso sí le puedo informar, y le puedo decir también que los arcos en el atrio son la parte más antigua que



conservamos. Actualmente la iglesia funciona bajo un aspecto pastoral de enfermos...

Cuando me retiré del templo por su incierto atrio, volví a contemplar el barrio híbrido que la rodeaba: apartamentos y automóviles sofisticados, antenas parabólicas, y barrancas de adobe, aplanados despostillados, un elotero taciturno. El templo era un pedazo de claridad primitiva en medio del desconcierto ciudadano.

Día 4

(Apuntes para la historia de dos martirios.)

Entre 1900 y 1902, las huertas de Chimalíztac eran para Federico Gamboa un recuerdo imposible por dos razones. La primera: el arbóreo espacio donde el tlatoani de Coyoacán alojó a Cortés en 1519, y que en 1597 fue cedido en gran parte a la laboriosidad carmelita por el doctor Andrés Mondragón, era un fraccionamiento conocido como Colonia del Carmen, resultado de una disgregación iniciada en 1856 y continuada por el afán reformatorio de 1859. La segunda: escribía en el exilio *Santa*.

La protagonista de su novela, desvirgada por un alférez en los pedregales de San Ángel, habrá llorado su dolor joven frente al dolor viejo del santo patrón de la Capilla de Chimalíztac, un Sebastián tallado en madera que seguramente habrá llegado en la última década del siglo XVII al recinto que dejó de ser por ese mismo tiempo, por obra de un cubo que abrió un arco en el muro posterior, lo que era desde su fundación en el siglo XVI: una capilla abierta. En el centro del altar situada al fondo del cubo, San Sebastián esperó 200 años las lágrimas de Santa.

La santidad apócrifa de Santa murió en un lupanar del centro de la ciudad de México, donde había ensanchado su martirio con placeres tristes. San Sebastián, sin embargo, resistió la suspensión del culto en su capilla durante la segunda década de este siglo; asistió a la reapertura; observó con mansedumbre a una Santa de oropel que llegó a sus pies en 1931, ocultando su nombre verdadero: Lupita Tovar; se enorgulleció de recibir el estatuto de monumento colonial en 1932; alentó en 1938 los trabajos de la primera reconstrucción y en 1943-1945, recibió con alegría un hermoso retablo barroco de cinco medallones, procedente del siglo XVIII y de la demolición de la Iglesia de La Piedad.

En 1964 —por esfuerzos de una comunidad de católicos alemanes—, San Sebastián Chimalíztac se convirtió en Parroquia territorial, separándose de San Jacinto (San Ángel). Sin embargo, San Sebastián sufre la carencia de los documentos que formen su biografía entre nosotros.

Una laguna más en la maravillosa imaginería cristiana del renacimiento vi-reinal.

Casi para llegar a la Cineteca Nacional, en el lugar donde la calle de San Felipe cruza la de Mayorazgo, se encuentra el templo de San Sebastián Xoco. Llámase así por estar en mitad del pueblo de Xoco, cuyo único vestigio es una calle larga y retorcida, llena de zaguanes oxidados y sombríos por donde asoman jovencitos nocturnos. Caminan perros despreocupados y amas de casa indolentes. Cinéfilos, trabajadores bancarios y paramédicos y enfermeras del hospital de urgencias, son los transeúntes más constantes de Mayorazgo. Indiferente permanece la Iglesia con sus puertas cerradas seis días de la semana, los domingos se abren para recibir al sacerdote que envía la Iglesia de la Esperanza para officiar la misa dominical a las nueve de la mañana. Al atardecer, las puertas vuelven a cerrarse. El atrio de la parroquia está perfectamente delimitado por un muro de adobe reforzado que data del siglo pasado, y que los lugareños con los mayordomos de la iglesia a la cabeza, quisieron derribar para construir "otro más nuevo, es como la ropa de uno, se tira la vieja y se compra una nueva". El muro, con 150 metros de longitud, fue resguardado por las autoridades del INAH del mismo modo que hoy lo hacen con el adobe original de la portada, que los mayordomos recubrieron con los mosaicos provenientes de una donación. "Es como la ropa de uno, si le regalan a usted una camisa, pues ni modo de tirarla, se la pone usted". Y los mayordomos no tiraron los mosaicos que en los años 60 un hombre del lugar donó para adornar un sitio al que consideran como propio, en virtud del cuidado y el mantenimiento diario, y de las fiestas de pueblo que ocurren en enero y abril —la fiesta onomástica y el jubileo—. Pero la autoridad, sea eclesiástica o gubernamental, es la autoridad, y por estos días el recubrimiento artificial de la fachada es derribado para restituir su apariencia original.

Los mayordomos son sacerdotes de una iglesia paralela, pagana. En sus rasgos físicos y su comportamiento descubrimos el orgullo de un tlatoani a destiempo, lo mismo que la timidez de quien se siente al margen de la ley. El sacerdote será el sacerdote, eso ni Dios lo quita, pero ellos son la memoria viva de la parroquia, ellos son su savia viva, los herederos biológicos de una devoción que mantiene las puertas de la parroquia abiertas y los interiores limpios.

— ¿No sabe de algún archivo que... ?

— No, pues no hay nada. Acaso uno de nuestros compañeros, el mayordomo de más edad, el que tiene como 59 años, ése a lo mejor sepa algo de la fundación de la iglesia.

— Pero algunos papeles...

— Su papá y su abuelo vivieron en el pueblo desde chicos, a lo mejor ellos se recuerdan algo, yo la verdad para qué les digo que esto y que l'otro si la verdad no me acuerdo y pues no...

— Pero sería más seguro si hubiera algunos papeles, son muchos años atrás. Tal vez el párroco.

— ¿Cuál? ... ¡Huyy! No, pues no. El que acaba de llegar es un muchachito. Y pues sí estudió, estudian mucho pero qué más puede saber, nomás diga-

me... El otro, el que se va, ése viene de España y viene aquí cada domingo o cada que hay ceremonias, dígame usted qué va a saber...

— Pero sólo unos papeles...

— Véngase el sábado que entra, aquí estará mi compañero; él, le digo que tal vez se recuerde de algo, ahorita ya...

En la sacristía existen cinco pinturas que por sus motivos, la técnica y la composición, podrían pertenecer al siglo XVI o XVII. Existen también, en un rincón, tres o cuatro tallas en madera apretujadas entre sí y con sus polillas; en sus expresiones encontramos el dolor primitivo y conmovedor o el arrebató místico del primer siglo de la conquista.

— Nos las han pedido para restaurarlas. Pues no, estas cosas son como tesoros y de aquí no salen, y menos para que les metan mano. Es como su casa, se la tiran y se la hacen más nueva, pero ya no es la misma. Podrá estar más bonita, pero el valor de la anterior, ése ya no lo tiene la nueva. Igual con estas imágenes...

Frente a la imagen de San Sebastián en el centro del retablo, las palabras del mayordomo ya no me sorprendieron.

— Este San Sebastián es más grande que el de Axotla. Hasta ellos así lo reconocen... cada año le cambiamos su ropa para que esté presentable...

Siguió hablando como una persona que muestra su propia casa. Salimos al atrio, donde se preparan parterres, plataformas y corredores para recibir a los visitantes los días de fiesta. Cuando volví la mirada a la parroquia, la nave y la sacristía estaban vacíos. El sacerdote había partido. Mayordomo y sacerdote no se habían despedido; creo que ambos se lo agradecieron mutuamente.

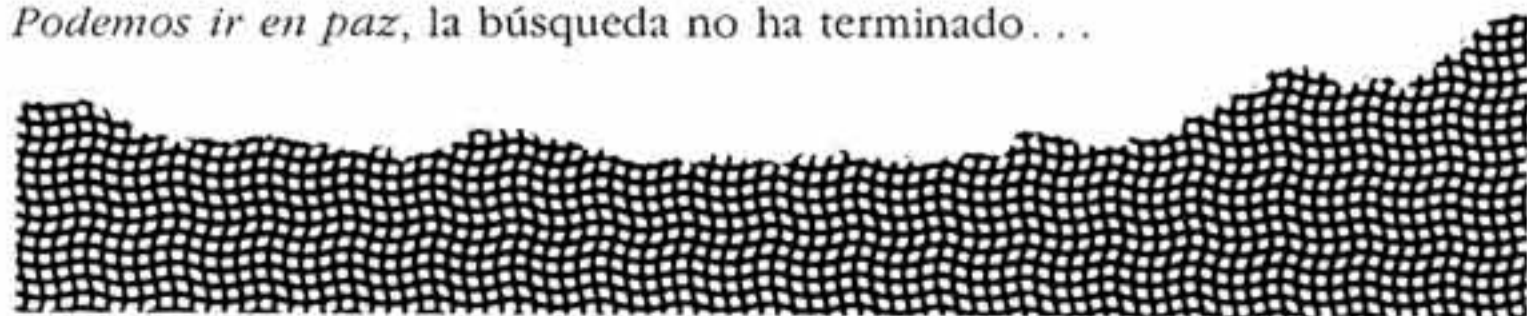
Día 6

(Un recuerdo.)

En mitad de un sueño me sorprendió. Un rostro pequeño, infantil, sonrosado. Un cuerpo pequeño envuelto como un niño Dios en paños azul cielo. Un dolor completamente ornamental, unas heridas decorativas. Era el San Sebastián de Xoco.

— Este San Sebastián es más grande que el de Axotla. Más...

Podemos ir en paz, la búsqueda no ha terminado...





Teatro

ABECEDARIO*

Morelos Torres

A Ericka, por su risa franca

PERSONAJES:

A,B,C,D,E,F,G,H,I,J

PRIMER ACTO

La escena está completamente desnuda, salvo por dos sillones que se encuentran frente a frente. En cada sillón hay sentado un hombre. Ambos van vestidos con ropa curiosamente uniforme: Uno, de color amarillo canario. El otro, de rojo chillante. Los dos se miran a los ojos, con profundidad. Se estudian, se analizan. No pronuncian palabra. Se encuentran a cincuenta centímetros el uno del otro, exactamente rodilla contra rodilla. De pronto se levantan al unísono y a gran velocidad, dándose un tope frente con frente que resuena en toda la sala.

* *ABECEDARIO*, dirigida por Mara Guadalupe Martínez y actuada por diez aventureros alumnos de la licenciatura de Literatura Dramática y Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras, fue estrenada en el teatro Julio Ruelas de la misma facultad, el año de 1987, bajo la asesoría de la maestra Soledad Ruiz. Fue reestrenada ese mismo año en el Teatro Ma. Luisa Ocampo de Chilpancingo, Gro.

Teatro

- A: *(Llorando, desmadejado sobre el sillón.)* ¡Es inútil! ¡No podemos!
- B: *(Llorando también.)* Llevamos media hora tratando de levantarnos y no podemos.
- A: *(Se serena. Mira inteligentemente a B.)* ¿Y si lo intentáramos otra vez?
- B: *(Se toca la frente.)* Ya me duele mucho la frente. ¿No ves? *(Se la señala.)* Ya he de tener muchos chichones.
- A: *(Le examina la frente. Se la señala.)* Uno, dos... tres, cuatro, cinco...
- B: ¡No sigas! ¡Me afliges!
- A: Mmmmh... yo opino que deberíamos intentarlo de nuevo.
- B: Ya hemos hecho todo lo posible.
- A: No... ¿Y si contáramos?
- B: ¿Cómo es eso? *(Repentinamente interesado.)*
- A: Sí, sí... yo cuento hasta tres y me levanto.
- B: Y me levanto yo también ¿no?
- A: ¡No! Tú te quedas sentado.
- B: ¿Y tú?
- A: Yo me levanto.
- B: Y yo cuento hasta tres.
- A: ¡No! Yo también cuento hasta tres.
- B: Y yo ni cuento ni me levanto.
- A: Eso es.
- B: Entonces voy a dormir un rato con toda tranquilidad. *(Se pone cómodo, cierra los ojos.)*
- A: *(Lo agita.)* ¡No te duermas! Tienes que estar atento, para cuando yo diga tres. Si no ¿qué caso tendría que yo contara?
- B: Estaré atento.
- A: *(Traga saliva con dificultad, nervioso.)* Uno.
- B: *(Mueve con nerviosidad las manos.)* ¡Más lento!
- A: Dooos.
- B: *(En tensión todos sus músculos.)* ¡Oh!
- A: ¡Tres! *(Se levantan ambos de pronto, dándose un tope con la frente que resuena por toda la sala como un cañonazo.)*
- B: *(Desmadejado sobre el sillón, lloroso.)* ¡Te dije que no iba a servir!
- A: ¿Por qué te levantaste? Quedamos en que te ibas a quedar sentado.
- B: *(Lo abraza.)* ¡Perdóname! ¡No pude resistir la tentación!
- A: Contemos otra vez.
- B: Ahora contaré yo. A ti todo te sale mal. *(En ese momento entra un hombre espantosamente gordo, por detrás de B, volteando para todos lados. Es C. No se fija en A y B. Lleva unos pantalones monstruosos, que le llegan hasta el pecho, y unos tirantes ridículos sobre los hombros. Lleva una camisa a cuadros, y un sombrero de copa.)*
- A: *(Alarmado.)* ¡Ha llegado un hombre detrás de ti!
- B: ¿Cómo es? No hables tan alto. Nos podría oír.
- A: No lo veo bien... préstame tus lentes *(B se los saca de un bolsillo y se los da a A, que se los pone.)* *(Pausa.)* ¡Ay! Es horrible... tienes que verlo tú. *(Le devuelve los lentes.)*
- B: No puedo voltear... sería muy indiscreto.

- A: *(Saca de un bolsillo un espejito. Se lo adecúa a B.)* ¿Así está bien?
- B: Excelente. *(Se pone los lentes, ve por el espejo.)* ¡Ay! ¡Es horripilante! *(Se quita los lentes. En ese momento C toma impulso y da una torpe voltereta.)*
- A: *(Asustado.)* ¡Da volteretas! *(Como puestos de acuerdo se levantan y se dan un nuevo frentazo. El golpe resuena como un timbal por toda la sala. Vuelven a caer en sus asientos.)*
- C: *(Riendo aparatosamente boca arriba.)* ¡Qué torpes!
- B: *(Señalando con el dedo la frente de A.)* Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. . .
- A: Ese hombre se burla de nosotros.
- B: Demostremosle que no es tan listo.
- A: *(Elevando la voz.)* ¿Puede venir acá por favor? *(C se incorpora con pesadez, se acerca.)*
- C: ¿Sí?
- B: ¿Cómo le haría usted para levantarse sin darse un golpe con el otro?
- C: *(Dando un tirón a los respaldos, separa los sillones.)* Separaría los sillones ¿no? Es lo más sencillo.
- A: Es cierto.
- B: Muchas gracias. *(Se levantan.)*
- C: *(Ofreciendo la mano.)* Me llamo C, por lo común.
- B: Yo, B por lo bruto.
- A: Yo, A por lo asno. *(Se saludan.)*
- C: ¿Y qué hacían aquí?
- A: No C.
- B: ¿No B?
- C: ¡A! El desempleo ¿no?
- A: ¿Cómo lo supo?
- C: Todos los desempleados usan colores violentos para ser bien vistos.
- B: No es que queramos. ¡Nos regalaron esta ropa!
- A: Además, es de muy mala tela. Si nos paramos rápido, se razga. Si nos sentamos mucho, encoge.
- C: Ya, ya. Ya estoy cansado de oír lamentos.
- B: ¿Está muy cansado?
- C: *(Firme.)* Sí.
- A: ¡Siéntese usted! *(Le cede su asiento.)* No faltaba más.
- C: *(Goloso.)* Gracias, gracias. *(Se sienta. El sillón revienta. Las astillas caen lastimosamente.)* ¡Oh! Perdón.
- B: No se preocupe. Son sillones de desempleado. Los pone el gobierno para que la gente no gaste mucho los zapatos en balde.
- C: *(Satisfecho.)* Además, estoy más cómodo aquí.
- A y B: *(Se miran, perplejos.)* ¿Y ahora qué hacemos? *(Se sientan en el mismo sillón hombro con hombro, con mirada inteligente.)*
- C: *(Desde los restos del sillón.)* ¿Ustedes son hermanos?
- B: Ninguno de los dos.
- C: ¿Y no se sienten a disgusto sin trabajar?
- A: Simplemente, ya no tenemos qué comer.

Teatro

- C: Digamos que... quieren trabajar.
- B: (*Sonríe, corrigiendo a C.*) Queremos comer.
- C: Vayamos al grano. (*Saca una libretita de un bolsillo, y un lápiz. Se pone el sombrero de copa.*) Yo puedo ofrecerle a uno de los dos un empleo. (*A y B se voltean a ver. Como puestos de acuerdo, ambos se empujan una, dos, tres veces hasta que caen uno de cada lado del sillón en ridícula postura.*)
- A y B: (*Al unísono.*) ¡Ofrézcámelo a mí!
- C: Dije a uno de los dos. (*A y B caminan a cuatro patas. Gruñen. Se empiezan a mordisquear.*)
- C: ¡No quiero operarios mordisqueados. ¡Además es anti-higiénico, por aquello de la rabia. (*A y B se acarician, siempre a cuatro patas.*)
- C: ¡No quiero animales como operarios, sino hombres! (*A y B se paran, muy erguidos. Se arreglan la ropa.*) ¿Y bien? ¿Alguno quiere el empleo? (*A y B se observan con inteligencia. Se examinan, se dan la vuelta uno alrededor del otro y viceversa. Se examinan la ropa, las manos.*)
- A: (*Llamando aparte a B.*) Si me da el empleo, te obsequio una pensión mensual exorbitante.
- B: ¿Y por qué me llamas aparte?
- A: (*Señalando a C, que hace cuentas en su libretita.*) ¿No viste que es muy exigente?
- B: Sí. (*Se toman del hombro. Ven a C.*) Posiblemente no estuviera de acuerdo con nuestros convenios.
- A: Está muy serio. (*C tose.*) ¡Se está disgustando!
- B: (*Toma de la camisa a A.*) No acepto pensiones exorbitantes ¿oíste?
- A: ¡No me tomes de la camisa! ¿Qué no sabes que es de papel?
- B: (*Sorprendido, lo suelta.*) ¡No!
- A: Pues no es de papel. Pero de todas formas, se rompe.
- B: Dije muy claro que lo que quiero es trabajar.
- A: (*Lo abraza.*) Estamos de acuerdo.
- B: (*Alegre.*) ¿Sí? Gracias, A. Ya sabía yo que podía confiar en ti.
- A: Entonces, tú trabajas, como deseas, y yo cobro.
- B: ¿Cómo?
- A: Tú, trabajas. (*Lo señala con el dedo.*) Yo cobro. (*Se señala con el pulgar.*)
- B: ¿Y yo?
- A: Trabajas.
- B: ¿Y tú?
- A: Cobro.
- B: Eso no me parece justo.
- A: Eso no me parece injusto.
- B: Es que no es injusto, sino absurdo. (*Saca de un bolsillo un gis.*) ¿Qué no ves que C se aprovecharía de nosotros de esta manera?
- A: ¿Y cómo es eso? (*B pinta en la pared del fondo, mientras habla.*)
- B: Yo soy B. Pongamos que mi trabajo es uno. (*Dibuja B = 1.*)
- A: Me parece bien.
- B: Tú eres A. Pongamos que tu trabajo es cero ¿No? (*A = 0.*)
- A: ¿Porque no trabajo?

B: Sí. Pero ¿cuál es mi ganancia?

A: Lo que recibes es uno. ($B = 1 = 1.$)

B: ¿Y la tuya?

A: Lo que recibo es uno. ($A = 0 = 1.$)

B: ¿Y si sumamos A y B? ($A + B = 1 + 1 = 2.$) ¡Y en realidad sólo recibimos una ganancia!

A: Es cierto. Mejor yo trabajo y también cobro. (C levanta los ojos del cuader-
nito. Se quita el sombrero.)

C: Ya vi que puedo ofrecerles trabajo a los dos.

A y B: (Se abrazan.) ¡A los dos!

C: (Extiende dos hojas de su libretita.) Firmen aquí. (Ve el lápiz. Observa a
uno y a otro. Parte el lápiz en dos y le da la punta a A y a B el cabo.)

B: ¿Y por qué me da a mí la parte que no tiene punta?

C: (Con despego.) Porque vi que tienes mejores dientes. (B roe su lápiz. A se
apoya en la espalda de B y comienza a firmar. Los dos se hacen una espe-
cie de rueda en que cada quien firma en el cuerpo del otro. Comienzan
con serenidad. Terminan con desesperación, firmando sin ton ni son por
ambos lados del papel. Terminan por firmarse las manos, la ropa.)

C: ¿Por qué se tardan tanto?

B: (Llorando.) ¡Discúlpeme! ¡A mí se me olvidó mi firma! (Se alegra su sem-
blante.) Pero no tardo en recordarla ¿eh?

A: Yo apenas la estoy inventando. Es divertido ¿no?

C: ¡Dénme ya esas hojas! (Se las dan.) ¡Con todo y lápices!

A: ¿Y de qué vamos a trabajar?

C: Tengo el honor de representar a la Compañía C.

B: ¿Y qué vamos a hacer?

A: ¡Silencio!

C: Es un empleo de altura, que no todos pueden tener. . . se necesita gran
agresividad, deseo de superación y voluntad de ir para arriba.

A: ¿Qué es? ¿Qué es?

B: ¡Silencio!

C: Se necesita una gran sangre fría, manos hábiles y nervios templados.

B: Ya no soporto. ¿Qué es?

A: ¡Silencio!

C: Los contrato como limpia-vidrios de edificios altos.

A: ¡Pero aquí no hay edificios altos! Por aquello de los temblores. . .

C: Pero algún día los habrá. La tecnología avanza horrores. (Saca un espanta-
suegras de un bolsillo, lo utiliza.)

A: ¿Qué es eso?

C: Un cigarro modernizado. ¿No lo conocían?

B: Es de última moda.

C: Bien, bien. ¡Comiencen a practicar!

A: ¿Ahora mismo?

B: ¿No puede ser otro día?

C: No. . . ¡Ahora mismo!

A: ¿Y cómo? (C saca de quién sabe dónde en su ropa una franelita que
avienta y recoge A.)

Teatro

B: ¿Y yo?

C: Mmmh. (*Saca del sombrero otra franelita.*) Ésta ya está humedecida. Hizo hoy mucho calor. (*Se la avienta a B.*)

B: (*Aparte a A.*) Mientras no nos aviente sus calzones. . .

C: ¿Cómo?

B: (*Con finura.*) Que de trabajar. . . hay muy pocas ocasiones.

A: (*Distraído.*) Que odiamos a los panzones.

C: ¿Cómo?

A: (*Cantando.*) Que yo sé muchas canciones.

B: (*Aparte a A.*) ¡Qué ridículos pantalones!

C: ¿Cómo?

B: Que queremos instrucciones.

C: Miren; primero me van a limpiar todo el aire de este lado. (*Lo señala.*) Y después el aire del otro lado.

B: ¿Y después?

C: Después, las paredes.

A: ¿Y luego?

C: El techo. (*Lo ve.*) Está muy sucio.

A: ¿Todo eso con estas franelas? (*Las mira.*)

C: Cuando se las acaben, les doy otras. Pero no se preocupen, el trabajo es ilusorio.

B: O sea, que a nadie le sirve.

C: Es sólo para practicar. (*A y B asienten. Comienzan a limpiar el aire con movimientos extensos. C usa su espantasuegras.*)

B: ¡Me cansé! ¡Esto es agotador!

C: ¿Se cansan con tan poco? Viene lo mejor.

A: (*Con horror.*) ¿Limpiar las paredes?

C: No, no. He cambiado de idea. (*Jala un cordón que pende del techo. Caen del techo cinco o seis cuerdas de nudos.*) Ahora van a limpiar en el aire.

A: (*Asombrado.*) ¿Cómo es eso?

C: Ustedes trepan por las cuerdas con una mano y con la otra limpian el aire como si fuera de vidrio.

B: ¿Y no se han inventado los malacates?

C: La empresa no es muy pudiente. ¡Practiquen!

A y B: Es muy cansado. (*Se cruzan de brazos mirando hacia la sala. C saca de una bolsa del pantalón una antena, que estira. Azota con ella las asentaderas de A y B.*)

A y B: ¡Ay! (*Se frotan la parte dolida.*) ¿Qué es eso?

C: Un látigo modernizado (*Lo guarda.*)

A y B trepan por las cuerdas, de modo acrobático y comienzan a limpiar el aire. Se cansan. Se toman a dos manos de la cuerda y toman con los dientes la franela. Limpian el aire. Luego se colocan la franela en los pies y se zarandean de tal forma que parece que limpian.

- C: ¡Ya basta de actos de abnegación! Creo que sí me serán útiles.
- A: ¿Y cuándo practicaremos con ventanas de vidrio?
- C: (*Lo observa fijamente.*) Ésa es una pregunta interesante. Veamos. (*Se pone el sombrero, saca la consabida libretita y se pone a hacer cuentas. Se quita el sombrero.*) Aproximadamente cuando se usen ventanas de vidrio. Tengo noticia de que ahora todas las ventanas son de plástico.
- B: (*Esperanzado.*) ¿Y es muy difícil limpiar las ventanas de plástico?
- C: (*Con aire de conocedor.*) Mucho. Los dueños no dan pie para eso. Apenas se ensucian, las cambian por otras nuevas.
- A: Entonces ¿cuáles ventanas vamos a limpiar? Las de vidrio, no hay; y las de plástico, las cambian. . .
- C: Mientras investigo el caso, limpien las paredes. (*Se pone el sombrero de copa. Apunta en su libreta.*)
- A: Te he dicho que no pintes las paredes de gis.
- B: ¡Pero si tú me regalas los gises!
- A: Pinta el suelo. . . ¡Qué sé yo! (*Comienzan a borrar lo escrito. No pueden hacerlo bien.*)
- B: ¿Y si le pedimos agua a C?
- A: No C.
- B: Veamos. (*Eleva la voz.*) C, ¿nos regala un poco de agua, por favor? (*Le presenta su franela a C. Éste la escupe.*) ¿No tiene más?
- C: Tendría que quitarme el pantalón. Es algo incómodo.
- A: No se moleste, no faltaba más. (*De pronto descubre un agujero en la pared.*) ¡Aquí hay un agujero!
- C: ¿Un agujero en la pared?
- B: ¿Qué hacemos? (*Preocupado.*)
- C: Metan la mano por ahí. (*Se pelean A y B por ser el primero. A gana. Saca del agujero un papel amarillento.*)
- A: ¡Es un telegrama!
- B: ¡Un telegrama de carácter urgente! (*Corrige.*)
- C: Déjame ver. (*Se lo llevan. Lo lee.*) ¡Oh! (*Llora.*) ¡Me avisan que la Compañía C ha quebrado!
- A y B: (*A coro.*) ¡Ha quebrado!
- C: ¡Me he quedado sin un centavo.
- A y B: ¡Sin un centavo!
- C: (*Llora.*) ¡Qué desdicha!
- B: Pero ese telegrama es extraurgente. ¿Nos podría pagar nuestros servicios cuando menos del día de hoy?
- C: (*Le enseña el telegrama.*) ¿Qué no ve por qué estaba ahí tirado? ¿Qué no ve la fecha?
- B: (*Mira el telegrama.*) ¡Es de hace diez años! (*Se quedan mirando A y B, moviendo la cabeza.*)
- A: ¿Y ahora qué hacemos con C?
- B: No C. . . rompe el sillón, nos pone a deslomarnos y se burla de nosotros. (*Se dicen palabras al oído.*)
- C: ¡Levántenme! Ya me astillé el trasero.

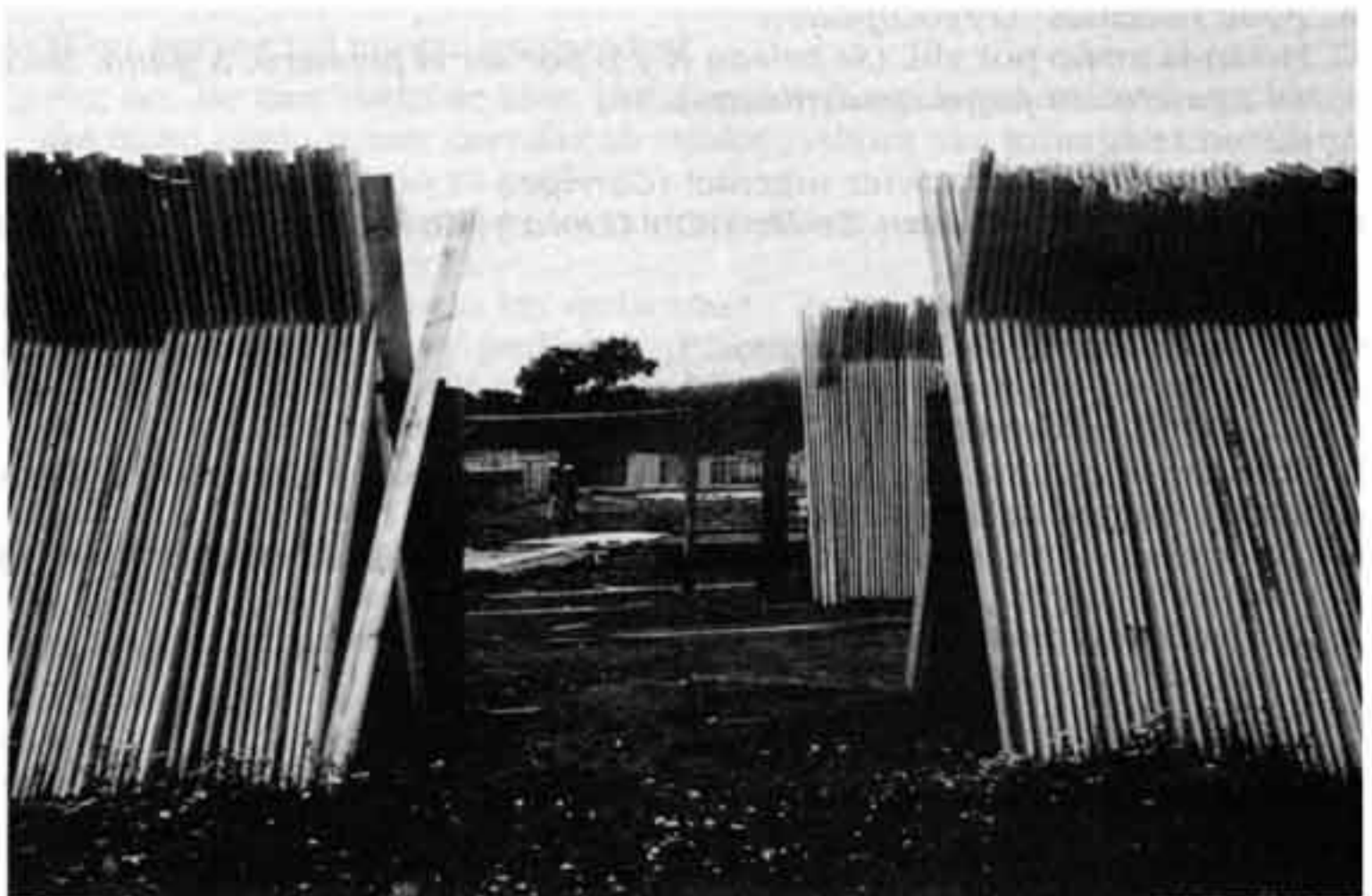
Teatro

A Y B: ¡Cómo no! (*Sacan cuerdas de quién sabe dónde. Amarran de los hombros a C. Lo jalan entre los dos, arrastrándolo.*)

C: ¿Y esto qué es?

A y B: Una yunta de bueyes modernizada. (*C sale arrastrado aparatosa-mente.*)

OSCURO



SEGUNDO ACTO

Hay un hombre, D, sentado ante un escritorio, en la extrema izquierda. Lleva una capa negra, lentes oscuros. Observa con toda concentración, con la ayuda de una lupa, pequeños objetos que se encuentran sobre el escritorio. Son tan pequeños que no se ven. Además, sopla la mesa de cuando en cuando, eliminando todo vestigio de objetos de estudio. A la extrema derecha están sentados A y B, con los brazos cruzados. Han intercambiado sus ropas; observan a D con mucha atención. Tienen la espalda en la pared de la derecha.

D: *(Levantando la vista.)* ¿Deseaban algo?

A: Comer.

D: *(Vuelve a ver con su lupa.)* El restaurante está al final de la calle.

B: Pero no tenemos dinero.

C: El Banco está al principio de la calle.

A: ¡Ah! ¿Y cree usted de todo corazón que nos prestarán allí?

D: La Oficina de Dudas e Información está en medio de la calle.

B: Lo que necesitamos es empleo.

D: *(Se quita los lentes, guarda la lupa.)* ¿Empleo?

A: Sí.

D: *(Los ve con severidad.)* Esto es algo muy delicado.

B: *(Tomando confianza.)* Señor D ¿por qué usa usted una lupa para revisar el escritorio?

D: *(Con acritud.)* Es que se me olvidó el microscopio.

A: Dígame usted ¿es feliz?

D: *(Observándolo con atención.)* No me había puesto a pensar en eso. ¿Por qué no se acercan? *(A y B caminan de espaldas, tirando de sus sillas como si pesaran mucho. D tira, también de espaldas, de su escritorio. Tan abortos están, que se cruzan sin darse cuenta. Luego, D ocupa el lugar de A y B y viceversa.)*

D: Creo que nos equivocamos.

A: Ya no tiene remedio.

B: Ya qué.

D: No se preocupen. Sentémonos en el suelo. *(Van al centro del escenario, se sientan en el suelo.)*

A: ¿Usted nos iba a decir algo acerca del empleo?

D: *(Confidencial.)* Fíjense que actualmente no hay empleos.

A y B: Eso no es ninguna novedad para nosotros.

B: Lo sabemos desde hace dos años que andamos de arriba para abajo con los brazos extendidos.

D: ¿Pidiendo limosna?

A: No. Enseñamos nuestra fortaleza física por si alguien quiere ocuparnos.

D: Debe ser agotador eso de pedir empleo.

Teatro

- B: Ya los contratantes nos conocen de memoria. Apenas nos ven, cuelgan de la pared el rotulito ese de NO HAY VACANTES.
- A: Pero eso no es lo peor. Lo peor es cuando llegamos a una empresa y ésta quiebra casi de inmediato.
- B: Nos hace sentirnos culpables.
- A: Los nuevos desempleados nos miran con recelo y se van.
- B: *(Llorando.)* ¡Creen que somos de mal agüero!
- D: Cálmense. Creo que yo puedo hacer algo por ustedes.
- A: *(Esperanzado.)* ¿Usted?
- D: *(Firme.)* Sí, yo. *(En ese momento entra E, de la manera más curiosa: Valiéndose para ello de un cable que corre por todo el techo de la sala y el escenario. Se cuelga con ambas manos y avanza con gran velocidad, de tal forma que llega hasta la pared y se estrella aparatosamente.)*
- D: ¿Qué es eso?
- E: Un choque accidental. Venía yo distraído.
- A: Baje de ahí. Debe estar incómodo.
- E: ¡Qué va! Aquí se está mejor que allá abajo.
- B: ¿Y por qué no entra por la puerta, como la gente?
- E: ¿Qué cree que vengo así por gusto? La cosa es que no tengo zapatos. *(No tiene zapatos.)*
- A: ¡Es cierto! *(Le revisa los pies con una varita.)*
- D: ¿Los perdió?
- E: Se les acabó la suela. Luego ya los usaba como simples polainas.
- D: ¡Eso es un toque de distinción!
- E: Pues sí, pero ya tenía muy herida la planta de los pies con los vidrios que abundan en el suelo, y mejor me inventé este teleférico.
- B: *(Interesado.)* ¿Y es útil?
- E: Lo usan todos los que no tienen zapatos.
- D: *(Alegre.)* ¿Y no cobran nada?
- E: Nada. ¿Por qué? *(D se arremanga los pantalones, y alza la cubierta de los zapatos, que parecen polainas: No tienen suelas.)*
- A: Dejémonos de bromas. ¿Usted nos iba a ofrecer un empleo?
- D: Tanto como un empleo, no. *(Se señala los pies.)* ¿Qué no ve? *(Confidencial.)* Pero he sabido que en el gobierno se necesitan hombres.
- A y B: ¡Un empleo!
- D: ¡Shhh! Es como un proyecto. Pretenden sustituir las puertas de las oficinas con hombres.
- A: ¡Trabajar de puertas!
- D: Es un empleo meritorio.
- B: ¿Y en invierno?
- D: Les prestan abrigos.
- A: ¿Y si llueve?
- D: Les dan impermeables.
- B: ¿Y si quieren robar?
- D: Ustedes se niegan.
- A: ¿Y si nos abofetean?

D: Lloran. (A y B lloran.) ¡Pero si todavía no los abofetean!

B: Pero hombre prevenido vale por dos, y si son dos, por cuatro.

E: (Con voz de trueno.) Tengo un proyecto. (Todos ponen atención.) Estoy cansado de que me humillen.

A: ¿Cuál proyecto?

E: Formaremos una unión de desempleados. (A, B y D piensan.) ¿No les parece bueno?

A: Cuando menos para no aburrirnos. (En ese momento entran F y G con escaleras. Ponen una para E, que baja con gran cuidado. Por el mismo cable acude H, a gran velocidad. Se estrella contra el muro. Baja por la escalera. H trae el escritorio al centro del escenario y se trepa por él. Todos se sientan en el suelo.)

A: (Aparte, a G.) ¿Quién es ése? (Señala a H, que se aclara la garganta.)

G: El pensador.

H: Estamos aquí reunidos para formar una unión de desempleados. Como nadie nos emplea, a nadie empleamos, sino a nosotros mismos.

A: ¿Y cómo le vamos a hacer?

H: Miren bien, para acabar con todos los desempleados hay dos soluciones: O crear empleo para todos o quitarles los empleos a todos. ¿Cuál creen que es la solución más sencilla?

TODOS: La primera.

H: Pero es imposible. La segunda es difícilísima.

F: No importa, al cabo y no tenemos nada qué hacer.

H: Entonces tenemos que quitarles los empleos a todos.

E: Eso es.

H: ¿Y cómo le haremos?

D: ¡Cómo! ¿No se ha puesto a pensarlo?

H: Mis múltiples ocupaciones no me permiten...

A: Creo que tengo una solución.

TODOS: Dígala.

A: Sería cosa de enseñarles a todos el abecedario.

TODOS: ¿Qué es eso?

B: Es una colección de letras, una especie de colección de letras, una...

TODOS: ¿Cómo es eso?

A: Digamos que yo me llamo A... soy A.

B: Y yo, B. (En ese momento entra C, dando una torpe voltereta.)

A: Ése que entró apenas, es C.

B: Usted, D.

A: Usted, E y así sucesivamente.

B: Pero miren. (Dibuja con un gis en la pared la letra A.) Ésta es la A.

TODOS: Es un bonito dibujo.

A: Si les enseñamos a todos el abecedario, van a querer leer.

TODOS: ¿Qué es eso?

B: Leer es como (dibuja la palabra HOMBRE) saber qué dice aquí.

TODOS: ¿Qué dice?

A: Hombre.

TODOS: ¡Ah!

Teatro

B: Y si les enseñamos el abecedario, se olvidarán de sus empleos e invadirán las bibliotecas, se escribirán cartas y poemas, en fin: La ociosidad cundirá.

TODOS: ¿Y de qué van a comer?

A: Al cabo y tampoco ahora comen.

C: ¿Y es muy difícil? (*Con miedo.*)

A: No, es muy sencillo.

H: (*Se eleva en el escritorio.*) Asunto resuelto. Con esto podremos exigir empleo o provocar un caos. Tengo que irme. (*Trepa por una escalera, se va por el cable hasta perderse en la oscuridad.*)

TODOS: ¡Enséñennos el abecedario!

A: (*Aparte a B.*) ¿Te lo sabes?

B: ¡Sólo las seis primeras letras!

A: ¡Yo sólo me sé nueve!

B: ¡Estamos perdidos! ¡Nos van a apalear!

A: ¿Nos escapamos?

B: Nos perseguirían.

TODOS: Queremos saber el abecedario.

A: Amables amigos, no sé cómo decirles que...

B: ¡Se nos olvidó el abecedario!

A: Sólo recordamos unas cuantas letras. (*Todos se arrojan sobre ellos y los atrapan.*)

E: Conque se burlan de nosotros ¿No? Refresquémosle la memoria a éste. (*Salen D y E, atrapando a B.*)

F: ¿Y tú? ¿Tienes algo que decir?

A: Nada del otro mundo. La cosa es que en los momentos peligrosos se me extinguen los chispazos geniales. (*En ese momento entran D y E, trayendo a B con la cabeza mojada.*)

C: ¿Le refrescaron la memoria?

E: Me refrescaron la cabeza con gran alegría de mi parte, porque vaya si hace calor.

D y E: (*Llorando.*) ¡Resultó peor! ¡Ahora se le olvidaron todas las letras! (*En ese momento entra H, vestido de manera elegante, con sombrero de copa, por la puerta.*)

H: Soy el ministro de Hacienda.

D: (*A E.*) ¿No es el mismo fulano de hace rato?

E: No. ¿Qué no ves su ropa?

D: ¡Pero su cara es la misma!

E: Como somos tantos, ya lo único que nos distingue es la ropa. Yo creo que ya no sólo tenemos un doble en el mundo, sino un triple y hasta un cuádruple.

H: (*Se aclara la garganta.*) Aparentemente para resolver el problema del desempleo hay sólo dos soluciones: O darles empleo a todos o quitárselo a todos.

TODOS: Eso sabemos.

H: Pues no. Hay una tercera solución.

TODOS: ¿Cuál?

H: Darles a todos empleo, pero inventando empleos.

E: ¿Cómo es eso?

H: Crear empleos ilusorios. Como ya todos los empleos productivos están ocupados, vamos a inventar empleos de ornato, esparcimiento o simplemente entretenimiento.

TODOS: ¡Bravo! (*Dan volteretas, bailan, se dan puñetazos de puro gusto. Uno que otro se cae por el proscenio, reincorporándose más tarde a la celebración.*)

H: Este decreto entra en vigor ahora mismo. (*Sale.*)

Todos se abrazan. En ese momento se oye una voz de trueno. ¡Yo no estoy de acuerdo! Se apagan todas las luces del escenario, se encienden las luces de la sala, y se descubre que, atrapados con piernas y brazos de una curiosa urdimbre o red de cuerdas, se hallan en el techo dos hombres, I y J. Ambos visten de rojo escarlata. Miran con ojos severos el escenario. Del escenario baja D.

D: ¿Qué hacen ahí arriba? ¿Por qué están ahí?

I: Estamos cansados de que nos pisoteen.

J: ¿Qué no ven? (*En el pecho tiene una buella aparatosa de un pie descomunal y polvoso.*) Nada más bajé ayer porque se me había caído un lente de contacto, y me pisotearon de inmediato.

E: (*Baja del escenario. Se sitúa junto a D.*) ¿Y nada más por eso están ahí?

I: Estamos cansados de que nos opriman.

J: O más bien, de que nos expriman el jugo en los transportes públicos.

F: (*Bajando del escenario.*) ¿Y se van a quedar ahí para siempre? ¿Qué van a comer?

J: Moscos rojos, de esos que abundan en los techos. Nada menos hace un momento me comí uno.

I: A veces entran murciélagos de regular tamaño.

C: (*Bajando del escenario.*) ¿Y por qué no quieren vivir como nosotros?

I: No estamos de acuerdo. Esos empleos que les ofrecen son empleos ilusorios.

B: (*Bajando del escenario.*) ¿Cómo es eso?

J: Ustedes van a tener la ilusión de que trabajan, pero lo único que van a lograr es cansarse inútilmente.

A: (*Bajando del escenario.*) Dices eso porque siquiera tienes qué comer.

J: ¿Y ustedes no? Precisamente ahí va un mosco negro volando. (*A lo mata en el aire y se lo come.*) Lo que pasa es que nosotros no nos conformamos con vivir rutinariamente.

I: Nos gustan las incomodidades, pero la tranquilidad...

TODOS: ¡Bajen y acompáñennos!

En eso se hace el oscuro de sala. Se oyen gritos. Todos corren hacia el escenario y ocupan sus lugares. La luz del escenario se hace poco a poco. Del techo cuelgan cuerdas y un columpio.

Teatro

H: (*Entrando.*) Vengan de inmediato. Evaluamos las posibilidades de cada quien, y a cada quien se le dará un empleo propicio. ¡Fórmense! (*Se forman.*) ¡Marchen! ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! (*Se apaga la luz del escenario.*) ¡Cinco! (*Luz de sala.*)

I: Jamás creí ver tanta degradación.

J: ¿Qué estará pasando? ¿La sobrepoblación?

I: Como que a la cultura le entraron ganas de reírse de la gente.

J: ¿Y qué es la cultura?

I: (*Llorando.*) ¡La gente!

J da un mordisco al aire, y se come un mosco enorme. Se hace la luz del escenario, y luego se oscurece la sala, en el escenario hay un caos. C da volteretas pesadamente. A y B están en las esquinas, de cara a la esquina y con un brazo en cada pared. D y E se balancean uno para un lado y otro para el otro, en cuerdas. Se impulsan y se lanzan, rítmicamente, casi a manera de máquina. F se balancea en el columpio, con un trapeador en la mano. G dibuja cuadrados con gis en la pared, con sumo cuidado. Cada dos veces que F pasa por el sitio G se inclina y F limpia el dibujo con su trapeador húmedo. Nadie dice nada. Todos trabajan con eficiencia.

I: (*En la oscuridad.*) ¿Qué está haciendo ese gordo?

J: (*En la oscuridad.*) ¿C? Su trabajo es dar torpes volteretas.

I: ¿Y esos de las esquinas? ¿Qué están locos?

J: No. Están sosteniendo las paredes a manera de columnas.

I: ¿Y esos de las cuerdas? ¿Se creen Tarzán?

J: No. Su contrato debe ser en el sentido de marcar las horas como péndulos. ¿No ves qué exactitud?

I: ¿Son eficientes?

J: ¡Míralos! Hasta tragan saliva pensando en no retrasarse un solo segundo.

I: ¡Vaya tíos! ¿Y ése, ése del columpio?

J: Ése es muy interesante, porque cumple dos funciones. La primera es parecerse a un niño.

I: ¡Qué inútil! ¿Y aquél? . . . ¿No ves cómo pinta cuadros y cuadros? ¿Qué no le gustan?

J: Espérate. Le mandaron hacer un plano de ese cuarto, pero nunca le sale bien. Por eso lo contrataron con la condición de que el del columpio le borre constantemente su trabajo. Ésa es su segunda función.

I: ¡Vaya grupo! Prefiero quedarme acá arriba. (*En ese momento entra H, con el rostro pálido. Su voz es entrecortada.*)

H: ¡Paren! (*No le obedecen.*) ¡Paren ya! (*No le hacen caso.*) ¡Detéééénganse! (*Poco a poco se paran.*)

TODOS: ¿Qué pasa?

B: ¿Acabó ya la jornada?

H: (*Arrancándose los cabellos.*) ¡El gobierno ha quebrado!

OSCURO



Teatro

TERCER ACTO

Están A y B en sus respectivas esquinas, a manera de columnas, de cara a la esquina y con un brazo en cada pared. No se mueven. El escenario está desnudo.

A: B.

B: ¿A?

A: ¿Ya se fueron todos?

B: Creo que ya. No he volteado por temor a comprometerme.

A: Qué mala suerte ¿verdad? Ha de ser terrible eso de que quiebre el gobierno.

B: Y otra vez nos quedamos sin empleo.

A: ¿Sin empleo? ¿Qué no ves lo que estamos haciendo?

B: Es cierto. Me olvidaba.

A: Creo que de todos los empleos ilusorios, el nuestro era el único importante.

B: ¡Shhh! ¡No hables tan alto! Deja ver. (*Saca el espejito de su bolsillo, lo utiliza.*) Ya se fueron todos.

A: ¿Y nosotros?

B: No podemos irnos, porque se nos caerían estas paredes encima.

A: Sí ¿verdad? ¡Qué pesado es este trabajo!

B: ¿Pesado? Más bien útil. (*Con alegría.*) ¿Qué no has notado algo así como un crecimiento?

A: ¡A mis años, crecer!

B: ¡Se estira la columna! Días y días aquí parados, ¡cómo no vamos a estirarnos!

A: Son figuraciones tuyas. Yo me siento cansado. (*De pronto se separa de su esquina, va hasta la de B y le habla.*) ¿Y ahora qué hacemos?

B: (*Volteando a ver a A, con asombro.*) ¡Van a caerse las paredes de tu lado! (*Lo empuja. Lo lleva hasta su esquina.*)

A: ¡Ahora es aquella esquina la que se va a venir abajo! (*Lo empuja, lo lleva hasta su esquina.*)

B: Bueno, si se cae la de aquel lado cuando menos ya tenemos ésta.

A: (*Extrañado.*) Mira, no se cae.

B: Creo que nos tomó el pelo el ministro de Hacienda. (*En ese momento entra C, dando una torpe voltereta.*)

C: Perdonen. (*Sale. Regresa con su sombrero de copa.*)

A: ¿Todo ha quedado olvidado entre nosotros?

C: Por supuesto. Ya me cerró la herida del trasero. (*Muestra un parche en su trasero.*)

B: Ahora no sé cómo resolver nuestro problema. ¿Trae dinero alguno de ustedes?

A: Yo no.

C: Yo traigo una sola monedilla. (*La muestra.*)

A: Debemos ponernos de acuerdo para ver quién va por medicinas. (*Se rasca la cabeza.*)

C: ¿Medicinas?

A: Sí. (*Se rasca el cuello.*) ¿Qué no saben que (*Se rasca la espalda.*) tengo sarna?

B: (*Rascándose la cabeza.*) ¡Qué horror!

C: (*Rascándose los brazos.*) ¿Y es contagioso?

A: (*Rascándose por todo el cuerpo.*) Contagiosísimo.

B: Figúrese usted que hay rumores de que adrede se han creado epidemias entre los desempleados para que tengan algo que hacer.

C: (*Perplejo. Se rasca la cabeza.*) ¿Qué hacen?

A: Rascarse.

C: ¡Eso es un crimen!

B: (*Meneando la cabeza, se mete la mano por el cuello, siempre rascándose.*) No, le llaman comezón.

C: (*Rascándose por todo el cuerpo.*) ¿Y se llega a quitar?

A: A ratos. (*C ejecuta otra voltereta, pensativo.*)

B: En realidad la vida ha sido muy monótona.

A: ¿Te has fijado que nunca hemos salido de este cuarto?

B: ¡Cómo! ¡Y no lo conocemos del todo!

C: A veces me pregunto para qué se inventaron los cuartos.

A: Obra de un ocioso.

B: De un desempleado.

A: La ociosidad es la madre de todos los vicios.

B: Y de todas las ciencias.

C: (*Levantándose.*) Y de todos los seres.

A: Y de todas las palabras.

C: Y de las ideas. (*De pronto todos ponen atención.*)

B: ¡Alguien viene!

A: Corramos. (*Corren en todas direcciones, chocan sin lograr salir.*)

C: ¡Se acercan! (*Intenta esconderse en el telón, pero no alcanza. A examina el agujero en la pared. Ve a la sala.*)

A: (*Con desilusión.*) ¡No quepo!

Cae una cuerda del techo y B trepa por ella. Sólo quedan los pies visibles para la sala. C finalmente cae pesadamente del proscenio y se esconde debajo. A adopta una postura digna. Se yergue y va a una esquina. Pone un brazo en una pared y otro en la otra. Entran I y J.

I: Todos se fueron.

J: ¿Volvemos allá arriba?

I: ¿Para qué? La cosa era tener un espacio propio. ¿No te gusta éste?

J: Mandé traer sillas.

I: ¿A quién mandaste?

J: A mí, pero todavía no me obedezco.

I saca de una bolsa un par de cubos de madera.

Teatro

I: ¿Jugamos dados?

J: (*Los examina.*) ¡No tienen nada en las caras!

I: Son dados de tedio. Sirven para matar el tiempo.

Se sientan en el proscenio. Apoyan con toda comodidad los pies en C, que está acostado. I guarda los dados.

J: (*Sacando una punta de hilo.*) Jala. ¿Podrás?

I: (*Jala.*) ¡Es muy fácil!

J: ¡Claro! Lo difícil es cuando tengas que volver a enredarlo.

I: Hagamos algo de provecho. (*Comienzan a practicar boxeo. B va bajando lentamente de su cuerda, C sube al proscenio y A sale de su esquina.*)

J e I: (*Viéndolos.*) ¿Y ustedes?

A: Nosotros sólo vemos.

J: Ustedes sostenían el cuarto ¿no? Y usted daba maromas ¿no es así?

C: Sí.

J e I Dan vueltas alrededor de A, B, C. Los aíslan.

I: ¡Siéntense en el suelo! (*Obedecen.*)

J: ¿Qué hacemos con ellos?

I: No son de cuidado.

En ese momento entra H, vestido de Juez. Lleva espejuelos y una peluca entrecana. Trae un libro enorme bajo el brazo, o varios. De pronto lo ilumina a él sólo la luz, y se enciende la luz más trasera de la sala. Atrás de los últimos asientos están D, E, F y G, vestidos de un color chillante y uniforme.

TODOS: ¡Señoría! (*Se ilumina de nuevo el escenario.*)

H: ¡Silencio en la sala! (*Golpea el suelo con su libro. Mira a H e I.*) ¿Y ustedes qué hacen que no me traen una mesa? (*J e I salen corriendo hombro con hombro. H mira a C.*) Usted me servirá de campanilla. (*Se le acerca. C cae de rodillas. H lo jalonea del pelo.*)

C: ¡Ay!

H: Eso es. Es una campanilla pesada.

A: ¿Y nosotros dos?

H: ¿Quiénes? ¿Ustedes?

B: Sí.

H: ¡Pero si ustedes son los acusados!

A y B: (*Caen de rodillas.*) ¡Piedad, señor Juez!

B: Somos bastante tontos.

A: Los tontos no hacen cosas provechosas.

B: Las cosas malas son provechosas.

A: ¡No hicimos nada malo! (*Se abrazan. En ese momento entran J e I, arrastrando una mesa y una silla.*)

I: Aquí está, señoría.

- J: (*Acomoda la silla tras el escritorio.*) ¿Así está bien?
- H: (*Furioso.*) ¡No! ¡De ningún modo! ¡Así parezco empleado burocrático! (*Deja los libros o libro en el suelo. Él mismo acomoda la silla sobre el escritorio. Se trepa. Mientras, los de atrás de la sala alborotan.*)
- D: Este juez es inclemente.
- E: Es arbitrario.
- F: No se mide con eso de las sentencias. Ha llegado a imponer castigos violentos.
- D: ¿Te acuerdas? Mandó dar cien latigazos a aquel desdichado sólo porque mintió.
- E: ¿Cómo que mintió?
- D: Dijo que el juez era inteligente. (*El juez tira del pelo de C.*)
- C: ¡Ay!
- H: ¡Silencio en la sala! (*Sigue el barullo.*)
- C: (*Más fuerte.*) ¡Ay!
- H: ¡Silencio dije! (*Saca de un bolsillo un lazo. Toma una punta y arroja la otra al suelo. J anuda allí los libros. H iza los libros. Los consulta.*)
- H: (*Mirándolos con fijeza.*) A y B (*Los observa con severidad. Ambos están de rodillas, con las manos en el pecho.*) C, D casos EEEE extraños... F ctivamente, pero en G neral. (*Estornuda.*) ¡Haaache!
- I: Salud.
- J: Gracias, I.
- H: Generalmente fáciles y útiles para un clínico Jn afamado como el mío. Pero su caso rebasa todos los límites.
- B: ¿Todos?
- H: Todos.
- A: ¿No queda siquiera un límite chiquito?
- H: Ni ése.
- A: ¿Y qué hicimos?
- H: Pretendieron enseñar a todos el abecedario.
- TODOS: ¡Es cierto!
- H: ¡Silencio!
- C: ¡Ay!
- H: Pueden tomar la palabra para defenderse.
- A: ¿Defendernos? ¿De qué?
- H: De la ley. (*Les avienta el enorme libro.*)
- B: (*Plañidero.*) ¿Qué hicimos de malo?
- H: Defiéndanse.
- B: (*Aparte a A.*) Déjame hablar a mí. ¿No me interrumpirás?
- A: No.
- B: ¿Seguro? Es muy importante lo que diré.
- A: Callaré.
- B: No te creo. (*Saca un masking tape de su bolsillo, se tapa la boca.*) ¿Mjmm?
- A: (*Se levanta.*) Me defenderé.
- H: (*Tira del pelo de C: ¡Ay!*) Comience su discurso.
- A: (*Se aclara la garganta.*) Soy inocente. He dicho. (*Aplausos de todos los asistentes.*)

Teatro

H: ¡Silencio!

C: ¡Ay!

H: Va usted (A B, *que se quita el masking tape.*)

B: Me tiemblan las piernas, las manos, la boca, la lengua, los ojos, el suelo. . .

H: ¡Basta!

B: Además soy mudo.

H: Bien. Tengo prisa. Juzguemos de prisa. (*Todos piden piedad a gritos.*)

H: ¡Silencio!

C: ¡Ay!

H: Los condeno a muerte.

TODOS: ¡No!

E: Sea justo, Juez.

H: Los condeno a cárcel en las aguas pestilentes.

TODOS ¡No! (*Se ilumina momentáneamente la parte trasera de la sala.*)

H: (*Se pone una franela sobre la cabeza.*) Pensaré bien.

A: ¿Y eso? ¿Por qué?

H: La justicia es ciega. (*Pausa.*)

De pronto G llega desde el fondo de la sala. Nótese que no ha hablado sino tres palabras desde que lo conocen todos.

G: Juez, pido a usted que no sea justo, ni mucho menos injusto. Ni bueno, ni malo. Ni cruel, ni benévolo.

H: (*Se quita la franela de la cabeza. La avienta.*) ¿Entonces?

G: (*Da un salto al proscenio, se cuelga del cordón por el cual subió ante B.*) Sea humano. (*Desaparece.*)

TODOS: ¡Qué elocuencia!

H: Tuve una idea luminosa. (*Habla a solas con C.*) (*Luego mira a A y B.*) ¿Reconocen haber tratado de enseñar el abecedario?

A: (*Llorando.*) ¡Pero si ya se nos olvidó!

B: ¡No lo recuerdo! ¡No recordamos siquiera nuestros nombres!

H: Eso es un delito capital. ¿Creen que cualquiera debe saber leer?

B: ¿Qué es leer? Ya se nos olvidó.

A: ¿Para qué sirve? No sé.

H: ¿Leer? Para comunicarse.

B: ¿Y comunicarse?

H: Para vivir.

A: ¿Y vivir?

H: ¡No me hagan preguntas difíciles! (*Los mira con severidad.*) ¡Pónganse firmes!

(*A y B se ponen firmes pero debajo del proscenio.*) Dictaré sentencia. (*Murmullos por toda la sala.*) Se obliga a los ciudadanos A y B a padecer un tormento particular y eterno (*se alegra*), pero de su propia invención.

TODOS: ¡No!

H: Sí. ¡Traigan un par de sillas! (*Todos desocupan el escenario, menos A, B, C y H.*)

H e I entran con dos sillas.

H: ¡Colóquenlas frente a frente! ¡Muy pegadas! (J e I lo obedecen.) ¡Más cerca! (Lo obedecen.) ¡Siéntense ahí! (A y B se sientan.) Los condeno a intentar levantarse de sus sillas.

TODOS: (Con terror.) ¡No!

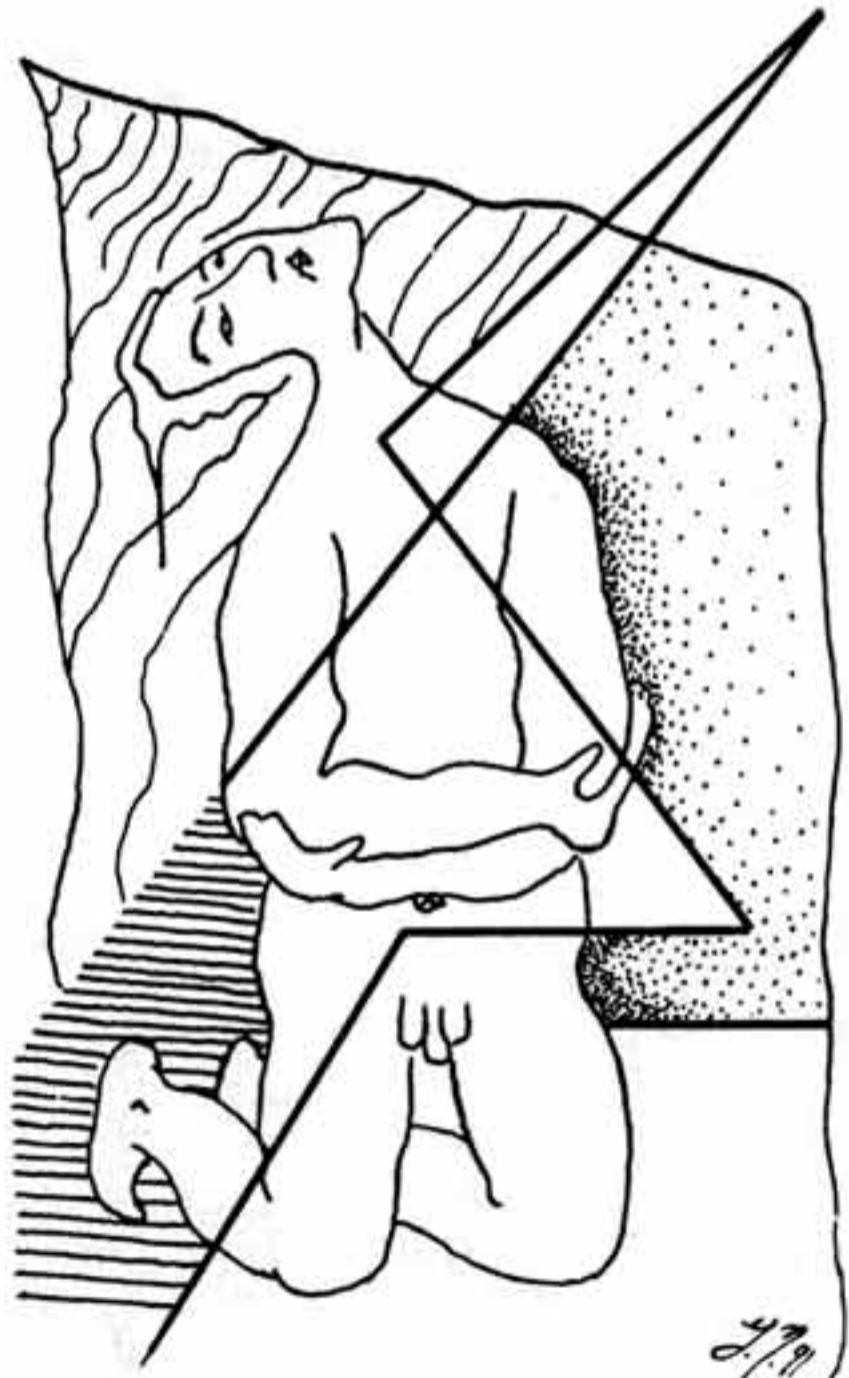
H: ¡Silencio! (Quiere tomar del pelo a C, pero éste lo esquiva. H cae aparatosamente y queda en el suelo. Lo sacan por el proscenio. Lo pasean alrededor de los asientos. Se prende la luz de la sala. Se apaga el proscenio.)

D: Es un tormento horrible.

E: Sin comparación.

F: Es un tormento cruel.

Se apaga la luz de la sala. Se enciende la del proscenio.



Viñeta

Ignacio Navarro Cortez

Teatro

A: ¿Y ahora? ¿Qué hacemos?

B: *(Llorando.)* ¡Otra vez los frentazos! *(Señala la frente de A.)* Uno, dos, tres. . .

A: *(Afligido.)* ¡Ya no cuentes! *(Se ríe.)*

B: ¿De qué te ríes?

A: Otra vez como al principio ¿no?

B: No me hace gracia.

A: ¿Cuál es el problema?

B: Los golpetazos. *(Se toca la frente. Se anima. Con discreción.)* ¿Y si hacemos las sillas para atrás?

A: ¿Tú crees que son tontos? Las atornillaron al suelo.

B: ¿Y ahora? ¿Qué hacemos? *(Suspira.)* Tenemos que conformarnos.

A: ¿Conformarnos? Nada de eso. *(Voltea a uno y otro lado. No ve a nadie.)* Espera. *(Saca de quién sabe dónde un par de banderitas.)*

B: ¿Y eso?

A: Cuando alce mi bandera, me levanto.

B: Eso es.

A: *(Levanta la bandera, levantándose B también. Se dan un frentazo que resuena como un gong. Caen sobre los asientos.)* Esto no sirve.

B: ¿Y esto? *(Saca un revólver.)* Cuando dispare, me levanto.

A: *(Concentrándose.)* Estamos de acuerdo. *(Aprieta las mandíbulas, traga saliva.)*

B: *(Trata de disparar. Tira el revólver, desilusionado.)* No tiene balas. *(Llora.)*

A: Nos queda la última solución.

B: ¿Cuál? *(Interesado.)*

A: *(Saca con lentitud de sus bolsillos un par de tapa-frentes, que se ponen.)* ¿No es asombroso el ingenio humano? *(Se abrazan, con los tapa-frentes colocados. Se separan. Se observan. Se estudian. Todos sus músculos están en tensión. . .)*

OSCURO INDUDABLEMENTE FINAL



DÉSPOINA, LA CUARTA MOIRA

Omar Cortés, Fabiola Hidalgo, Francisco García Reyes, Sergio Honey,
José Luis Morales, Felipe Díaz y Almanza

NOTAS SOBRE "DÉSPOINA"

La concepción de esta obra teatral nació como producto de la aplicación de diversos sistemas críticos en la didáctica de la teoría dramática; concretamente, en la cátedra de Historia del Teatro I (grecolatino).

Déspoina, la cuarta Moira, tuvo su origen de manera casi accidental, cuando, al experimentar un acercamiento a los clásicos con el método de la crítica arquetípica, partir de los esquemas de W.L. Guering, se propuso invertir el proceso analítico; es decir, en lugar de aproximarse al fundamento mítico, sustento temático de una obra determinada, se partiría de un motivo o imagen que por su contenido intrínseco fuera punto de partida para el desarrollo de un tema y su argumento, involucrado, críticamente, a los modelos enunciados por Guering.

Después de analizar algunas propuestas, un alumno mencionó la frase: "pájaro anidando en el arco iris"; con ella se inició el experimento. Como primer paso, se dividió la frase en sus tres partes constitutivas: el sujeto, un pájaro; la acción, anidando; y el lugar, el arco iris. Las tres partes debían ser enriquecidas por la fantasía y los valores colectivos que los alumnos aportaron de manera espontánea a estos tres elementos. Así, el pájaro, resultó ser un canario, identificado con una mujer rubia habitando en soledad. "Anidando" se concibió como la acción de cobrar conciencia de su estado, e ir en busca de su atributo. Y finalmente, al "arco iris" se le otorgó el valor de la esperanza por un retorno que nunca llegaría.

El primer problema por resolver era el encontrar a una deidad griega que reuniera estas características. La solución se presentó al investigar el mito de la rubia diosa del trigo, Deméter: quien violada por Poseidón, concibe a Déspoina, la que a su vez fue objeto del olvido entre los griegos, y sólo se le conoció en Tesalia por "El Ama".

Teniendo ya al personaje central, se estructuró la trama y se les asignaron cualidades específicas a los demás personajes. Para ello, se emplearon los resultados de las investigaciones acerca de la identidad del mexicano, tomándose algunos elementos para revestir con ellos a Hades y a Zeus, pero sin que por esta razón

perdieran su esencia griega. Para moldear el carácter de Déspoina, se estudió etología animal, aplicándole las características y reacciones de ciertos primates en cautiverio.

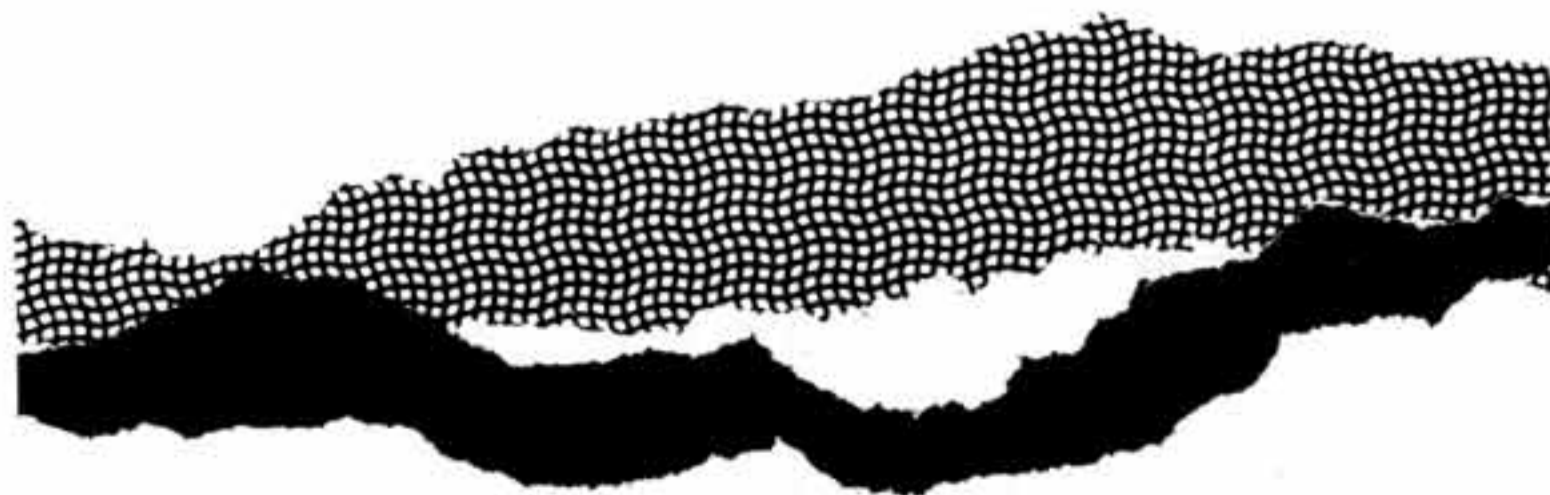
En la ordenación y composición general de la obra, fue necesario estudiar primordialmente la estructura de las tragedias griegas, revisando las críticas al respecto. A cada alumno se le asignó la tarea de analizar una o dos de ellas, observando la vigencia de las teorías aristotélicas actuales, teniendo una especial atención en la evolución y manejo del coro. Por otra parte, también se le pidió a cada alumno el estudio e investigación de distintos temas en cuanto a la historia de las religiones, o del existencialismo contemporáneo.

La obra terminada se entregó a la Coordinación del Colegio de Literatura Dramática y Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, para su revisión y corrección. En ese momento, fungieron como asesores los maestros: Soledad Ruiz, Rodolfo Valencia y Tibor Bak Geller, quienes aportaron sus críticas para pulir el desarrollo de la acción dramática.

Los coautores de esta obra fueron: *Omar Cortés, Fabiola Hidalgo, Francisco García Reyes, Sergio Honey, José Luis Morales y Felipe Díaz y Almanza.*

Sin duda, este experimento de composición dramática no sólo cumplió con los objetivos que se habían propuesto, sino que también dio como resultado la creación de un taller de investigación, redacción y montaje teatral, en el cual participan alumnos y maestros en todas las áreas, con un único fin: explorar nuevas rutas para el teatro universitario.

MTRO. FELIPE DÍAZ Y ALMANZA



PERSONAJES

VOZ EN OFF: El destino

HADES

ZEUS

OREXIS

DÉSPOINA

CORO DE LARVES (muertos insepultos)

CUADRO PRIMERO

VOZ EN OFF: Luces que nunca alumbraron vuestras perversiones: ¡oídmme! Sean que quien reconoce sus atributos, no teme a las frías corrientes del Letes, ni a las fauces del Cerbero babeante, ni a los monstruos que habitan el Tártaro.

Luces que buscan dónde sentar vuestro origen: ¡oídmme! Si se desconocen, se rebelan y se autodestruyen, es porque carecen de un mito para asirse a la historia, perdiéndose en la semilla de ignorancia que desvía vuestros actos y los arroja al dolor eterno, cegando los sueños ocultos de vuestro porvenir.

Luces inertes que indiferentes escuchan nuestras voces: ¡oídmme! perdido por el tiempo en lo frío y en lo oscuro del infierno, este suceso es la agonía de una deidad griega, a la que nadie adoró, porque no tenía atributos que ofrecer. Fue el fruto de una violación cometida entre los dioses. Su culpa: haber nacido; su castigo: que ningún poeta le cantara, . . . como a ustedes ningún poeta les canta.

HADES: Muerte, desolación y tortura. Eterna oscuridad a la que estoy confinado en compañía de esta multitud incalculable de espíritus, cuyas penas eternamente purgan aquí. Sí, soy el dios de los grandes subterráneos, amo y señor de los muertos: triste consuelo para mí. Mientras tanto, son mis hermanos los que gozan de maravillas y bellezas en sensuales parajes dominando el infinito. Zeus es lluvia de oro. Poseidón, grácil corcel. Y, bajo estas formas, aparean doncellas poblando la tierra con héroes nacidos de su sangre. En cambio, de mí no ha brotado la semilla que enorgullezca a una estirpe por la casta de sus hombres.

Amo a una diosa con la cual no he procreado descendencia: ¡Perséfone!, a qué terrible soledad me sometes con tus largas ausencias, cuando en compañía de Deméter, tu madre, cumples la tarea de fecundar la tierra y hacer crecer el trigo, precioso alimento de los mortales, para que así se mantengan siempre nuestros templos en pie. Y lo soporto, porque algún día ellos poblarán este reino, que es mi reino. Ésta es mi estéril soledad.

Teatro

CORO: Miedo, un dios tiene miedo de la ira de una mujer. Perséfone no lo ama, está obligada a vivir con él. Miedo, un dios tiene miedo, que ella descubra la lujuria nacida de la soledad. Miedo, un dios tiene miedo de actuar con su propia mano para satisfacer su agresividad.

Entra Zeus.

ZEUS: Heme pues aquí, querido hermano mío. Me ha preocupado tu llamado, y más misterioso aún me resulta, cuando mucho tiempo en verdad ha transcurrido desde tu última visita al Olimpo.

HADES: Sabes bien, hermano, que no me resulta grato desprenderme de estos sitios.

ZEUS: Pues debías procurar hacerlo. En el Olimpo constantemente te recordamos con afecto. Aquí, en cambio, ni nuestras miradas ni nuestros afectos pueden llegar a ti. Entonces, ¿con qué compañía de tu altura te puedes encontrar en estos lúgubres parajes? Más aún, cuando se presentan los anuales abandonos de tu amada Perséfone.

HADES: Es por ello mi llamado, y realmente espero tu total discreción en este viaje.

ZEUS: Habla pues, ten por cierto que nadie se ha enterado de mi presencia contigo.

HADES: No considero narrarte la esencia de mi historia y la desgracia que me abate en la relación con mi amada Perséfone: es por ti demasiado conocida. Requiero, hermano, de una compañera para extinguir la intranquilidad de mis insomnios durante las ausencias de Perséfone. Y tú debes proveérmela.

ZEUS: ¡Imposible! No me enfrentaré de nuevo a la furia de las diosas para satisfacer tus aflicciones. Ya he debido intervenir para corregir un universo desviado por tus arrebatos.

HADES: ¿Acaso eres incapaz de levantar a un ser derribado por su desdicha, cuando antes has restaurado un mundo cubierto por crudo invierno? No fue mi culpa, sino la de Eros la que provocó tal catástrofe.

ZEUS: Pero el rapto de Perséfone lo realizaste tú.

HADES: Y ¿dónde está tu justicia, si con tu indiferencia el rapto propiciaste? Tu auxilio fue el aislarte.

ZEUS: ¿Acaso has pensado que mi obligación era ayudarte? Sí, tienes razón y así lo hice, porque fue tu incapacidad la que solicitó mi indiferencia. ¿Quieres compañía? Ahora tú mismo debes proveértela.

HADES: Tranquila situación vivía hasta que se me impuso por medio Eros la necesidad de un amor que no requería.

ZEUS: Gracias a mi indiferencia decidiste tus acciones y tu vida, tomando a Perséfone por esposa.

HADES: Pues con ella, creyendo aliviar mi situación, ha crecido mi melancolía. Y hoy, por ella, me encuentro en abandono.

ZEUS: ¡Bien! Ahora me reclamas por tu esposa no ser correspondido.

HADES: No te pido que anules el efecto de aquel dardo, pero sí otra pareja para mitigarlo.

ZEUS: Esto implica fomentar otro caos de nuevo.

HADES: Si me la provees, en caso de aparecer éste, yo sabré volverlo a su cauce.

ZEUS: ¿Y si no lo logras? Me dejarás la responsabilidad a mí.

HADES: Si esto sucede, entonces tu sabio consejo pediré, pues por tu razón y sabiduría te han llamado el más grande de los dioses.

ZEUS: Sea pues. Tu petición será satisfecha como corresponde a los inmortales, a los que el hombre reconoce como dueños omnipotentes del cosmos. Adverti, sin embargo, que los motivos te encomiendan cautela y precaución, independientemente de que en su ardor se vislumbra el vacío.

HADES: Hermano, este vacío que yo siento, en muchas ocasiones tú lo has experimentado y satisfecho. Si te pedí auxilio, se debió a que en este lugar yo domino el alma de los muertos y, al final, he descubierto en él una auténtica morada de la cual me disgusta alejarme. Tú, en cambio, disfrutas el ir y venir, teniendo más conocimiento de los inmortales y mortales. Por ello no te es excesivo el gasto.

ZEUS: Pues bien, escucha los deberes que adquirirás, con el conocimiento precedente del hecho que originó las estaciones, y con él creíste curar tu misma soledad. Hades, existe una deidad sin atributos, que habita en el silencio de los pocos que la vieron, yo entre ellos: en uno de mis paseos el espíritu del río Ladón me la mostró y sepultamos el hecho de su existencia entre nosotros. Fue olvidada por su madre y es de nula importancia para el padre: Déspoina es su nombre, y al igual que Perséfone es hija de Deméter. Es una criatura salvaje, nunca nadie le ha dicho quién es, ni ella se ha preocupado por saberlo. Así como te presentas conmigo, gustoso y escudado en la invisibilidad que a tu cuerpo provee el mágico yelmo, obsequio de Hermes, así te mostrarás ante ella. Cuida que no penetre a tu templo, y menos aún se alimente de la sagrada ambrosía, pues se reconocería como deidad. Usa tu poder y tu fuerza para que obres con discreción.

HADES: Agradezco, hermano, tus indicaciones. Pero sobradamente comprendes que resultan innecesarias para una deidad de mi rango, amplia conocedora del espíritu de los seres divinos o no divinos.

ZEUS: Sea entonces. Pero espero que el recuerdo del hecho en el que con Perséfone algún auxilio te presté, dé ahora medida a tu pensamiento. No deseo verme involucrado en un nuevo conflicto por pasiones ajenas desmedidas.

HADES: Este favor que ahora me prestas, sabré pagártelo en el momento que ello corresponda.

ZEUS: No lo tomes como un favor, interprétalo como divina justicia a tu soledad. Pero demasiado larga está resultando esta conversación y deberes más importantes tengo que atender. Descubre pues, la actual condición de aquella que con su voz maravillosa aliviará tu abandono, hasta que el ciclo de las estaciones te sea de nuevo propicio con la visita de Perséfone.

HADES: Brindemos entonces, para concluir este pacto, como es costumbre entre los dioses, bebiendo una copa de las negras aguas del Estigia.

El coro se ha transformado paulatinamente en el lecho de un río: aguas, rocas, árboles, etc. Es la morada de Déspoina.

CORO: Dos arrogantes dioses juegan con el fuego

entre llamas de vida y destrucción;
juegan en los infiernos, con palabras,
actitudes, presumiendo quién es mejor.

ANTI-ESTROFA 1: El Tártaro observa más muerte
que la que acude a sus riberas.
Porque los dioses en su juego,
emplean sus apetitos, por quien
ignorante canta en libertad.

ESTROFA 2: Al poderoso Hades la descendencia le fue negada.
Tan sólo dos plantas quedaron de sus intentos de lujuria
infiel.

Perséfone, Reina de la muerte en el invierno, a sus amantes
transformó.

ANTI-ESTROFA 2: La inteligencia a Zeus le ha sobrado, a Hades supo
engañar.

Pues mientras éste, incorpóreo permanezca, descendencia no
podrá tener.

Y con esto, Zeus evita la ira de Perséfone hacia él.

ZEUS: Observa el lugar donde habita. Es un recóndito paraje atrapado por las
aguas del río Ladón, rodeado y oculto por los frondosos bosques de la Ar-
cadia. Ella vive en su presente, no hay remordimientos: inocente criatura,
es ajena a su destino. Su única preocupación es alimentarse. Ahora mismo,
tras un largo ayuno, lleva días cantando para atraer un infeliz bocado.

CORO ESTROFA 3: En frágil barca, Orexis, el pescador, en busca de la escondida
fortuna de este río, inútilmente ha tendido sus redes una y otra vez. Por
su estéril ventura, desesperado, se ha internado en donde las leyendas cuen-
tan que la pesca es rica, pero de donde también se sabe que ningún hombre
ha regresado.

OREXIS: ¡Oh, crueles dioses! Mis pobres manos han colmado con ofrendas sus
altares, y de mi boca han surgido mil plegarias en su honor. ¿Dónde está
la pesca de este humilde pescador? ¡Oh, dioses despiadados! ¡Verdugos de
mi nombre! Mis vacías entrañas les imploran saciar ya el rigor de su dolor.

ANTI-ESTROFA 4: A tus oídos no llegó el consejo y a su recinto te condujo el
canto de hambre. Tú imprudente, no supiste resistir, y te espera orgásmica
agonía. Ella, al azotar tu cabeza contra las filosas rocas, tomará tus ensan-
grentados despojos, y arañará tus carnes con sus encendidas garras, hasta
desnudar tus huesos.

Déspoina mata a Orexis, mientras él emite un gemido.

ZEUS: El pescador ha sido pescado. Acción injusta para un hombre sano, pero
mostrártela debía en toda su grandeza.

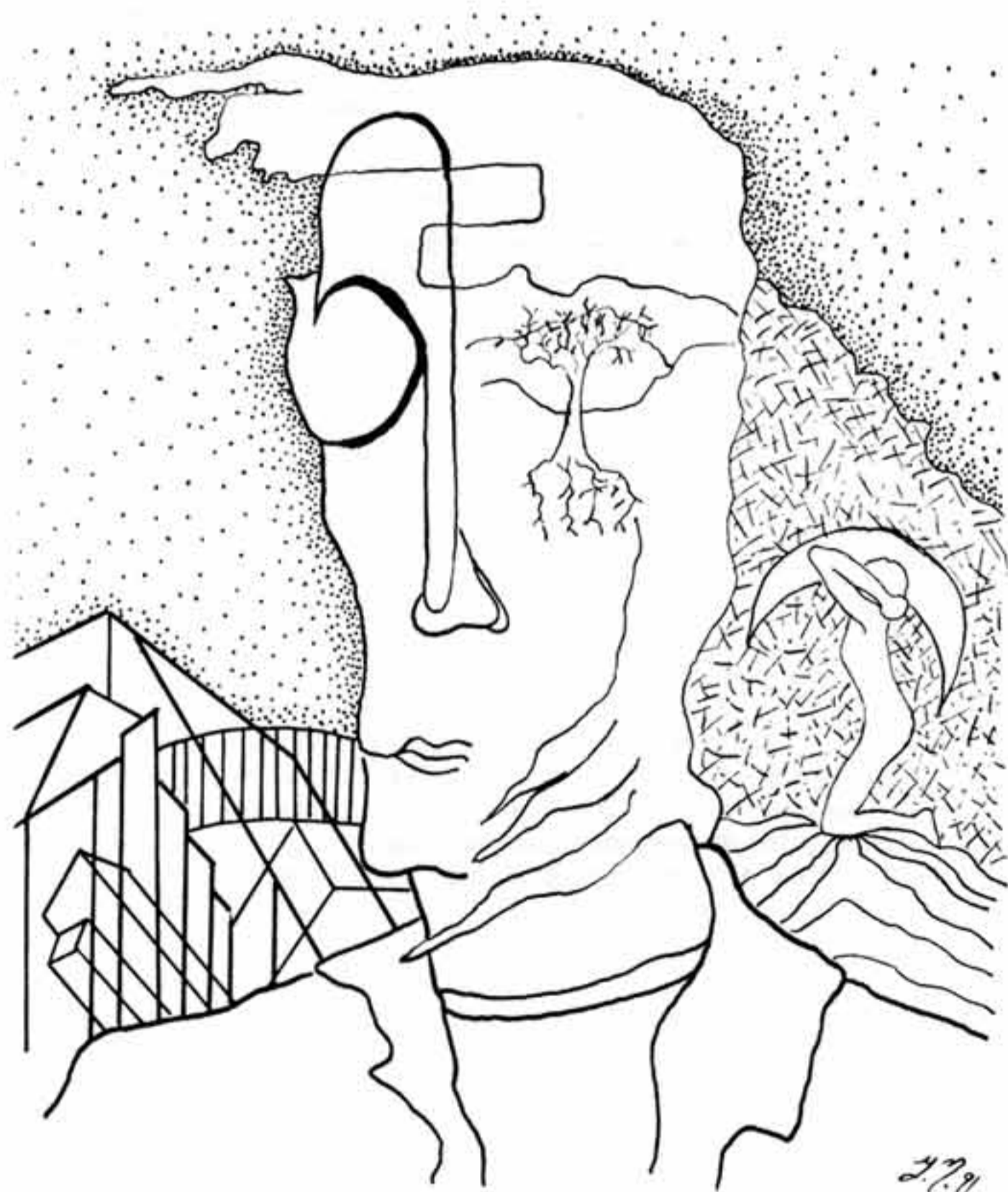
HADES: Cierta es sin duda su belleza y prodigiosa la melodía de su voz. De gra-
ta compañía me será. Hermosa visión ofrece la ferocidad de su hambre; ar-
dua tarea imponen sus necesidades, y enseñarla deberé a comer los manja-
res del infierno, pues a un solo alimento acostumbrada está. Terrible
monstruo me has entregado, disfrazado de alada mujer.

ZEUS: He cumplido la parte de mi pacto. Envía, pues, por ella. Yo debo partir.

ESTROFA 5: Cruel hermano es Zeus; no da una compañera sino instintos dormidos tras virginal ingenuidad

ANTI-ESTROFA 5: En víctima convierte a Hades; y a Zeus, el agravio en trampa de sí mismo, porque en este juego, no hay victoria sino engaño.

ÉPODO: Y Orexis, sin una tumba que a sus restos guarde, es convertido en funesta sombra acompañante de mortales, para producirles el terror por sus culpas inexpiables. El espíritu de Orexis larve como nosotros será. Sin descanso vagará entre la tierra y los infiernos; y el óseo nido donde acecha Déspoina, sus huesos insepultos allí se sumarán.



CUADRO SEGUNDO

CORIFEO: (*Levantándose de entre las aguas del río.*) Déspoina... Déspoina, despierta tus oídos a mi voz. Escucha, criatura maravillosa, el mensaje del que soy portador. Escucha, Déspoina, escucha.

DÉSPOINA: ¿Quién me llama? ¿Dónde estás? Tiempo ha transcurrido desde que en estos lugares una última voz brevemente resonó. ¿Es acaso un sueño? O, ¿qué realidad se oculta entre el umbral de estos parajes?

CORO: (*Se levantan lentamente otros coreutas hasta, junto con el corifeo, completar seis.*) No, no es un sueño Déspoina. Somos espíritus errantes de este mundo, que hemos venido a consolar tu ignorada soledad.

DÉSPOINA: ¿A qué soledad se refieren cuando yo no la percibo?

CORO: ¿Acaso por tu mente no ha pasado, que al igual que tú, en el mundo existen otros seres, viviendo ellos en constante compañía, y compartiendo su alegría, su música y su vida?

DÉSPOINA: Compañía nunca he requerido, si vivo en este bosque que me provee tranquilidad.

CORO: Hemos sido enviados hasta aquí, para convencerte y con nosotros llevarte al encuentro de un soberano dios, a quien con tu canto de hechizo le concederás serenidad.

DÉSPOINA: Este canto que mencionan, tan sólo lo entono cuando apetito tengo. En este sentido lo he usado y desconozco si otras funciones puede cumplir. No encuentro por qué dedicarlo a otro objeto que no sea sobrevivir. De llevarme no se a dónde me hablan... si yo salir de aquí no quiero.

CORIFEO: Es deber tuyo ofrendar ese don maravilloso de tu canto a quien merecido tributo te dará.

DÉSPOINA: Aún no comprendo qué pretenden, ni por qué mi sosiego perturban. Y si por ello algún favor he de pedirles, es que a mis oídos sean claros.

CORO: Escucha bien, pues una de las mayores fuerzas del universo te requiere, y por eso habrás de acompañarnos.

DÉSPOINA: Desde que yo recuerdo he vivido aquí, lejos de cualquier contacto. Nunca nadie por mí se ha preocupado, ni yo jamás lo he buscado. Salvo una vez, en que el espíritu del río me visitó, relatándome que otros lugares existían cerca y lejos de aquí, y que seres fabulosos vivían muy parecidos a mí. Aun así, es mi deseo mantenerme sin otras tierras recorrer. Éste es mi reino, y los únicos seres que conozco son aquellos a los que me como. Si fuerzas existen en el universo, por poderosas o desgraciadas que sean, no me interesan, así como yo no le intereso a nadie más allá de este paisaje.

CORIFEO: No cierres tus oídos a mi voz, porque la puerta de tu destino ya se abrió y ahora no hay quien la pueda cerrar.

CORO: El dios que nos envía ha recomendado te anunciemos que sabrá recompensarte por un temporal cambio de morada. Es preciso que emprendas este viaje.

DÉSPOINA: ¿A qué dios te refieres? ¿A qué lugar me llaman? ¿Con qué me pueden pagar si lo único que en mi vida yo deseo aquí lo obtengo: es mi preciado alimento y es mi libertad?

- CORO: Este dios de quien preguntas, es amo y señor de tres impresionantes reinos: el Tártaro, el Erebo y los Campos Elíseos. Tú irás a estos últimos. Hay en estos lugares, desconocidos manjares para ti. Tu canto ya no será carnada para atraer alimento, sino vianda para un poderoso dios desconsolado.
- DÉSPOINA: Intención no tengo de abandonar este recinto y jamás he conocido ni sabido la existencia de dios alguno. Si tan poderoso como dicen es, ¿por qué me busca a mí? ¿No hay acaso en sus extensos dominios alguien mejor que yo y le otorgue consuelo a su tristeza?
- CORO: En todo el mundo este dios ha buscado, encontrándote sólo a ti. Cualidades únicas tienes para ofrecer grata compañía, para ser ampliamente compensada.
- DÉSPOINA: Pues yo no deseo ir, ni abandonar mi precioso alimento quiero. Además, si nadie me buscó para darme compañía, ¿por qué debo ofrecerla yo?
- CORIFEO: No rehúses la invitación, pues escrito está que de la soledad y del olvido, ignorados por ti, por un tiempo deberás salir.
- DÉSPOINA: ¿Y ustedes me van a forzar? De estos parajes a los que amo, soy ama y señora. Ninguno ha osado penetrar sin mi consentimiento pedir. Aun el espíritu del río Ladón solicitó mi anuencia cuando aquel día a visitarme vino. Y ahora ustedes, míseros y serviles espíritus quieren sacarme de aquí.
- CORIFEO: Ya te lo hemos dicho y una vez más te lo recordaré: tu destino es con nosotros venir, y con tu voluntad o sin ella irás, porque en tu vida dictado está.
- CORO: No deseamos luchar para llevarte. Pero debes saber que terrible y enorme facultad nos acompaña, que la muerte le llaman y es fiel servidora de este dios. Ella conoce muy bien a los hombres que por nutrirte has asesinado; ella conoce muy bien cómo los has matado. Y si a ir con nosotros te rehúsas, ella cegará de tu canto su atrayente y encantadora magia y tu trampa a ningún mortal volverá a atrapar. El hambre hará presa fácil de ti; tus huesos atravesarán tu piel; tu muerte será vivir así.
- DÉSPOINA: Son en verdad espíritus serviles y terribles. No me perturben más. Siempre he vivido libre y a nadie le hago mal.
- CORIFEO: ¿Qué no has hecho mal? ¡Pues para los dioses una gran transgresión has cometido!
- DÉSPOINA: Dime pronto cuál.
- CORO: Los hombres, de cuyas carnes te alimentas, son los honradores de los dioses, los constructores de sus templos.
- CORIFEO: Y con cada uno que has matado, de los templos una piedra has separado, y una ofrenda retirado.
- CORO: Debes, pues, pagar por ello.
- DÉSPOINA: Nunca me preocupé por averiguar quiénes ellos eran. Así como las mariposas se acercan a beber el néctar de las flores, así bebía yo el néctar rojo de sus cuerpos, y jamás, ni las mariposas ni yo, nos hemos cuestionado si de tal forma alimentarse era malo o era bueno. Yo sólo cumplo con la función que la libertad le ha enseñado a mi cuerpo.
- CORO: No hay justificación alguna para dispensar tus actos.

CORIFEYO: En ningún tribunal, de dioses o de hombres, serías absuelta.

CORO: Evita entonces tu condena.

CORIFEYO: Y si estás dispuesta, no necesitas nada portar.

CORO: Síguenos, que no deplorarás tu elección.

DÉSPOINA: Si mi destino es acudir a este llamado, sea entonces así. Forzada iré a conocer otros lugares, otros seres, otro sustento. Y que mi voz, sin otra melodía, aliente ahora la vida para honrar la demanda de este afligido dios.

Salen los coreutas llevando consigo a Déspoina.

ÉPODO: El destino no conoce camino de retorno. Déspoina ya transita sus pasos por esa senda. Ya arrastra las nefastas consecuencias de su obligada elección. Los dioses la empujaron; a ella sólo le resta conocer su propia verdad.

CUADRO TERCERO

El coro forma una barca en la cual navega Déspoina, al final del texto se disuelve.

CORO: En la barca de Caronte, Déspoina ya atraviesa el río hacia los infiernos. Cerbero, el terrible guardián, ya ha quedado atrás, sin que la entrada le haya impedido, porque Hades así lo ordenó.

ANTI-ESTROFA 1: Déspoina transita extrañada. Allí no existe ni su amado sol que arda sobre verdes selvas, ni flores que agraden sus sentidos.

ESTROFA 2: En este subterráneo tan grande, se imprime en su mente contraria imagen a lo que su esperanza le había forjado: en sus oídos las voces desesperantes; en sus ojos la verdad oscura de lo que a la muerte sigue.

ANTI-ESTROFA 2: Rampante y atropellada, en su vida, la esencia de esta etapa, antes por su alma inexplorada, luce hoy sus horribidas galas para despertarla, por la tumultuosa presencia de aquellos iguales a los que fueron objeto de su pavorosa carnada.

ESTROFA 3: Más allá del tribunal de los muertos, Déspoina ha tomado el camino de los Campos Elíseos, donde Hades espera halagarla con los extraños frutos que ahí cultivan; con los perfumes y paisajes encantados; con la brisa de la paz y la concordia que refrescan.

ANTI-ESTROFA 3: Pero los descubrimientos de este viaje le impedirán gozar lo hermoso de estos campos. La suave brisa sólo le recordará los fríos vientos de la muerte; y las fiestas sólo las verá como tétricos bailes de esqueletos llenos de pútrido aroma sulfuroso.

CORIFEYO Y SEIS COREUTAS: (*A Déspoina.*) He aquí al gran señor de los infiernos; el dios de quien te hablamos: juez de jueces del alma de los muertos. Por él fuiste requerida para que tu canto le haga compañía. Espera, y prepárate para serle presentada.

El coro se dirige a Hades postrándose ante él.

CORO: ¡Oh poderoso Hades!, dueño y poseedor de nuestras almas; soberana divinidad de nuestros actos, discúlpanos por interrumpir tus sagrados pensamientos: nos postramos ante ti habiendo cumplido tu encomienda. Sumisamente exponemos a aquélla por la que nos enviaste, y si a tu ánimo otro deseo efectuar no se ofrece, humildemente te pedimos nuestra presencia dispenses y retirarnos permitas.

Hades hace un ademán para que se retiren.

HADES: Así como mis ojos se regocijan con tu presencia, espero poder regalarte con aromáticos frutos, cuya exquisitez inspirará a tu canto, y mis oídos escuchan a la voz que merecen: sé pues bienvenida, Déspoina. Este festín, preparado para ti, te hará ver el privilegio que te confiero.

Déspoina no logra responder.

Mi preciosa Déspoina, tus ojos no reflejan el gozo que debieran expresar. Acaso, ¿no es suficiente esta fastuosidad, nunca antes expuesta en estos reinos, para halagar tu aliento? Como mi gran huésped e invitada que eres, ve todo lo que a tus pies pongo, mira a tu alrededor lo que no tuviste jamás, ahora todo será común para tu naciente honra.

El coro viste a Déspoina con manto y corona.

DÉSPOINA: Esto es... completamente distinto a lo que yo esperaba. Por los ríos que navegué no corren aguas cristalinas. ¿Dónde está el canto de mil coloridas aves que crucen el espacio, o el arrullo de los grillos por la noche? Aquí, la tenebrosa oscuridad es eterna, sin luna y sin estrellas. La luz que vemos, viene del quemante fuego de volcanes, que a multitud de sombras abraza. Aunque siempre rechacé este viaje, se me impuso el acudir a tu reclamo. Fue entonces, cuando en mi mente surgió la idea de compensar la tristeza, que en mi corazón nació al abandonar mi estancia, por descubrir un supuesto recinto mejor para habitar. Y, ¿qué me encuentro? Nada, sólo muertos.

HADES: No te dejes llevar por un pesar inexistente. Que la amargura no empañe tus limpios ojos, pues de seguro pronto ellos verán cómo estos portentosos campos, tu ánimo habrán de mudar.

Cierto es que en mis dominios sólo transitan muertos, constantemente recibiendo el premio o el castigo que por sus hechos en vida, ellos merecen. Y reclusos así estarán, hasta el final de los tiempos. Pero tú, no te cuentes entre ellos.

DÉSPOINA: Poderoso dios, antes por mí ignorado. Si eres amo y señor de este subterráneo inmenso, entiendo por qué tu desconsuelo. Entiendo también el porqué tu desinterés hacia lo que un día vibraba con el aliento de la vida. Mientras cruzaba en aquella barca, los que son tus servidores salvajamente

fustigaban los cadáveres de infelices, que al entrar, en algunos sitios contemplé. Sí, infelices. Su dolor desdibuja la belleza que a sus rostros aportar pudiera la esperanza. Nunca imaginé el final destino de estos seres, iguales todos a los por mí ingeridos. . . nunca en sus rostros hubo gestos de dolor. Mas, ¿qué digo? si tú no tienes rostro para mí. ¿Por qué no lo muestras? ¿Acaso tienes miedo de mostrarlo? ¿Acaso tuviste miedo de ir por mí, y por ello enviaste a esos viles esclavos?

HADES: ¡Ah impertinencia! Tu privilegio como invitada, me obliga a conservar cierta serenidad. Jamás imaginé que este honor a ti consagrado, te haría decir de este modo palabras hirientes, y para mí, aun más desconsoladoras. Tú, mi rostro no ves, ni nunca lo verás. Grandes leyes me gobiernan, pero hay otras más poderosas que penden sobre ti. Y éstas no deben confundirse con temores, que para un dios, como yo lo soy, son inexistentes. Estás aquí para complacerme y, a cambio, retribuiré con creces todo lo por ti deseado.

DÉSPOINA: En las tranquilas aguas de mi estanque, veía a diario mis emociones reflejadas. Me han dicho que mi compañía y mi canto suavizarán tu desconsuelo. Pero, ¿cómo sabré si mi tarea estoy cumpliendo, cuando tu rostro es sombra sin reflejo?

HADES: Si una indicación hay, entre otras que debo darte, ésta es que mis acciones y actitudes no cuestiones. Los únicos que juzgan a los dioses, son los dioses, y tú, no lo eres.

DÉSPOINA: Mis ojos se humedecen por tus duras palabras. No te juzgo. Pero si amenazada fui para venir, por cortesía explicarme deberías, qué condiciones para mi estancia hay entonces aquí.

HADES: Ya que tú misma saber deseas lo que obligado estoy a indicarte, escucha con atención las advertencias que deberás seguir, en tu memoria grábalas, pues de que las cumplas depende tu dicha o tu desgracia.

Ante todo, sábetete libre aquí. Visitar puedes todos los lugares que se extienden en este inmenso reino, e incluso, te exhorto a hacerlo, y a comer todos los manjares suculentos que en tu camino encuentres. Yo mismo te pasearé por mis sitios más preciados y queridos.

Pero, ahora, atiende bien esta advertencia: abstente las puertas de mi templo traspasar y comer de los alimentos que ahí guardo, pues resultarían para tu espíritu un veneno tan terrible, que remedio no encontrarías, y la intranquilidad de tus pensamientos no desaparecerá jamás.

DÉSPOINA: Sea entonces así ésta, una promesa. Mi voluntad está dispuesta a cumplir las disposiciones por ti señaladas. Pero sólo una duda queda: se me dijo que este viaje es tan sólo una visita, ¿qué hay pues de mi retorno?

HADES: Cuando el invierno cubra de nuevo la tierra, aún antes volverás a tu antiguo hogar. Aunque, en verdad espero, que desde hoy y para siempre durante todos los veranos, éste sea también tu hogar.

DÉSPOINA: ¿Qué me quieres decir? ¿Que obligada estoy todos los años a venir? y, ¿mientras el sol brilla allá afuera, toda mi existencia me será un oscuro invierno?

HADES: Toda ya lo ha sido, desde tu caída en el olvido. De él, a partir de hoy te libero, pues yo sí me intereso por ti. Lo que ahora como imposición crees reconocer, se transformará mañana en un constante deseo de regresar a mí.

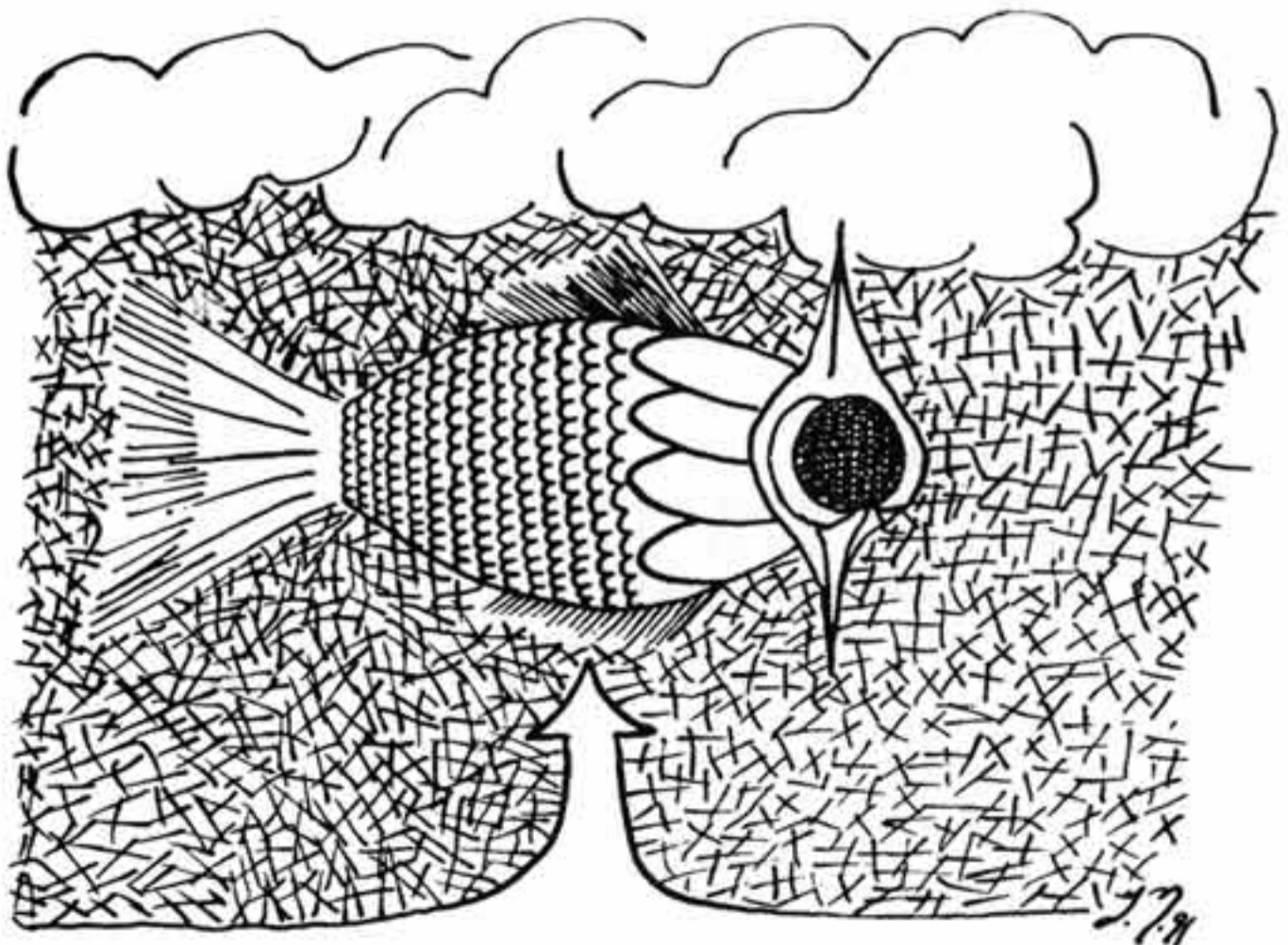
DÉSPOINA: Aunque convencida no estoy de mi condición, espero sean ciertas tus palabras. Y así como para tu soledad mi canto te será consuelo, así aguardo y confío que sepas tú desterrar de mi mente la tristeza.

A tu benevolencia un favor deseo pedirle; de las impresiones de este viaje, lavarme quiero. Dime en dónde puedo, reposar aguas tibias, pues si antes recuerdos no tenía, ahora, por primera vez de mi estanque los tengo.

HADES: El río Letes un recodo tiene, cuya mágica cualidad es otorgar el olvido a las acciones de la vida. Ve y báñate en él. Cuando de allí salgas otros pensamientos tendrás y con otros ojos estos parajes habrás de ver.

Sale Hades.

CORO: Hay más frío ahora, en el corazón de Déspoina, que en el viento que surca los infiernos. Ella desea lavar su cuerpo y dar reposo al pensamiento. Para Hades resulta benéfico, pues intención tiene de sustraer su recelo. Malograda acción será. ¡Oh moira inflexible! Otros caminos para ella reservó, y para el altivo Hades, por no saber temerle al destino, con toda su fuerza sobre él caerá.



CUADRO CUARTO

Entran el corifeo y los cinco coreutas: el coro ha formado un árbol del que penden frutos.

CORIFEO: Hades nos envía para cumplir tus demandas. Somos pues, tus servidores y guías para conducirte a las frescas aguas del río Letes. En el camino contemplarás las grandezas que aún no has visto en este reino.

DÉSPOINA: Conduceme de prisa. Ya veré más tarde estas supuestas maravillas. Muy fatigada estoy por tantos acontecimientos. Mi cuerpo reclama un bocado, pero bañarme primero quiero.

CORO: No vayas tan de prisa, más próximo a ti está el alimento. Recobra fuerzas porque el andar es largo. Prueba el fruto de este frondoso árbol.

CORIFEO: Alarga tu mano y tómalo. Sacia con él tu apetito.

DÉSPOINA: Comparado con mi hambre, esto resulta insuficiente. Bien podría devorar al árbol y aún así quedar insatisfecha... No es de piel suave, ni conserva la tibieza de la carne... Su color es como tierra... y su fragancia extraña. (*Lo muerde y lo escupe.*) ¿Qué cosa me han dado? y ¿esto es para ustedes alimento?

CORO: Estos son productos privilegiados, alimentos de los héroes y los justos: los que habitan estos campos.

DÉSPOINA: No me puedo alimentar de inertes frutos, mientras dentro de mí corra la vida. Este precario vegetal no antoja, carece del calor del rojo néctar de los cuerpos. Necesito quitar esta sensación repugnante de mi boca.

CORIFEO: Entonces buscaremos más tarde tu alimento. Emprendamos, ya, los pasos hacia el Letes. Allí las aguas tibias limpiarán tu boca y así recibirás con otro paladar los exquisitos frutos.

DÉSPOINA: Su porosidad me ha dejado mal el gusto, me urge transformarlo por el de la fibra latente que se desgaja entre los dientes... (*Al Corifeo.*) En ti veo ahora mi alimento y ningún fruto recibiré con más agrado que tu carne.

CORIFEO: ¿Acaso crees que pueda servirte de ración? No, Déspoina. No te enfrentes a mí. El orden del universo ha dado la clave de nuestra esencia; que tu apetito no te engañe, ni turbe tu entendimiento, pues ya enterada estabas: somos espíritus etéreos.

DÉSPOINA: No requiero de ti, ni más de tus servicios. ¡Fuera de aquí! Como antes lo hacía, yo misma encontraré mi sustento.

CORO: Si es así como lo ordenas, haremos pues tu voluntad. (*Salen éstos y el resto del coro forma otro río.*)

DÉSPOINA: ¡Soy libre! ¡Siempre lo he sido! ¿Cuál será de todos el camino que me saque de aquí? Todos ellos se bifurcan; me confunden y su paisaje me es igual. Mas, ¿qué sonido percibo?... es el cantar de un río, por su sonido me guiaré hasta llegar a sus riberas, me limpiaré y buscaré la salida hacia mi hogar.

En el río se encuentran dispersos espíritus: uno de ellos es Orexis. Déspoina se enfrenta con él al llegar al río.

- OREXIS: ¿Tú, de nuevo? ¿No te bastó el engaño con que me hiciste presa? y, ahora mi condena perturbas. Me devoraste cuando en aquel río pescaba, y hoy trastornas estas aguas avivadas con la amargura de mis lágrimas... ¿Por qué me miras así? ¿Acaso no me reconoces?
- DÉSPOINA: Te reconozco y veo aún más claro las culpas con que me acusan. Por ello quiero lavar mi cuerpo... lavar mi mente.
- OREXIS: Pues ahora, se refrescan tus pies con el agua en la que fluye el descon-suelo. De esta culpa no podrás desprenderte y mientras más enjuagues tu cuerpo aquí, más allá crecerá
- DÉSPOINA: No tortures ya mis oídos, algo hay dentro de mí corroyendo mis entrañas. Nunca busqué ni quise estas maldiciones que ahora me persiguen. Imaginé, al venir aquí forzada, que mi presencia pagaría esta supuesta transgresión. Sin embargo, a cada paso que doy, a cambio del olvido prometido de mis culpas, y al huir de la imposición que en este lugar me sujeta, me enfrento a castigos de peor calaña y a recuerdos de acciones de las que ya no sé si en verdad soy culpable.
- OREXIS: Yo fui un hombre honrador de dioses, siempre me preocupé por embellecer los altares de sus templos; otros hombres, sin ser tan piadosos a las deidades a las que nos debemos, recibían en sus redes más premios en un día de los que yo obtenía en un año entero. En verdad, yo sí desconozco por qué fui castigado. Intento por ello comprenderte y de tus dolores me compadezco: tan sólo fuiste el medio para transformar mi condición, insepulto me dejaste, quedando mis huesos esparcidos y hoy, soy un larve fustigador.
- DÉSPOINA: ¿A qué designios obedece entonces nuestra conducta? ¿Tan insignificantes somos para ser tratados así?
- OREXIS: No, imposible, no podemos ser comparados, no lo intentes. Yo sí soy frente al cosmos insignificante. Por ello tan humilde en todo sentido fui, pero tú, ¿por qué te denigras? Eres una sirena, actúa como tal.
- DÉSPOINA: ¿Me llamas sirena? Tu boca emite una palabra que resulta oscura para mí. Sé que no soy como otros, mas, ¿quién es una sirena? Dime pronto y a mi engañado juicio no le seas discreto.
- OREXIS: Haz memoria de las acciones en tu vida y tendrás rápidamente la respuesta. Tienes alas y no puedes volar: tú no eres hija de hombres.
- DÉSPOINA: Dime entonces de quién desciendo. Tú, que de mi vida parece saber más que yo.
- OREXIS: Es en toda la tierra el temor por la sirena conocido: es un ser fabuloso. Pero de dónde exactamente vienes tú, no lo sé.
- DÉSPOINA: ¡Ah desgracia mía! A mi alma todas tus peticiones le han fallado. A mi estómago no le importa más llenarse; es mi conciencia la que se encuentra insatisfecha. Por primera vez me encuentro con la angustia de vivir y no existir. Ahora estoy presa en un intrincado laberinto, del que más difícil aún me resulta salir.
- OREXIS: Tu condena, hasta donde mi razón alcanza, no la considero tan cruel como la mía: tú viva estás, yo, en cambio, confinado estoy a vagar eternamente entre los infiernos y la tierra. Es una aparente libertad sin reposo. Aun así, ayudarte puedo. En estos sitios los rumores corren susurrados por

Teatro

los vientos. Aguzaré mi oído a sus voces y su soplo levantará el polvo que cubre la historia de tu origen.

DÉSPOINA: Ve pronto. Esperaré ansiosa tu regreso, no me marcharé de aquí, acompañarte quisiera, pero muy fatigada estoy.

OREXIS: Encuentra pues, en el sueño, el bálsamo para obtener descanso. Será menor así la angustia de tu espera.

Sale Orexis, Déspoina se dispone a recostarse.

DÉSPOINA: ¡Ah silvestre reposo de mi río! ¿Dónde estás? Nunca fluyeron por ti las preocupaciones y las penas. Tampoco requerí saber sobre mi origen, no es el cansancio de mi cuerpo, sino la fatiga de mi mente la que fragmenta estos sentimientos. Este contrario universo, resulta pequeño para contener lo extenso de mi desconcierto.

He visto la muerte: no me importa ser cubierta por su velo. Si he de morir, moriré, pero librando a mi alma del tósigo que envenena su ignorancia. ¡Ah destino! Tomas a tu servicio un espíritu cuya luz de su vida no hace mucho yo apagué. Y hoy es él quien me conduce por esta cerniente oscuridad. No habrá calma en mi espíritu, hasta saber mi verdadera identidad. No me importa ya la tranquilidad de aquel río ni sus estrellas, ni sus pájaros: ¡Ah Hades! ¡Maldito seas!

CORO: Duerme Déspoina. Sea el sueño calmante de tus penas. Duerme Déspoina, mientras más ligera duermas, más tranquila despertarás. Duerme Déspoina, que ya viene la verdad.

ANTI-ESTROFA 1: Ya cierras tus ojos, ya cedes al cansancio. Confiada buscas tu consuelo, depositando en las manos de un larve tu destino. Ya cierras tus ojos, sin haber visto a Orexis tal como es.

ESTROFA 2: Duerme Déspoina, lo ignorado por ti despertará, y las vedadas puertas se abrirán a tu razón. Duerme Déspoina, ya no habrá barreras encerrando tu pasado. Duerme Déspoina, duerme y no pienses en nada más.

ANTI-ESTROFA 2: Éste será en paz tu último sueño. Orexis, quien fue hombre honesto, perverso espíritu lo es hoy. Disfruta la tranquilidad de un sueño en forma plena, pues será el último que tengas en paz.

ÉPODO: En tristes sueños se ha sumergido Déspoina, a sus dudas busca liberar con la esperanza, pero más alto será el precio que pagar deberá por su ansiedad. Duerme, Déspoina, duerme.

CUADRO QUINTO

Entra Orexis, Déspoina yace dormida.

OREXIS: Ah, Déspoina, confiada duermes dejando en mis manos tus expectativas. Mi falsa compasión por ti, tiene por esencia el terrible recuerdo de la

causa de mi condena. Tal como fui engañado por tu canto, ahora, no importándome el castigo que sobre mí caiga, el gesto vengativo de mi rostro se oculta bajo la máscara de la piedad, para devolverte el pago de aquella acción.

Crees que con mi auxilio encontrarás tranquilidad, al darte la respuesta de tus penas. Mas no será así: de mi diestra pende la sagrada ambrosía que he robado y será la causa de tu tormento. Desconozco sus efectos en tu vida, pero bien sé que Hades volcará su furia sobre ti, y así mi venganza será satisfecha.

Se dirige a Déspoina.

Despierta Déspoina, a la voz de tu amigo, ya traigo para tus aflicciones el remedio.

DÉSPOINA: He soñado clamores de seres augustos, y muchos de ellos a mi alrededor sorprendidos me veían. De pronto, un dulce sopor desvanecía sus sombras y en sangre se disolvieron. Al final, todo yacía en grises pergaminos, sobre los cuales un hombre extraños signos grababa. Pescador, dime, ¿qué significa todo esto?

OREXIS: No hagas caso de sueños efímeros que de significancia carecen. Atiende al obsequio que te traigo. Observa estos hongos; cómelos con calma, ellos transformarán tu vida. (*Déspoina los huele.*) No hagas caso de su aroma. (*Déspoina come.*) Así, toma otro, su carnosidad evoca la textura de los mortales, que bien sé tanto tu boca anhelaba.

Pausa.

DÉSPOINA: ¿Qué me has dado, que mi mente trastorna?

OREXIS: Es el alimento de los dioses, le llaman ambrosía y la he robado del templo de Hades para ti. En vida escuché que las sacerdotisas consultan a la ambrosía y sólo al ingerirla les da respuesta a sus preguntas. ¿Aún quieres ayuda? Quizás este alimento te la brinde o quizás te pierdas más aún en el laberinto de tu mente.

DÉSPOINA: Ya pierdo mis sentidos. Advertida estaba de no ingerirla y tú me has hecho faltar a mi palabra. Sea entonces así. ¡Oh ambrosía! ¡Respóndeme!: ¿Quién soy?

Déspoina se convulsiona bajo los efectos de la ambrosía.

OREXIS: He aquí a la terrible sirena. Espero sea un tormento tu experiencia. Grave castigo estoy cierto de recibir, mas tú lo recibirás primero.

El coro cobra figuras grotescas que atosigan a Déspoina.

CORO: Abre tus sentidos; despréndete del mundo conocido, ésta es otra realidad: tu verdadera realidad. Abre tus sentidos a este sueño: imágenes veda-

das por el olvido; son densa pesadilla en tu existir y por ella déjate llevar.

Déspoina, de espaldas al público, se yergue sentada ante el timele, desnudando su torso y levantando sus brazos, de pronto cae de bruces. Mientras el coro habla, se realiza una coreografía que muestra la violación de Deméter por Poseidón, con bailarines que muestren su transformación en caballos.

CORO: Perséfone ha sido raptada; nadie sabe, nadie dice dónde está. Deméter, su madre, la busca infatigable: llama, grita y no hay respuesta.

ANTI-ESTROFA 1: Alguien, desde el Olimpo, contempla sus rubios cabellos flotando al viento, haciendo caso omiso de su angustia.

ESTROFA 2: Poseidón fija su mirada en el sensual torso de la diosa. Suaves y divinas formas despertando lascivia en la mente del gran dios.

Erección incontenible que lo arrastra a su persecución.

ANTI-ESTROFA 2: Poseidón a Deméter alcanza, y dulces palabras susurra al oído; intenta en vano seducirla.

ESTROFA 3: Huye Deméter desamparada, desesperada; perseguida por Poseidón. Mientras ella únicamente desea, sumida en la tristeza, encontrar a Perséfone, su hija amada.

ANTI-ESTROFA 3: Poseidón la persigue. Es la brisa del mar transformada en un ardiente suspiro, en un falso juramento de amor. Deméter lo ha rechazado, pero él sólo piensa en poseer.

ESTROFA 4: Deméter escapa hacia los extensos llanos de Tesalia, entre los huertos y los manzanares que protege. Inútil auxilio ha pedido. Los dioses, mudas estatuas del Olimpo, contemplan indiferentes, reposando sobre sus altares.

El coro ha formado un huerto en el que se realiza la coreografía.

ANTI-ESTROFA 4: Se transforma Deméter en candorosa yegua y pasta escondida entre una manada. Poseidón la descubre, ya sólo queda la batalla. No hay mutación posible, le sigue el juego a la yegua y es ahora poderoso garañón. La lucha se inicia: es vencer o ceder.

Cuando la lucha comienza, los demás bailarines salen.

ESTROFA 5: Ambos pelean desaforados, se dan coces y mordiscos. Retumban los montes por el estruendo de sus coces y relinchos. Mas en Deméter su defensa se debilita por la fija imagen de Perséfone. La noble diosa es vencida por una terrible tempestad: cede y es cubierta por el dios del mar.

Después de la violación, sale Poseidón.

ANTI-ESTROFA 5: Deméter deja el Olimpo y la ambrosía y se aparta en recóndita caverna, donde en vano busca reprimir su odio, su amargura y su vergüenza.

El coro ya ha formado una cueva alrededor de Deméter.

ESTROFA 6: El pudor ha sido herido y otro incesto consumado; nadie, ningún dios ha protestado.

ANTI-ESTROFA 6: Sumergida en la amargura, olvida su pacífica naturaleza y desampara al trigo y la fecundidad de la tierra. El odio hacia Poseidón turba más su mente y se abandona sin importarle ningún otro suceso.

ESTROFA 7: A sus oídos llegó la voz de un consejo: “existe un río, del cual los mortales algún día creerán que grandes tesoros abriga, mas su esencia es el olvido de las penas, y sólo a los dioses lo concede; este poder oculto es la gracia que por mandato, otorga el río Ladón”.

El coro se transforma en un río.

ANTI-ESTROFA 7: En sus aguas lava Deméter sus heridas y en las corrientes su odio se diluye. Pero en las entrañas de la diosa, tierra y agua se enlazaron: ya se gesta el producto de aquella violenta unión.

ÉPODO: Del divino incesto dos seres nacerán: el mágico caballo Arión y, quien debió nacer bajo la forma de una yegua, en sirena resultó su estampa: Dés-poina, quedando atrapada en algún lugar del tiempo, devorando hombres en un recodo del río Ladón.

DÉSPOINA: Delirios, pesadillas, alucinaciones... esto no es otra cosa, o mi mente me engaña, o la verdad quisiera desconocer. Cuántas veces vi a las bestias, que abrevaban el agua de mi río, cuidar de sus críos; con qué fervor les defendían, protegían y alimento les procuraban.

Yo, que de dioses soy hija; a mí, que también soy una diosa, se me negó el derecho de crecer como esas bestias: primero me olvidaron, después me amenazaron con extinguir la magia de mi canto y luego, me negaron la ambrosía para a su antojo poder gozar de mí.

Repudio mi origen y los actos y palabras con que fui engañada. Ahora, más que nunca, debo retornar a la naturaleza, donde hay crudeza mas no engaño. Si con falsedad me han tratado, falsa ante ellos me he de mostrar. Debo salir de aquí.

CUADRO SEXTO

Entra Hades con seis coreutas.

HADES: Déspoina, finalmente te encuentro.

Mis larves servidores me informaron de su ineptitud para satisfacer tus necesidades y ya los he reprendido por ello. Déspoina, te veo y desconozco las facciones que surgen de tu rostro.

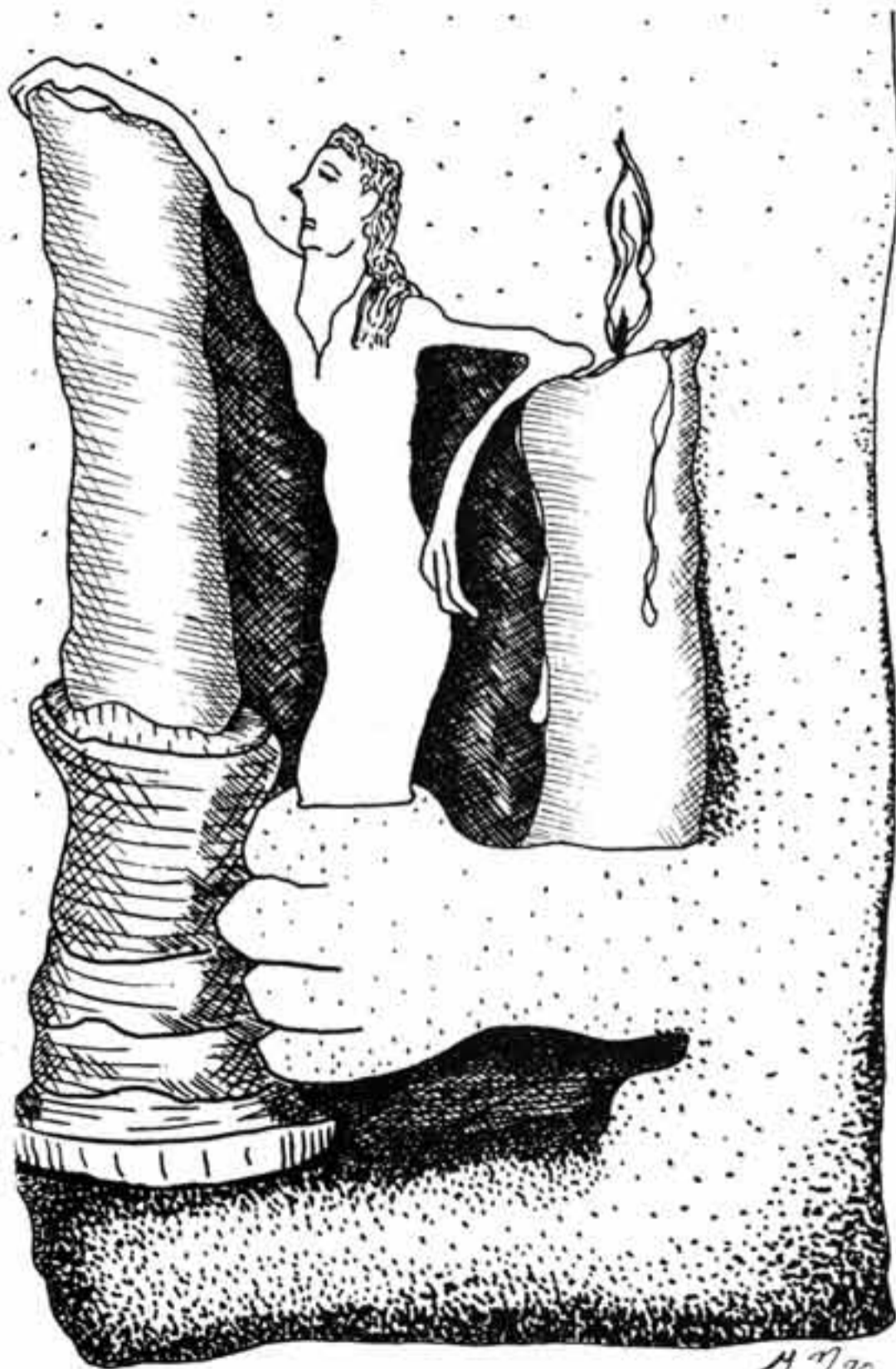
DÉSPOINA: Sí, pero ahora me es más grato tu reino. Mi vista lo recorre y no se sacia de observar su grandeza, así como de tu divino esplendor.

HADES: Sabía bien que tarde o temprano habrías de reconocerlo.

DÉSPOINA: ... Y más quiero de tu reino y de ti mismo conocer. He aquí esta mano, la cual en otro tiempo destrozó mortales; ve ahora que tan dócil se muestra a tu llamado.

HADES: Me halagas y seduces con tus palabras.

DÉSPOINA: Acércate robusto y poderoso Hades. Permite una caricia para el consuelo de tu cuerpo.



2.7.20

HADES: Nunca palabras de ternura como las tuyas habían recorrido mi cuerpo, y son ellas las que lejos de mí apartan la álgida soledad.

DÉSPOINA: Ven señor y reposa tus sentimientos junto a mí. Háblame, cuéntame tus penas, pues para eso estoy aquí.

HADES: ¡Oh, ironía del destino! Yo, que por escuchar tu canto, a mí te he traído, ahora eres tú la que ofrece sus oídos a mi voz.

DÉSPOINA: Deseo escucharte, conocer tu alma: dime quién eres en verdad.

HADES: Al igual que tú, yo siempre llevé una vida solitaria, aislado de los otros reinos del mundo. Un día, fui víctima de una punzante flecha de Eros, y creó en mi pecho una obsesión: el amor por una rubia diosa. Acudí a su noble madre, Deméter, y le solicité me permitiese desposarme con Perséfone. Mi petición fue negada. Su hija debía auxiliarla en la fundación de los trigales. Opté por el rapto y así lo hice. Deméter enfureció; la tierra se tornó infértil, muriendo los hombres por el hambre. Sus lamentos llegaron al Olimpo y se me obligó a devolverla, aunque logré su retorno por unos cuantos meses al año. Mas cuando ella viene, ignora mi presencia, prefiriendo la de Hécate. Entonces, tan sólo me conformo con la sensación que me produce mirarla. Por ello, secretamente te he traído aquí, para que tu voz y tu cuerpo curen mi melancolía.

DÉSPOINA: Y yo, ¿qué cualidad tengo para ser por ti elegida?

HADES: La mejor de ellas: que por nadie eres conocida; y otra: que por las envidias de los inmortales no estás contaminada.

DÉSPOINA: ¿Y acaso no sabías, que quien ahora tienes ante ti, nació del mismo vientre que Perséfone?

Déspoina le arranca el yelmo a Hades.

HADES: ¡Infeliz de ti! ¡Has condenado tu destino! ¡Pagarás por tu insolencia! Serás por siempre de este reino prisionera, y a este lugar te atará el tormento con toda la ira de sus fuerzas. Nadie, que sin mi voluntad haya osado contemplar mi rostro, lo ha relatado después.

DÉSPOINA: Las leyes que te gobiernan, también rigen sobre mí. Yo he visto tu rostro divino; contempla, entonces, como diosa el mío.

HADES: ¿Cómo es que te dices diosa? ¿Qué has hecho mientras sola estabas? ¡Mi palacio! ¡La ambrosía! ¿Cómo la obtuviste? No me importa que no me lo digas, yo habré de averiguarlo. Y ustedes, ineptos espíritus, habrán de purgar horrible castigo.

DÉSPOINA: Qué fácil te resulta expiar tus errores sobre otros, al ser incapaz de enfretarlos por tí mismo. Sí, he comido la ambrosía: conozco mi origen y todo lo que a mi razón se había ocultado.

HADES: Me engañaste; de mí te has burlado. Soy un juez y castigo o absuelvo según mi voluntad. Éste es mi atributo como dios, y como tal, también contigo lo ejerceré. Te dices diosa, pero ¿de qué atributo te vales para intentar juzgarme?

DÉSPOINA: No tengo atributos porque se me han negado. Truncaron la línea de mi herencia, dejándome como accidente de la naturaleza. Pero en mis entrañas corre la mezcla de la tierra y el mar: de éstos, algún atributo nacerá.

HADES: Pues mientras a ti llega, que nunca llegará, gruesas cadenas asirán tus miembros y mil monstruos tus pensamientos guardarán en lo más secreto del infierno.

DÉSPOINA: Cierto es, estoy a tu merced y a tu voluntad sujeta. Mas no pienses que será así por siempre. Mi canto resonará sin descanso y tan fuerte que estremecerá a tu tenebroso Reino y sacudirá a los cimientos del Olimpo. No habrá ya, entonces, quien ignore a la olvidada Déspoina. Ni la injusta tortura de tus monstruos, ni la lejanía de tus mazmorras podrán ahogar mi voz.

CORO: Ya no de bestias tienes el consuelo.
Ya no del olvido sabes el descanso.
Ya conoces los divinos engaños.
Y tu rostro, tu cuerpo y tu canto,
se enredan con los hilos del destino.
Ya no de bestia tienes pensamiento.
Pero es el olvido tu naturaleza.
Conoces las divinas iras,
y al despertar tu pensamiento,
las enfrenta con las tuyas.
¿No eres pues una diosa, Déspoina?
¿No eres pues una inmortal?
Ya no de bestias tienes el olvido.
Si tus instintos fueron apartados
actúa pues, con tu razón, divina Déspoina.

CUADRO SÉPTIMO

CORO: Los ciclos se van cumpliendo y más vidas se adhieren a los sótanos del infierno. Los ciclos no se detienen; el tiempo continúa aun en los infiernos, corroyendo con su peso grandes e inflexibles voluntades. Pero de entre los muertos, resulta más fuerte la tenacidad de la sirena: aislada, encadenada y sometida por deformes visiones y fétidos olores; casi cegada y con su cuerpo derribado; alterados sus sentidos ya su mente no responde si le preguntan por su nombre. Sólo su voz, antes maravillosa, ahora en terribles gemidos se transforma, e infatigable retumba en los oídos del propio Hades.

Los ciclos se van cumpliendo y pronto el invierno traerá el inevitable regreso de Perséfone.

Hades debe callar a la sirena, apaciguar su canto u otro caos enfrentará. De aquel trato con Zeus, Hades su parte no ha podido cumplir y Déspoina lo está venciendo.

HADES: Muerte desolación y tristeza. Eterna oscuridad a la que estoy confinado y no hay luz que aquí me bañe, pues éste es el refugio de los muertos y yo

soy su gran dios. Cuántas veces soñé en héroes ver mi sangre germinada y mi estirpe reflejada en grandes obras; en un reino poblado por mis frutos. ¡Ah! Inútil envidia que sentí por Zeus y Poseidón. Cuán equivocado estaba, es a mí tan lejano todo eso. ¿Qué otra descendencia podría yo tener, sino únicamente la muerte? ¿Qué semilla puedo yo sembrar si mi esencia es la muerte? La vida engendra la vida, y la vida, al final, sólo espera la muerte. Espíritus que inútilmente esperan engendrar vida de la muerte; la muerte no engendra la vida. . . cuántos pesares he tenido por no querer verme como el gran dios de lo infértil.

ZEUS: ¡Hades! Cantos y lamentos entremezclados, llenos de dolor, se acercaron a mis oídos cuando atravesé el gran portón de tu reino, y no quisiera en ellos mis temores confirmar. ¿Qué significa, Hades, esa disonante melodía?

HADES: Es por lo que te llamé. Si te lo imaginas, no tienes por qué preguntarlo y yo responderte.

ZEUS: Debí saber que en este juego, la responsabilidad recaída sobre ti, sobrepasaría tu estatura.

HADES: He llegado a pensar que no soy rival para ti, porque tú conocías bien la resolución en este juego. Y así, no hay contrincantes. Carezco de tu experiencia y de tu malicia.

ZEUS: Entérate pues, que la soledad y la soberbia no son buenas consejeras, para el que presume de poder.

HADES: Acepto haber sido cegado, pero. . . ¿A qué poder te refieres? ¿Al que tenemos por atributo? Tú estás tan lejano de la Muerte como yo lo estoy de la Vida.

ZEUS: No te ocultes bajo el menosprecio, para juzgar a los muertos, bien sabes evaluar sus acciones cuando vivos estuvieron.

HADES: Sí, pero los que a mí llegan, de voluntad carecen. Más fácil resulta evaluar acciones ajenas que las propias. Y difícil para mí resulta controlar la voluntad de Déspoina, pues a los vivos no estoy acostumbrado.

ZEUS: Ello mismo prueba que el equilibrio de este reino y del universo no debió ser roto por tu capricho; ahora tu autoridad debe callar a Déspoina.

HADES: Ni toda la muerte que hay podría silenciar a una inmortal.

ZEUS: Gran conocedor de tus obligaciones te mostraste, rey de los muertos: usa ahora de ello.

HADES: Encerrada está y es todo lo que puedo hacer, escúchala; el secreto de su origen no podrá ser guardado en su dolor y después de inundar mi reino con ese lamento llamará la atención del Olimpo. Nunca será todo igual. Cada decisión engendrará un nuevo caos y cabalgarán nuestros ámbitos rápidamente hasta devolver a Cronos, nuestro padre, la libertad y el caos primordial.

ZEUS: Su lamento una razón tiene.

HADES: La justicia.

ZEUS: ¿Y no es justo el restituirle su libertad?

HADES: De nada ha servido coartar la libertad de su cuerpo cuando su voluntad sigue libre. Temo de otra decisión en la que tu equívoca palabra no remedie lo que tú resolverías.

ZEUS: Liberémosla de sus cadenas y veamos qué es lo que su voluntad pide para ser callada.

CUADRO OCTAVO

CORO: Alas que aspiran tocar la libertad, buscan huir de este lugar gestador de la conciencia,

nunca un pájaro ha logrado al arco iris abrazar.

La razón deja huecos; vacíos que nuevos estados pueden crear.

Oh, divino canto, no se sabe a qué designios obedecerás.

¿Qué destino sufrirás, ama o verdugo de tu incierto porvenir?

Has dejado solo el nido, has abandonado tu hogar.

Tu vida no es inútil: has aprendido a cantar.

Ya nadie niega que eres diosa, misteriosa deidad.

¿Cómo extenderás tus alas? ¿Cómo encontrarás la libertad?

Caminos infinitos y manos oscuras, tu vuelo buscaban apresar.

Reposas ausente de tu nido, navegas en un colorido mar
soñando empapar el oro de tu pelo, en tu antiguo hogar.

DÉSPOINA: La libertad, la libertad.

CORO: Lo que has perdido lo habrás de recuperar,

y quien ha sido olvidado, está llamado a perdurar.

En la memoria de quien apresó la luz de tu verdad.

DÉSPOINA: Sombra fugaz, no existe libertad.

CORO: La sirena canta y sus alas despliega,

pero de su sombra no se logra separar.

DÉSPOINA: látigos de piel de hombre, sangre en que se bañan los dioses y expulsan en sus templos vómitos de hombres, cimientos de muerte.

Entra Déspoina.

CORO: Déspoina... eres en el arco iris, un pájaro anidando.

DÉSPOINA: Sus imperios se forjan con incestos,

sus palabras justas nacen de bocas lujuriosas;

salivan deseos que riegan prados secos de verdor.

Sus divinas leyes se forman de pensamientos putrefactos y apestan lo que tocan.

Nauseabundo humor que de su boca emerge —repugnante voz de la muerte—
me llama a su presencia.

Corrupción que de refinamiento se encubre

y por decadencia se cambia,

los intestinos por venas tienen;

y su carne exuda excrecencias.

Empalan con las mismas columnas

que los hombres en su honor erigieron

a las repulsivas bestias que en ustedes creyeron.

Duermen sobre el duro lecho de sus cráneos,

posan sus plantas en sus sesos;

ennegrecida carne les sirva de manto.

En sus coronas, cuerpos desmembrados.

De sus falos sólo cizaña florece
que mana al mismo ritmo sangre
y el semen de lo increado:
germen de sus orgías...

¡Rieguen así los infértiles campos
con esos malolientes líquidos
para que los hijos de Hades sean
de los dioses pasto!

ZEUS: Déspoina, ¡calma ya tu injuriosa lengua! Has osado llamarte diosa. ¿Acaso es ésa la compostura que debieras guardar como tal? Verdaderamente tu estado es lastimoso... Mas no deseo que mis palabras en el vacío se pierdan. Bebe este néctar, él dará a tu mente el necesario brillo...

Déspoina bebe.

Ahora escucha: te has atrevido retar a los dioses, seres que guardan poderes supremos contra los cuales, ni los titanes pudieron competir.

DÉSPOINA: No reconozco tu rostro... ¿en qué clase de infierno ahora estoy?

ZEUS: Tus indignos lamentos, a los que tú llamas canto, han llegado al Olimpo. Soy el padre de los dioses y en mí reside la justicia... Veo el alivio en tu gesto... si lo mereces, y como deidad respondes, tus penas yo podría reparar.

DÉSPOINA: ¿En verdad es tu intención el auxiliarme? O, ¿acaso eres fuente de mentira, como el que a tu lado oculta su rostro?

HADES: Reconozco las culpas que contigo he adquirido y estoy dispuesto a repararlas. A Zeus someteré mi voluntad, pues él representa la justicia... nuestra justicia.

ZEUS: (*A Déspoina.*) De tu confianza no requiero, entiéndelo bien. Yo ordeno al universo, e inapelables son mis decisiones. Mi presencia aquí es por condescendencia a Hades, y para prevenir un caos que sobrevendría, si permito tu insolencia. Dime, ¿qué buscas con tus acciones?

DÉSPOINA: Lo que busco no es posible encontrarlo en el mar, el cielo, o aquí, en el bajo mundo.

Quando mi libertad tratan de esclavizar a los vanos y sensuales antojos de un dios, quien intentó apresar mi canto...

Lo que deseo es por fin hallar una verdad entre tantos rostros, que como los de este dios, (*a Hades*) la disfrazan y visten de vanidad. Deseo la verdad que a mi divinidad otorgue los atributos que merezco.

ZEUS: ¿Entonces, deseas que yo, dios de dioses, te reconozca entre los que a mi rango pertenecen?

DÉSPOINA: Ése es mi deseo. Nunca me he postrado frente a nadie, pero si para obtener tu reconocimiento me he de doblegar ante tu jerarquía, entonces someteré mi canto a tu voluntad.

ZEUS: ¿Tu canto? Si en mis manos está la música del universo... Bien, procuraré no olvidarlo. Supongo que deseas conocer tus atributos.

Déspoina asiente.

Si tu juramento como diosa empeñas...

DÉSPOINA: ¡Sí, lo juro!

ZEUS: Entonces aquellos atributos que te otorgue, no pueden ser ya rechazados.

Regirás dentro del cosmos ejerciendo su poder, y bajo su total influjo vivirás.

DÉSPOINA: Tomaré su poder y viviré con él.

ZEUS: Tu nombre significa "el Ama". Ya que en el olvido viviste y acostumbrada a él estás, sé pues el Ama del Olvido. Ahora, así te reconozco, y de tu propio atributo no saldrás.

DÉSPOINA: Algún día, inocente moré en reposo. Por ustedes la ambrosía conocí; caí en la voluptuosidad de la razón divina y turbada mi voluntad por los apetitos divinos poseer quise mi propio atributo. Así, en uno más de ustedes me convertí, pero tan sólo para obtener la venganza, que en mi libertad desconocía. Sabía que de este juego salir ilesa no podría. Hija soy de mar y tierra y en mí sembraron y siembran los dioses el olvido. ¡No clamen su victoria seres augustos! Ahora mi sueño comprendo, aquel terrible sueño: para mí son claros ya los signos de aquellos pergaminos y nunca el dolor que sientan igualará mi frustrada libertad.

Han creído en su imbatible omnipotencia. ¡Sea! Mi juramento jamás se verá roto. Pero cantaré, y el aliento de mi canto rozará su piel y cubrirá sus cuerpos; mi canto llevará el olvido, el olvido hacia los dioses.

Hades y Zeus comienzan a desvanecerse.

Ustedes buscan de los hombres la honra y me reprochan las faltantes piedras de los templos por los hombres que devoré. Sean pues sus altares sólo restos de un pasado remoto, y si algún día los hombres los mencionan, sea por descubrir el recuerdo fragmentado de una antigüedad imperfecta, desempolvando descoloridos pergaminos.

Los inmortales mueren con el olvido y yo también muero con él. Hades, seamos todos, bienvenidos a tu reino.

VOZ EN OFF: Luces que no alumbran más allá de su propia llama: ¡oídmme! Sabed que quien vive bajo las sombras del orgullo vano, siempre encontrará interpuesta en su camino la barrera del olvido y traspasarla jamás podrá.

Luces intrascendentes que viven temerosas ¡oídmme! Sepan que el miedo de los dioses en ustedes también vive: es el innombrable terror al olvido.

¡Que mi voz apague su luz! Con esta historia que ha sido la agonía de una deidad y la muerte de los dioses.

FIN

